JAIME MENDOZA

PAGINAS BARBARAS

NOVELA

TOMO II





ARNÓ HERMANOS
LIBREROS EDITORES

LA PAZ - ORURO - COCHABAMBA

JAIME MENDOZA

Páginas Bárbaras

NOVELA

TOMO II

Arnó Hermanos—Libreros Editores

LA PAZ—COCHABAMBA—ORURO

XVIII

Al otro día, habiendo llegado Verdugo de regreso de su inútil excursión con Yno, notó en su cuarto la desaparición de los frascos que contenían el uno una víbora blanca y el otro una víbora rosada, bellos ejemplares que estaban conservados en alcohol junto a otras curiosidades de la región.

El asistente de Verdugo, al preguntarle éste, por sus víboras, se disculpó con que no sabía nada, y que seguramente Varas había dispuesto de ellas una vez que estaba alojado en el cuarto.

Varas en aquel momento estaba de almuerzo con los oficiales y aún no se había encontrado con Verdugo. Este tuvo que esperar que pasase el almuerzo, y que se presentare el siringuero, para saber de las víboras. Convino con lo que dijo el asistente, y en atención al carácter de su amigo suponía que éste llevó los frascos de víboras para lucirlos en alguna de las casas de la barraca.

Estaba Verdugo recostado en su hamaca, cuando apareció Varas.

—Hombre!—le dijo Verdugo—¿qué hizo Ud. de mis víboras?

Varas juntó las manos en actitud suplicante y respondió:

—Patroncito ¡no se va Ud. a enojar! Conozco que he obrado mal, pero ya no era posible hacer de otra manera. Le pido perdón por lo que más Ud. quiere!, Perdóneme Ud. patroncito! por la mamita Concepción!......

Verdugo empezo a reirse a carcajadas, y repuso:

—Bueno le perdono. Pero, en fin, ¿qué ha hecho de las víboras? ¿Las ha regalado Ud?

—No!...... .....

¿Entonces?

—Las he votado.

Verdugo se incorporó y miró a Varas con sorpresa.

Este continuó:

—Pierda Ud. cuidado, patroncito.—Yo le voy a obsequiar otras víboras mucho mejores. Esas que Ud. tenía eran muy ordinarias.

—¿Y por eso las ha echado Ud?

—No ha sido precisamente por eso.........Mire: le voy a decir todo: Ha sido por aprovechar del alcohol en que estaban·

Y Varas contó a Verdugo punto por punto la aventura del día y la noche anterior. Díjole que como él y sus amigos se hallaban tan

entusiastas y deseosos de «echarle un trago», y como no había de dónde sacarlo, a él se le ocurrió que bien se podía sacrificar a las dos víboras muertas, aún más, teniendo en cuenta que éstas eran «muy ordinarias» y que se las podía reemplazar con otras preciosísimas.

Verdugo, sumamente divertido, preguntó:

—¿Pero, y Ud. les ha hecho tomar a los oficiales ese alcohol? No tenía Ud, miedo de envenenarlos?

—Oh, no! Yo he tomado otras veces alcoholes de esta laya. No hacen ningún daño..... La prueba es que anoche yo tomaba igual que los oficiales y las mujeres.

—¿Y ellos ni siquiera advertian el mal gusto?

—Al principio notaron un saborcito algo picante; pero después esto mismo les parecía exquisito. Otro, también reparó que estaba el alcohol algo desvanecido, claro! Las víboras habían chupado bastante de la esencia. Pero no faltó también otro que le contradijo a éste, diciendo más bien que el alcohol era muy fuerte y que otras veces poniendo al te la misma cantidad de cachaza, no se sabia marear tan pronto. Y esto también se comprende muy bien. Siempre pasa la esencia de las víboras al alcohol...... Y eso le hacía al teniente ese efecto. Yo estaba temiendo que de un rato a otro él se iba ha echar al suelo y empezar a arrastrarse como una víbora coral......Pero, a tiempo se acabó el

alcohol. Eramos diez y no había sino dos botellas.

—De modo que Ud. cree—repuso Verdugo siempre riendo—Que si hay más alcohol de esa clase el pobre teniente se hubiera tendido en tierra convertido en reptil?

—No sólo él......todos nosotros......A mí una vez me pasó eso, Tomé con otros dos, mucha cantidad en la que estaba una *joperjobobo*, y tenía ganas de tenderme y andar de barriga.

—Pues ahora, siento mucho—agregó Verdugo—no haber tenido más víboras en alcohol. Con algunas botellas más, anoche Uds., habrían tenido espectáculo, Se habrían tendido todos. ¿No es cierto?

—Así creo, Pero el cuarto del Capitán no hubiera alcanzado. Es chico. Habríamos tenido que salir a la plaza para más comodidad...... y zas......

—Delicioso!......Y la más interesante habría sido doña Paula yendo de acá para allá sobre su panza en medio de todos ustedes.

Verdugo se volvió a reir de buena gana.

Varas exclamó un tanto receloso:

—Pobre vieja! si supiera esto me comía!

—Y ¡los oficiales podían pincharle, ¿Haberles hecho beber esencias de vívoras?

—De ellos no temo. Me estiman. Hoy mismo yo les avisaría, pero la que me da horror es la vieja doña Paula.

—Cosa rara! una pobre mujer dar miedo más que seis militares.

—Una vieja como doña Paula es más temible que un batallón. Ya anoche se enojó conmigo porque le dije que no había guisado bien el pescado que comimos por la tarde y que yo lo habría hecho mejor. Me trató de farsante y de «mozo refinado».

—¿Y Ud?

—Yo le dije:

—Vieja víbora! ni aún tragándose todo el veneno de sus compañeras ha de estar Ud. contenta.

Pero ella estaba muy lejos de comprender el doble sentido de mis palabras.

Verdugo cada vez más encantado con las referencias de Varas, le dijo.

—De modo que anoche también Uds. tuvieron peleas?

—Sí, pero sólo fué por un rato. Los oficiales intervinieron inmediatamente y amainaron a la vieja. Después quedamos muy abuenas. Yo la decía para consolarla:

—¿Para qué se enfada ucté, doña Paula, en valde? No me conoce acaso que soy chancisto? Ello, siempre la he respetao. Ucté ec como mi magre. Yo siempre la he ectimao, y si ucté no se hubiera metió con el Nicasio, yo cuanto haiga le hubiera hecho mi mujer.

—No se le volvió a enojar la vieja con eso! —preguntó Verdugo.

—De dónde! más bien me dijo riendo:

—Jesu, ecte Don Varac! Pero si ucté me considera como la madre suya, cómo pensaba al mecmo tiempo hacerme su mujer?

—Porqué no!—La contesté—No ve Ucté aqui mecmo al teniente Cuervo que se ha metio con su lavandera que no sólo puede ser su madre sino también su aguela?

—Bueno.—Concluyo Verdugo.—Mi querido Varas Ud. es un hombre bien interesante......¿Y cuándo me trae Ud. las víboras ofrecidas?

De que me vaya a Ayacucho me dedico a buscar de las mejores.

—Muy bien! pero tráigame lo menos unas cincuenta.

XIX

Puerto Rico volvió a su vida ordinaria después del escándalo y movimiento producidos por la fuga de Buda. Poco a poco se fueron disipando las hablillas, cesaron las persecuciones al través de la selva, vista su ineficacia; el personal de la barraca dió por definitivamente consumada la deserción de algunos de sus miembros, y el mismo Lalán tuvo que resignarse a la pérdida lamentable de esos brazos para el trabajo, según decía.

Pero, eso sí, se redobló la vigilancia en Puerto Rico y todas sus dependencias para evitar que otras gentes descontentas y audaces siguieran el ejemplo de Buda. Los mayordomos estaban siempre ojo avisor con los sospechosos. Algunos de ellos fueron conducidos a diversos puntos más o menos retirados de donde soplaban noticias nada halagueñas. Hablábase de azotainas y otros horrores a que la imaginación daba proporciones terribles. Los espíritus tímidos temblaban. Y aún los atrevidos se fueron reconcentrando en el silencio. La misma doña

Juana Ibañez tuvo que moderar su lengua, o, a lo sumo, la soltaba sólo entre sus íntimos.

Y así, de nuevo se sucedían los días tediosos en la barraca para todos aquellos que se habían interesado apasionadamente de los últimos incidentes.

La guarnición militar, sobre todo, se aburría más que todo el resto de la población del lugar. Los soldados que ni siquieran tenían como los siringueros la ventaja de vagabundear en los alrededores, o ir a cazar al bosque, o pescar durante largas horas en el río, veían sucederse los días en una uniformidad desesperante. Obligados por la disciplina militar a permanecer en enclavados en un mismo lugar y hallarse sujetos a un horario riguroso que les reglamentaba hasta el sueño, incomunicados del mundo como en una isla desierta, sin recibir noticias de los suyos sino una o dos veces al año, su vida necesariamente tenía que recorrer todas las formas del tedio. ¿Qué les importaba la belleza del lugar en que se hallaban? Aquello más bien, llegó a tomar para ellos las proporciones de lo más antipático y cansado. Todos los días el mismo paisaje: La barraca coronando el peñón con sus casas de madera y hojarasca seca, su plazoleta yerbosa y su callejas llenas de tierra. en torno de la barraca la extensa campiña verde lindando a lo lejos con la selva negra y densa; al frente el Orton, corriendo pesadamente cual si estuviese lleno de indolencia y pereza; más arriba del Or-

ton el Manuripi de aguas aún más quietas, semejante a un lago abrazando una isla colmada de verdor. Luego el Tahuamanu corriendo más vivo, más inquieto, para mezclar sus aguas turbias a las claras y mustias del Manuripi. Luego, en la opuesta ribera otra vez el bosque, el eterno bosque; y más allá del bosque el cielo, el eterno cielo......

Todo esto, era sencillamente, para bostezar......Y los soldados bostezaban.

Y contribuía además a aumentar, esta situación de disgusto y tedio, la inacción casi completa en que permanecía esa fuerza armada. Fuera de una o dos horas de ejercicios militares, no tenían qué hacer más que «dormir» según decía burlescamente el jefe de la barraca. Este se manifestaba cada día más escandalizado. Para él, la guarnición se componía simplemente de una cáfila de holgazanes y se admiraba de que el gobierno boliviano fomentase de esa manera la ociosidad.

Una vez, hasta llegó a tener una desavenencia con algunos de los oficiales entre los cuales se hallaba dando sus opiniones en este asunto y manifestándose como de costumbre asombrado de que la guarnición pasase días y meses sin «hacer nada».

--¿Y pára Ud.—contestó el capitán Cornejo —es lo mismo que nada el que nosotros estemos aquí, en defensa del país y de Ud. mismo?

—Sí, no desconozco—respondió Lalán—que ustedes estén aquí en defensa del país, pero también reconozco que, por ahora, Uds. no están combatiendo, y por lo mismo podían ocuparse en otras cosas......¡Caracoles!

—Cómo se ve que Ud. no comprende la misión del soldado.

—Porqué no? Caracoles! Yo también he sido militar en mi tierra y francamente, me daba grima que so pretexto de milicia nos sujetaran a mí y a mis compañeros al abandono más repugnante de toda otra ocupación que no fuera hacer ciertas piruetas......Eso es enseñar solamente la holgazanería.

—Vamos, Sr. Lalán, Ud. qué querría que hagamos aquí?—preguntaba con sorna el capitán.

—Picar, seguramente—dijo riendo un oficial.

—Oh!—repuso Lalán—Uds. tienen tantísimas maneras ds emplear el tiempo. ¡Caracoles! Uds. podrían tener aquí talleres bien montados de carpintería, sastrería, zapatería, etc. y así se ahorrarían mucho, y no tendrían que acudir a centenares de leguas de distancias para procurarse las prendas de ropa más insignificantes, como ahora sucede......Cada día yo les oigo a Uds. mismos quejarse de la falta de tal o cual cosa......y cada día les oigo aburrirse de la falta de distracciones y entonces me digo: ¿porqué el Gobierno no surtirá a estas guarniciones de todos

los útiles necesarios para pasar mejor el tiempo en estos lugares tan retirados donde se escasea de todo? Pero bah! me contesto yo mismo, bueno está el Gobierno para mandar aquí máquinas de coser, y demás objetos de utilidad, cuando no manda ni siquiera papeles de música......Aquí, a la banda se le ha agotado el repertorio, y los músicos tienen que dedicarse a componer......

Se rió al decir esto con aire de malevolencia.

El capitán dijo en tono de zumba:

—Esto está muy bueno......Ya estoy viendo a los soldados convertidos en zapateros, carpinteros, sastres, como quiere el Sr. Lalán.

—No; lo que él quiere es convertir a todos los soldados en picadores—añadió el oficial.

—¿Y qué?—repuso Lalán—eso sería malo? Al contrario. Me figuro que debería ser el ideal de Uds. Caracoles! Un cuartel por el mismo hecho de serlo se presta a maravilla, para implantar en su tiempo de paz, una porción de enseñanzas útiles. Un cuartel no debe ser solamente una escuela de enseñar a matar, sino también de enseñar a vivir. Un cuartel bien puede ser un gran taller donde en vez de manejar solamente la espada y el rifle, se maneje también la aguja, el cincel y la azada......Un cuartel......

—Basta, basta Sr. Lalán!—interrumpió el capitan. Ya sabemos que Ud. es un orador de playa......Pero mejor sería que en vez de hablar aquí con nosotros, se fuese Ud. ante el mismo

Gobierno a enseñarle todas esas cosas que dice Ud·

Lalán dijo:

—No hay para qué enojarse......Pero la verdad es señores, que Uds. están muy mal..... No me nieguen......A ver, dígame señor capitán: ¿tienen por ejemplo siquiera aquí quien enseñe a leer a los soldados?......Y los más de ellos son analfabetos .....¡Caracoles!

—Y Uds. Sr. Lalán, y Uds? - prorrumpió el capitán—Uds. los barraqueros, tienen ni un mal dómine que enseñe eso a los chicos de las barracas?

Lalán iba a hablar, pero el capitán le interrumpió continuando:

—Cierto que Ud. dirá que eso también es culpa del Gobierno......Y que el Gobierno debería poner maestros de escuelas en todas las barracas......

Se rió con sorna y siguió aún:

—Pobre Gobierno, tan sarandeado por Ud. Sr. Lalán!

Lalán dijo por fin:

—No es que yo quiera hablar precisamente contra el Gobierno. Pero......

—Pero yá ha hablado Ud. Y así son los demás barraqueros en estos lugares. Para ellos el Gobierno no sirve para nada.

—No, yo no he dicho tanto.

—Lo ha dicho Ud. cien mil veces ....
Uds. quisieran que el Gobierno venga aquí

sólo a servirles en todo. No se fijan que él está lejos......tan lejos Y, entre tanto, Uds. que están aquí, que medran aquí, que se enseñorean aquí de todo; Uds. que esclavizan aquí a las gentes obreras y se enriquecen con su trabajo.—Uds. Sr. Lalán, que están a todo hablar contra el Gobierno, no son gentes de hacer un Gobierno a su gusto, cuando muy bien podían hacerlo. ¿No es verdad?

Aquel día Lalán, de regreso a su casa, echó una reprimenda espantosa al mayordomo Domínguez, dió de puntapies al criado Lorenzo, se quejó de fuertes dolores de cabeza; profirió mil interjecciones dentro de su cuarto, y para más comodidad, dijo en portugués, una infinidad de cosas que los criados oyeron admirados sin alcanzar a comprenderle.

XX

Pero el que en Puerto Rico había llegado, no solamente al más completo aburrimiento, si no al horror, más aún que la misma vieja doña Juana y más que toda la guarnición, era Reno. Para él la vida de la barraca era un prolongado martirio. Odiaba aquel lugar y cada día se iba diciendo. ¿Hasta cuando permaneceré en este infierno?

El recuerdo de su país en vez de atenuarse con el tiempo y la distancia se agigantaba más bien en su memoria. Fresca y clara estaba en su mente la imagen de su pequeño pueblo, al pie de una serranía, entre arboledas pintorescas junto a un manso arroyo. Veía su casita blanca; y allí, en todos los rincones, andando diligente una viejecita, su madre. Veía a su padre, un buen hombre quien lo había ido a despedir hasta La Paz. Veía a su novia, la fresca muchacha con quien estuvo a punto de casarse al salir de su aldea. Veía hasta las gallinas que corrían por el patio de la casa.

¿Hasta cuándo? era la eterna interrogación......Hacia unos tres meses que había recibido una carta de su padre. En ella el pobre viejo le comunicaba que »todos estaban bien, gracias a

Dios», que la yegua tenía «una potranca», que habían «puesto velas a San Pedro» para que lo salvase de todos los peligros, y que esperaban verlo pronto de regreso, porque habían oido decir que iba a ir una orden del Gobierno en ese sentido......

Pero la tal orden no llegaba y Reno acabó por pensar que eso sería díceres para engañar a sus padres. No obstante su índole natural suave y buena, le daba ganas de odiar a todo el mundo. Imaginábase que todos los hombres son malos, que no hacen más que abusar de los infelices.

Bajo estas tristes ideas el joven soldado se iba consumiendo cada día.

Varias veces había vuelto a ver al médico desde la entrevista que anteriormente relatamos, pero el médico ya no parecía hacerle gran caso, y únicamente se había limitado a volverle a hablar de su próximo viaje a la barraca Palestina, viaje en el cual, aseguraba a Reno, hallaría muchos motivos de diversión.

—Para mí todas las cosas en este país son lomismo. No hallo diversión en nada. Todo me amilana—decía una vez Reno, conversando con dos de las mujeres que eran de las que le mostraban más estimación en la barraca, Juana Ibañez e Hilaria Abastoflor.

Y Juana respondía:

—Ec que como al Doctol le sienta bien ir vagando de punto en punto como el judío erran-

te, se le había figurao que a ucté, mi lindo, le puede ir lo mecmo.

Reno siguió:

—El Doctor me aconseja también andar a pie. me dice que él se volverá por tierra, en su mula, y que puedo venir con él.

—Pero, Jesú..... ¿cómo se le ha ocurrido al Doctol que ucté pueda andar tanta dictancia a patatín?......Jesú......Jesú...Eso ya no pasa-

—Es que para el caso de cansarme el doctor me ofrece su mula......

—Y él?......El se bajará para venir a pie... y para que ucté venga montao?......

Hilaria intervinó exclamando:

—Oigame don Renito......Si el doctor le ha dicho eso, tenga por cierto que lo hará......¿Sabe Ud. lo que hizo ahora poco con el galicoso Pérez?

—No sé—dijo Reno.

Pues se lo voy a contar. Dice que el doctor en una de sus andanzas se fué a encontrar con Pérez que se estaba pudriendo no se donde, y que no estaba pudiendo pasar a Puerto Rico porque no podía dar paso. Y entonces dice que el doctor se bajó de su mula y se la pasó al galicoso, y todavía le dió para cuidarle en el camino a su asistente......

—¡Que tal!—exclamó Juana, con gesto de incredulidad. Hilaria repuso:

—El mismo asistente del doctor me lo ha

contado así......Y otra cosa más...dice el mismo asistente que el doctor le ordenó que en llegando a Puerto Rico haga quemar la montura y también......la mula......

—Ah, pero el otro día no mac yo vide la mula sana y buena......—dijo Juana.

—También la montura...—explicó Hilaria— Es que el asistente no había cumplido la orden del doctor......Pero que el doctor le dió la orden es evidente, Yo se lo pregunté a él mismo el otro día......¿Y saben Uds. qué me dijo?

La vieja y el soldado miraron con atención a doña Hilaria Esta continuó:

—Yo le dije al doctor.—¿Cierto es, doctor, que usté mandó que la quemen su montura tan linda y hasta su mula?—Y él me contestó:—Eso era poco. Lo que yo hubiera deseado es que lo quemen también a Pérez.

Juána lanzó una exclamación que al mismo tiempo era como un berrido de protesta y de admiración.

Reno que, contra su costumbre, había estado oyendo con cierto interés la charla de las mujeres, y paseaba sus ojos en una y otra conforme les tocaba el turno de hablar, exclamó después de una pausa de ellas:

—Yo prefiero volverme de Palestina por agua. No me siento con fuerzas para andar a pie......y ni tampoco me atrevería a montar en la mula del doctor.

—Pero, qué ocurrencia— prorrumpió Hilaria—¿Acaso Ud. es como el galicoso Pérez No, mi hijo, no tenga escrúpulos......Más bien yo le aconsejo aprovechar la buena voluntad que con Ud. tiene el doctor. Vaya Ud. a cuantas partes quiera llevarlo él. ¿No ve que él se pasa la gran vida? Así estará Ud. en grandes...así se distraerá más Ud.

—Ya le he dicho doña Hilaria que yo no hallo distracción en estos lugares.

—Pero eso mismo es malo....Eso mismo le hace daño. Ud. debería armarse de más coraje, Ud. debería buscar, como otros, maneras de divertirse.....

Reno suspiró.

Juana dijó:

—Lo que ec yo, le doy mucha razón, mi lindo. ¿Qué diversión se puede hallar en estas tebaidas malditac? Yo no veo que haiga ninguna...ninguna......como ucté lo oye, doña Hilaria.

Hilaria replicó:

—Pero ucté, mi doña Juana, en vez de darle ánimo a este joven, lo amilana más. Al fin y al cabo, estando aquí no hay más que conformarse con la voluntad de Dios.

—La voluntad de Dios...ajá, ajá......Oiga ucté mi doña Hilaria......

Y, Juana enjaretó a la otra mujer y a Reno uno de aquellos discursos que con tanta frecuencia hacía oir a todos pintando los inconve-

nientes de la región; siendo inútil que doña Hilaria le hiciese algunas observaciones o más bien, esas mismas observaciones, no hacían sino estimular la facundia de la mulata.

Y Reno, puesto entre los opuestos pareceres de las ancianas no hacía sino suspirar sin conseguir armarse de la resolución que ya tantas veces le había aconsejado doña Hilaria.

XXI

Sucede a veces, en ciertos movimientos sociales que el alma de esos movimientos no es precisamente la persona más representativa sino la más insignificante.

Así era en Puerto Rico.

El alma de los descontentos en la barraca era una pobre vieja: era Juana Ibañez.

Y lo era no sólo de los siringueros sino también de los soldados; puesto que en ambos grupos había muchísimos descontentos.

Con sus maneras joviales, con su comedimiento, con sus obsequios. se había llegado doña Juana a hacer un elemento importantísimo y aun irreemplazable en la barraca. Ella atendía del lavado y planchado de ropa a toda la oficialidad, y aun se decía que estaba en relaciones de concubinato con el más joven de los oficiales de la guarnición; asimismo se ocupaba en costura, y hacía con sus «mietingas» diversas prendas de vestir para siringueros y militares; por último, tenia también gran fama como cocinera y por ende, atendía con la mesa a diversas personas: Tenía en suma, una actividad increible. Sus manos pocas veces estaban en descanso.

Y asímismo su lengua.

Porque, tan diligentes y prontas para trabajar como eran dichas manos, lo eran también para hablar sus labios.

Y era justamente, merced a sus labios que la mulata había llegado a ser el alma de la barraca y de la guarnición.

Cierto era que ella nunca podía hablar con toda la libertad que quisiera, y sobre todo desde las últimas medidas tomadas por Lalán con motivo de la huida de Buda, había tenido que mostrarse aun más contenida, pero también no le faltaban ocasiones de soltar su lengua y aún astutamente, sin soltarla del todo, despertar entre sus íntimos ciertas ideas que después eran propagadas, ya no precisamente como cosa original de ella sino de los otros. Fué así cómo la vieja llegó a hacer un ambiente detestable para el jefe de la barraca entre los soldados. En su casucha, que era el punto de reunión de militares y civiles solíanse oir cosas atroces. Decíase allí que Lalán tenía el odio más reconcentrado contra la guarnición; y que él había dado órdenes terminantes a los mayordomos para que propalasen toda clase de horrores contra los militares y se procurase evitar por todos los medios que éstos contaminasen con sus malas costumbres a los obreros, No se debía permitir a ningún siringuero cultivar amistad con un soldado ni recibirlo en la casa y ni siquiera hablar con el. Había que

huir de él como de la peste. Sobre todo a la mujeres había que cuidar muchísimo. Los padres, los maridos, los hermanos debían estar siempre con el ojo alerta. El calificativo de «forasteros» que se daba a los militares vino a ser sinónomo de gentes perversas, corrompidas, propagadoras de malas costumbres y temibles por todo concepto. En consecuencia, había que hacerles guerra de recursos. Ni un banano, ni una yuca, ni un poco de arroz para ellos. Y a los que infringiesen estas disposiciones se les hacía entrever que después del retiro de la guarnición, se les sometería a terribles castigos, siendo inútil que los siringueros tratasen de buscar apoyo en la guarnición, porque ésta se hallaba en Puerto Rico sólo de un modo precario, y una vez que se retirase caería el castigo con todo su peso sobre los culpables.

Y, como efectivamente una parte del personal de la barraca, sobre todo, el elemento aborígena, demostraba gran repugnancia por los soldados, decíase por la vieja y sus corifeos que esto era ocasionado por las predicaciones de Lalán. Lalán había hecho entrar en la estúpida mollera de esa gente que los soldados en vez de ser sus «defensores» eran más bien sus «enemigos». Lalán había dicho que los soldados eran unos ociosos, hambrientos y ladrones. Lalán, en fin, estaba dispuesto a quemar el cuartel.

Con todo lo cual, los soldados veían en La-

lán el individuo más repulsivo que puede imaginarse.

Y, en cuanto a los siringueros, muchos de ellos ya estaban completamente sugestionados por las mañas de la vieja para dejar el lugar adjuntándose a los soldados, una vez que llegase la orden de retiro de la guarnición.

Naturalmente, la anciana por sí, habría querido que se fuese de Puerto Rico unido a la guarnición todo el personal de los trabaladores.

Mas, como eso no era posible, contentábase siquiera con conquistar algunos adeptos.

Y lo que era por su persona, juraba y rejuraba que ella se iría con los soldados aunque se opusiese «el mecmo diablo.»

—Hijoc mioc, mic lindoc—decía con frecuencia a los soldados—cuando uctedec se vayan yo me pegaré a uctedec cono un chuturubi .....Uctedec tienen que llevarme.

—Y los soldados y aun los mismos oficiales, ofrecían calurosamente a la vieja su más decidida colaboración una vez que llegase el día de la partida. ¡Pardiez! Ella saldría de Puerto Rico a cualquier costa, y aunque para eso fuese preciso hacer un motín, lo harían. No faltaba más......

Y ved ahi cómo doña Juana vino a resultar el alma de la barraca y de la guarnición.

XXII

Volvamos a Verdugo.

A falta de Yno que se había regresado al Muimanu todo descorazonado, y de Varas que había ofrecido volver pronto de Ayacucho cargado de víboras, Verdugo no contaba en Puerto Rico más que con su amigo Arce para combatir en alguna forma sus horas de tedio Con él se metía por los bosques vecinos donde Arce, parándose ante tal o cual árbol hacía prolijas disquisiciones sobre sus cualidades o se ponía a imitar la voz de diversos animales selváticos, consiguiendo a veces atraer alguno para cazarlo; o ya los dos, metidos en una canoa se iban por el río cerca a la playa, y allí Arce echaba la red en cuyo manejo era diestrísimo y sacaba montones de pequeños peces que saltaban bramando entre las mallas del aparato.

Para Verdugo, era Arce un personaje aún más interesante que sus otros amigos en ciertos respectos. Pequeño de estatura, de aspecto endeble, de cara pecosa y vulgar, voz suave, modales de hombre tímido, había sin embargo figurado en muchas y sangrientas aventuras cuya re-

lación hacía a Verdugo con frecuencia. En veinte años de permanencia en la región se había asimilado con ventaja todas las habilidades de los bárbaros sin olvidar las del civilizado. Leía y escribía con bastante corrección y poseía nociones precisas sobre la organización política del país. El jefe de la barraca le llamaba «doctor». No le quería por lo mismo, pero le temía. De su lado, Arce, miraba con desprecio a Lalán. Jamás tuvo inconveniente con él. Cumplia bien todas sus obligaciones. Bebía rarísima vez. Era activo, tenaz y casi sin rival para el trabajo. Su nombre era uno de los pocos que no figuraba entre los deudores de la casa. Decíase, más bien, que tenía muchos ahorros acumulados con los que bien podía irse de Puerto Rico a donde quisiese; pero no se iba.

Una tarde dijo Arce a Verdugo:

—Esta noche va Ud. a tener distracción.

—¿Ola?

—Los bárbaros de esta barraca tendrán una reunión en el monte para no sé qué ceremonia que usan entre ellos. Mi mujer me lo ha avisado. Los va Ud. a ver hablar con los muertos.

—¿Con los muertos?

Arce sonrió maliciosamente, y luego continuó manifestando a Verdugo que se trataba de una de tantas costumbres primitivas de los aborígenes, no desprovistas de interés, pero que había

que observarlas sin ser notado por ellos, pues como se entregaban a ciertas prácticas anticristianas: «idolatrias» y «cosas del diablo» como las llamaba Arce, no les gustaba que se les viese, y por eso escogían las altas horas de la noche y lo más escondido de los bosques para ejecutarlas.

—Aún yo, con ser mi mujer bárbara, no puedo concurrir a estas cosas—decía el siringuero—pero sé el lugar en que se han de reunir y también la hora, porque mi mujer que tiene que estar allí, me lo dijo. Iremos pues allí sin que nos vean.

—Iremos!—decía Verdugo con entusiasmo—veremos las cosas del diablo y de los muertos.

A eso de la media noche estaban los dos hombres apostados detrás de un tronco, espiando a un numeroso grupo de indígenas que se había dado cita en un claro del bosque, distante un kilómetro de la barraca. Eran hombres y mujeres, de los que varios llevaban hachones de cernámbí encendidos. Los hombres formaban una sola fila y las mujeres otra. A uno de los costados estaba un viejo bárbaro o sea un *yanacona* sentado sobre una guaracha. La tal ceremonia era de lo más simple y monótono. El yanacona decía algunas palabras y hacía diversos signos y entonces la fila de hombres se ponía a caminar lenta y gravemente, seguíale la fila de mujeres, y de este modo todos iban girando como en un circo, luego retrocedían y volvían a girar

en el opuesto sentido. Así estuvieron como una hora. Luego, hombres y mujeres se fueron acercando sucesivamente al yanacona para hablar con él, y Verdugo echó de ver que cuantos regresaban de haber hablado en esta forma, se alejaban llorando A poco, al silencio y gravedad anteriores había reemplazado un coro de sollozos y lamentos, como si hubiese pasado alguna desgracia.

—¿Qué quiere decir eso?—dijo Verdugo a Arce.

—Acerquémonos por donde está el yanacona, y ya oirá Ud.—respondió Arce.

Se deslizaron furtivamente entre los árboles hasta colocarse detrás de un tajibo a que estaba apoyado el yanacona.

El viejo estaba allí desempeñando un curiosísimo papel. Se hacía el intérprete de los antecesores muertos de todos los circunstantes y les hablaba a éstos en nombre de aquellos. Y era de ver la gravedad y sencillez con que llenaba esta función Oía con aire reposado las preguntas que alguien le hacía; luego callaba por un momento, hacía un gesto de semblante como si estuviese oyendo el mensaje secreto de un ser invisible, y por último contestaba en voz lenta, segura y solemne.

Cuando Verdugo, llegó al punto apropiado para oír estos extraños diálogos, no quedaban para comunicarse con sus antepasados más que

una mujer que tenía en brazos a una criatura, un hombre demacrado, al parecer enfermo, y dos chicos.

A la mujer que había preguntado por su marido muerto, la dijo que él se acordaba siempre de ella, ya que la encargaba que criase bien a sus hijos, que trabajase con paciencia, y que solamente de esa manera la iría bien en la vida y no faltaría otro hombre que la diese bastante caza y pesca para subsistir.

Al enfermo, le respondió que su padre le decía que pronto hallaría una buena yerba para curarse, y que entonces trabajaría muy bien y tendría abundantes cosechas.

Con los chicos se explayó largamente. Díjoles que aunque su padres se habían ahogado en un naufragio, ahora la pasaban muy bien en la otra vida. Que nunca se olvidaban de sus hijos, que viéndoles gozar gozaban, y viendoles sufrir sufrían también, y que por lomismo, había que ser buenos para ser felices, pues de este modo se haría también felices a los desaparecidos, mientras que, si se obraba al contrario, no se hacía más que ocasionarles nuevos sinsabores en la otra vida y atraerse su enojo y reprobación.

Después de esto, los gemidos y lloros acrecieron de tal modo entre aquellas pobres gentes, que Verdugo realmente impresionado, insinuó a Arce volver a la barraca. Se fueron.

Y a medida de alejarse de aquel sitio iba

oyendo cada vez más confuso eso coro de lamentos que resonaba en el silencio de la noche callada, como un suspiro inmenso de las selvas.

—Y Ud. se figura que los bárbaros no creen en las supercherias del yanacona?—decía Arce a su compañero—las creen al pie de la letra. Ellos están ahora seguros de que han hablado con los muertos. ¡Pobres!...habían de ser bárbaros!......

—Por eso mismo querría yo ser un bárbaro—repuso Verdugo—por creer ciegamente en esa superchería:

Luego con gran admiración de Arce decía:

—¡Cuánta belleza! Qué consuelo tan grande!......Qué superchería más buena que la mayor sabiduría......Y así son todas las religiones......Y justamente las que tienen más supercherías son las más hermosas......

XXIII

Pocos días después, Verdugo se embarcó para Palestina. Iba allí con uno de los oficiales de la guarnición, el teniente Barrios, que conducía diez soldados, los mismos que hacían de remeros, y además dos enfermos entre los que estaba Reno qulen por indicación del mismo Verdugo iba cambiando de residencia.

Los soldados iban muy contentos. Estos cambios de lugar, aunque sólo fuese a otra barraca de la misma fisonomía que Puerto Rico, era no obstante para ellos una gran distracción; pues, enclavados en un solo lugar durante largas temporadas, se aburrían lastimosamente.

Los mismos enfermos mostraban más ánimo. Sólo Reno permanecía siempre retraído, siempre con los ojos perdidos quién sabe en qué visiones, y siempre con la faz meditabunda y abatida.

—¿Y tú, Reno, porqué no te alegras como los demás?—le dijo el teniente,

—Yo me alegraría si supiera que estamos viajando hasta nuestro país; pero como sólo estamos yendo a Palestina!

El médico dirigiéndose con expresión festiva a Reno añadió:

—Dentro de poco yo viajaré a Riberalta. Allí también te llevaré. Estarás algo más cerca de tu país.

—La gracia sería seguir.

—Puedes seguir por etapas. De Riberalta vas a Rurrenabaque; de Rurrenabaque a Apolo, de Apolo a Sorata, de Sorata a tu pueblo...

Reno suspiraba. El teniente insinuó:

—Pero Reno solamente podría hacer eso teniendo su licencia final.

—Ciertamente—dijo Verdugo—Si en un mes más no llega la orden del retiro de la guarnición yo conseguiré para Reno su licencia final.

Todos pusieron las caras alegres.

El mismo Reno ensayó su risilla característica mostrando sus encias exagües. Estaba sentado cerca a la puerta del camarote entre racimos de bananas y un montón de yucas. Cerca de él se hallaba el otro enfermo. Era un soldado de mucha más edad, también muy pálido que se entretenía de rato en rato en quitarse un cinto de cuero del que sacaba varias libras esterlinas que contaba una por una, volviendo después a meterlas en el cinto, para repetir la misma operación al cabo de cierto tiempo.

Los demás soldados enfilados a los costados del batelón remaban con ánimo, conversando a ratos entre ellos. El piloto, un hombre gi-

gantesco, manejaba al *leme* mirando el río por encima del camarote. El río en algunas partes estaba erizado de palos, pero el batelón diestramente conducido, los evitaba, y bajaba con rapidez por en medio de la corriente.

—Allí sstán unas *petas*—exclamó uno de los punteros, señalando un tronco, distante unos doscientos metros, caído de la orilla sobre el río horizontalmente, y enseñando sobre él una hilera de tortugas que estiraban los cuellos a la vista de la embarcación. Los soldados se disponían a darles caza, pero antes de que tuviesen tiempo, de hacerlo, las tortugas se echaron al agua unas tras otras.

—Qué lástima!—exclamó el teniente—hemos perdido un buen caldo.

Los soldados tenían vivo deseo de cazar alguna buena presa, y todos observaban en derredor con ojos avisores.

El río, de ligero tinto turbio, corría mansamente, encajonado entre sus dos márgenes pintorescas. Allí, la selva desplegaba sus millares de árboles grandiosos como escuadrones de gigantes, entre los que con frecuencia se divisaba las copas de los siringales. Era más de medio día. Un aire suave y fresco venía a la barca que hendía rápidamente por el río. En la soledad no.se oía sino los golpes rítmicos de los remos en el agua. No habían marigüis. Todos los tripulantes disfrutaban de tranquilidad. En el pe-



VIAJE DE SUBIDA, RIO BENI

queño camarote, Verdugo y Barrios sentados sobre sillas de doblar conversaban a ratos.

Reno, siempre taciturno, parecía aún más melancólico desde que Verdugo había hablado de su probable retiro y le hubo indicado las etapas que podía seguir en el viaje. Recordaba aterrado aquellos mismos lugares que atravesó hacía más de un año cuando venía con su batallón a la campaña. Cuánto había sufrido! Desde La Paz al río Beni, que era una parte del trayecto, apenas pudieron venir en más de un mes! El bravo batallón, en plena estación lluviosa, tuvo que atravesar las yermas planicies de la puna, ascender y descender la alta cordillera, bajar a las tierras calientes, cubiertas de incultos bosques llenos de horror y misterio. Primero un frío siberiano, después un calor de horno. Pampas interminables, desfiladeros espantosos en que caían hombres y animales, alturas estupendas, valles malsanos, ríos caudalosos. Ni un abrigo en aquellos desiertos. Falta o deficiencia de alimentos Penalidades sin cuento. Un verdadero *via crucis*. A las cuatro de la madrugada se empezaba a oír las cornetas. Había que levantarse, Y si uno no se apuraba allá, iba a látigo, Se bebía un poco de te, y, a formarse. Luego a caminar A caminar, jadeando bajo el peso de la mochila y del rifle. !Cuán enorme le parecía a Reno ese peso! Si los pies sangraban, había que seguir caminando también. Algunos días llo-

vía desde por la mañana hasta la noche. Se pasaba resbalando y cayendo por tremendos lodazales. No había ni dónde guarecerse, ni cómo tomar el rancho. Luego, el rancho era tan miserable. Y sobre todo, muchos ya no se acordaban ni de comer. Lo que querían era descansar, tirarse al suelo y quedarse allí. A veces el batallón llegaba al vivaque a deshora, después de haberse arrastrado en la sombra de la noche por esos lugares. A las once o doce se repetía el rancho, cuando sólo pensaban en dormir. Y al día siguiente, a las cuatro de la mañana otra vez las cornetas. Reno que siempre estaba pronto, veía entonces a los más de sus compañeros tendidos, aún soñolientos, mientras los cabos les daban una azotaina feroz. Pero en fin, pasó aquella espantosa caminata por tierra de más de un mes. Luego vino la travesía por agua Otra cosa lastimosa. Los soldados iban apiñados como fardos de mercaderías, en batelones remolcados a las lanchas a vapor, o dentro de estas mismas. En una de ellas le tocó ir a Reno. Y le tocó estar colocado precisamente en un grupo de soldados que se situaban cerca al sitio de la lancha en que se ponía la mesa para el comandante del barco, y tres cirujanos. Cada día en la hora del almuerzo y la comida veía allí Reno a Verdugo.

Al llegar a este punto de sus recuerdos, volvióse hacia el camarote, y miró al médico.

Este que también hacía rato había estado contemplando al soldado, díjole al encontrarse con sus ojos:

—¿En qué piensas Reno?

—¿Se acuerda, señor,de aquella vez que bajamos por el Beni?

—Ya lo creo que me acuerdo. Era para mí un viaje atroz. Sobre todo, cuando bajaba por la segunda cubierta para comer con mis compañeros, sufría horriblemente viendo las caras de los soldados, de Uds .....

—Precisamente yo estaba pensando en eso —repuso Reno, admirado de que los dos hubiesen coincidido en un mismo pensamiento.

—La fila en que tú estabas—continuó Verdugo—se hallaba a dos pasos de donde mis compañeros y yo comíamos, Nuestra mesa era buena; en cambio a Uds. se les repartía cada día un poco de arroz y *charqui* podrido. Uds. pues, estaban siempre hambrientos. Nos miraban comer, haciéndoseles agua la boca. Me acuerdo sobre todo, del soldado Lugones—(¿qué será ahora de Lugones?). Este me horrorizaba. Viendo a nosotros y a nuestros platos parecía que nos iba a tragar juntos. Había en su cara un aire de ánsia, de envidia. de despecho y de furor tales, que a mí se me quitaba el apetito,

El teniente se rió.

—En verdad—repuso Verdugo con cierto calor—le digo a Ud. que la vista de toda esa

gente me servía de suplicio. Fisonomías escuálidas, ojos apagados o a lo más relampagueando a la vista de un mendrugo, los vestidos harapientos y sucios, la enfermedad envolviendo en su atmósfera mefítica aquellos organismos casi exánimes; una expresión de amargura, de hambre, de insomnio, de resentimiento, de dureza, de malevolencia, pintada en todos los semblantes. Viendo aquellos hombres pensaba en aquellos otros que hacinados en carruajes en la época del Terror en Francia, iban al suplicio cada día. ¿Y éstos son, me decía, los que van a defender su patria?

—Un pato, un pato!—gritó uno de los tripulantes.

Todos miraron en la dirección que señalaba y vieron que efectivamente un pato pasaba volando casi por encima de la barca, yendo de una a otra banda del río. Paróse en la misma orilla, y los tripulantes vieron con alegría que allí había otros patos. Se hizo virar la embarcación en aquella dirección y antes de que las aves escapasen tres de los soldados hicieron fuego. Volaron varios patos, pero cayeron otros. El batelón se aproximó, pero apenas se pudo coger un pato herido que aleteaba en el agua, habiéndose sumergido otro.

—Ya tenemos para un asado—dijo el teniente.

—Pero es lo malo que no alcanzará para todos - repuso Verdugo.

—Hasta llegar a Enasebe, podemos aún cazar bastantes.

Pero la suerte no estuvo muy propicia a los excursionistas. Al dar fin a uno de los *tornos*, el piloto Aponte, señaló un árbol donde se movían precipitadamente varios *manechís*. Inmediatamente la embarcación se dirigió allí hasta colocarse bajo de dicho árbol que estaba en la orilla del río. Todos los monos habían escapado menos uno que en vez de pasar a los árboles contiguos como los otros, se encaramó en el mismo árbol en que se hallaba, alcanzando su vértice. El más diestro tirador hizo fuego. El mono, seguramente herido, pareció que iba a caer, pues se colgó con la cabeza abajo. Pero se vió que tenía aún una pierna y la cola prendidas a la rama.

No tardará en caer. ¡Alerta! No vaya a perderse en el agua como el pato—dijo—Aponte.

Todos estaban con la vista clavada en el deforme animal. Pronto éste desprendió también su pierna de la rama y ya no quedó colgado de ella más que por la cola que estaba arrollada al palo, y que con el peso del mono iba cediendo poco a poco.

Por fin ya no quedaba agarrado más que por una punta, y ya se esperaba ver caer al mono. Mas, de repente extendió él una de sus manos, se agarró de otra rama, y antes de que los tripulantes se diesen tiempo de volver a hacer fuego se escapó rápidamente en el bosque.

Verdugo estaba divertidísimo con esta aventura.

Por la tarde llegó el batelón a Enasebe, pequeña barraca en que debia pernoctar para seguir al otro día a Palestina.

Los soldados no estaban muy contentos con el resultado de la caza. El pato pareció exquisito aún a los que no pudiendo probarlo se relamían de antojo oyendo las referencias de los otros.

Uno de los soldados, tan luego de descansar en Enasebe, entró al bosque a buscar caza y a poco salió agarrado de un enorme *tapacaré*, herido en una de las alas. No quisieron matarlo; lo echaron al batelón entre los racimos de plátanos. El ave parecía furiosa, pero no podía volar ni andar, por más que a ratos lo intentaba. Toda la noche permaneció así con los ojos abiertos.

En Enasebe, cuando llegó el batelón de los soldados, se hallaban en animada fiesta varias de las personas del lugar. Verdugo que era allí muy conocido, fué desde luego invitado a la casa de la jarana. lo que naturalmente aceptó de buen grado, y se fué allí, separándose del teniente y de los soldados que quedaban a dormir en la playa, cerca al batelón. Llevó. además, consigo pára que lo acompañasen al piloto Aponte y al soldado Reno de quien deseaba se divirtiese, y al conducirlo a la fiesta de la casa le decía:

—Diviértete Reno......Aprovecha la ocasión.

Más que tomar drogas te conviene bailar un poco con las buenas mozas que vas a ver .....Y ojalá aún pasases de eso......

En una habitación espaciosa estaban varios hombres y mujeres bebiendo y bailando. Cuando vieron a Verdugo agolpáronse en derredor saludándolo con mucha algazara. Luego le llevaron a él y a los soldados a sentarse en un banco sobre el que habían extendido una manta. El día anterior había pasado por Enasebe el comerciante Vaca, dejando allí como en Puerto Rico una buena cantidad de alcohol con el que la gente se divertía. Un hombre sentado entre dos mujeres que meneaban las cabezas tocaba en un acordeón el indispensable tiri-tiri a cuyo compás bailaban algunas parejas. Se bebía alcohol aguado mezclado con esencia de anís.

Desde luego, Verdugo y sus compañeros fueron invitados a beber sendas copas del líquido—¡Salud!—decían las mujeres levantando, según su hábito, bruscamente las copas y bebiendo de una sola vez. Y—¡Salud!—contestaban Verdugo y el piloto bebiendo en la misma forma. Sólo Reno se resistía, lo que daba lugar a que los demás protestasen.

—Bebe Reno—díjole Verdugo—no hay inconveniente de que bebas poco a poco.

Y dejando a Reno entre un grupo, llegóse a otro grupo y encargó por lo bajo procurasen distraer al enfermo.

Y a poco de esto, se veía a Verdugo y a Aponte bailando el tiri-tiri. La gigantesca figura de éste se destacaba con toda la cabeza sobre los más altos hombres que le rodeaban. Al acordeón se había añadido un rústico violín y una guitarrica que trajo uno de los soldados.

Largo fué el baile. Verdugo se sentía cansado. El sudor inundaba su frente, y se admiraba de que los demás estuviesen muy frescos.

Por fin, después de una media hora, y como los músicos no daban trazas de callarse, Verdugo dió por terminada su danza y se dirigió a su hamaca. Las gentes asediábanlo con diversas cosas de beber.

Verdugo buscó con los ojos a Reno que se hallaba a poca distancia, y llamándole a su lado le dijo.

—Y tú, no bailaste, Reno?

—No, señor.

—Le hemos insinuado tanto y no quiere bailar—protestó una mujer negra y bien parecida.

—Malo, malo! ¿No ves cómo está bailando tu compañero?—dijo Verdugo, señalando hacia el grupo de danzarines.

Aponte, en efecto, seguía bailando con mucha gravedad con una mujer que parecía revolotear a sus pies como una mariposa.

La negra volvió a invitar al soldadito al baile, y éste continuó escusándose, diciendo que no sabía.

—Pero si no se necesita saber! Pararse y mover el cuerpo como los otros.......Eso es todo.

—Vamos, vamos al baile—intervino un freguez, tomando familiarmente a Reno por el brazo y tratando de llevarlo hacia el otro grupo. Y Reno forcejeaba siempre por quedarse.

Verdugo habló:

—Sí, déjenlo; que no baile Reno, aún......Está triste......Y los tristes no deben bailar. Es muy chocante. El baile debe ser expresión de la alegría. ¿No es cierto, amigos? Por consiguiente primero hay que hacer alegrar a Reno.

—Pero si ni tomar quiere!—dijo la negra—Este soldadito sí que había sido arisco,

—Bebe, Reno—continuó Verdugo—Bebe. Ya te he dicho que beber un poco no te hará daño. Antes bien: bueno es beber cuando se está triste. La pena y el licor son enemigos......Bebe....... No me ves a mí? Yo hace rato estaba triste, pero estoy muy alegre porque he bebido......Y la verdad es que yo he bebido harto. Bebe Reno; salud!

—Salud! señor—contestó Reno;—y como viese que Verdugo había concluido el contenido de su copa, él se atrevió a hacer lo propio.

Era la primera vez que Reno se hallaba con Verdugo en una fiesta y le hallaba muy cambiado de cómo le hallaba ordinariamente. Siempre le había oido prohibir el alcohol a los soldados y ahora le sorprendía que le aconsejase

beberlo. Pero incitado por el mismo médico, y contagiado poco a poco por la animación de los demás, empezó el soldado a menudear desde aquel momento las copas.

El baile seguía sin desmayar. Algunas mujeres hacían contorsiones clorwnescas. Aponte continuaba moviéndose con la mayor gravedad. El acordeón se callaba a momentos, pero el violín seguía aullando sin descanso. Entre los bailarines había uno con trazas de mendigo, trajeado apenas de un girón de blusa y de dos colgajos que pretendían ser un pantalón. Esto chocó tanto a Verdugo, que acabó discurriendo para sí:

—Tampoco deberían bailar los que están mal vestidos.

Rióse solo y continuó diciendo:

—Y en verdad, no deberían bailar ni los que son viejos. ni los que son feos, ni los que son cojos, o bizcos o mancos. Si yo fuese árbitro de estas materias, buena iba la cosa. Bailarían muy pocos......Y desde luego, empezarían por prohibirme a mí mismo el baile.........Reno tiene razón.......¿Cómo se puede bailar estando triste? ¿Pero, cuántos infelices se consuelan haciendo estas piruetas? Cuántos, cuyas almas están laceradas, hacen danzar sus cuerpos con gestos animosos y reidores? Payasos!......Y yo también no soy uno de ellos? No soy como los demás? Oh hipocresía .....oh ficción. Bebamos! Reno, Reno, ¿dónde está Reno?

Se incorporó en la hamaca para pedir de beber y buscó a Reno. Este se hallaba a su lado. Por fin había bebido algunas copas y se sentía con un extraño mareo que le distraía. Verdugo que estaba también medio borracho exclamó:

—Reno, creo que estás camino de la alegría......Te felicito. Veo brillar tus ojos y tu cara se ha encendido algo......Muy bien. Trae, hijo mío, dos copas.

Al momento, antes que el soldado obedeciese, las mujeres que estaban cerca trajeron un par de copas rebosantes de líquido.

Bebieron todos diciendo: salud, salud; y el mismo Reno volvió a tomar ya sin ningún recelo su parte.

Verdugo que se había vuelto a fijar en los bailarines y notó que Aponte ya daba muestras de cansancio exclamó:

—Bailarán sin descansar toda la noche? Hace más de una hora que dura el tiritiri. Hay que decirles que descansen. Lo veo al pobre Aponte ya un tanto agobiado, como un sauce que se agacha.

Hicieron callar la música y cesó la danza. Las bebidas hicieron irrupción. A Aponte hubo que darle el licor no en copa sino en un vaso.

—Jesús María—decía el soldado—que he traspirao harto. Ectoi como si haiga naugragao......

Reno festejaba lo dicho por Aponte. Contra su costumbre reía ya no con el gesto forzado de antes sino con carcajadas francas y sonoras.

—¡Gua!...chico—repuso Aponte, oyendo con sorpresa las risotadas de Reno—¿de ande hac resultao tan contento?...Lo que son lac copac!...

—Salud compañero!—gritó Reno alzando su diminuta copa.

—Salú pué...pero ya no me ha quedado nada en el ¡vidrio......

—Delen a Aponte otro vaso—mandó el freguez.

—Qué, un vaso!...Delen una *tutuma*—repuso otro hombre.

—Sí, sí, sí—gritaron todos.

Trajeron un vaso y una tutuma llenos. Aponte eligió el vaso

Reno continuaba riendo con frecuencia. Miraba a Aponte con admiración, con una especie de éxtasis, de uno a otro lado, como si le estudiara en todos sus detalles. Parecía que un gran cariño se había despertado en su corazón por aquel hombre tan alto.

Y Verdugo, de su lado observaba a Reno. «He aquí—se decía—una completa metamorfosis: Pobre muchacho! Debe ser la primera vez que le está pasando en estos lugares semejante cosa... He conseguido hasta cierto punto mi objeto. ¡Y decir que todo esto es el resultado del alcohol!.. Oh divino alcohol, cómo transformas a los hom-

bres! Eres generoso,...eres consolador. Eres despertador de extrañas alegrías, de lectaciones bellas, de impulsos inesperados en los seres más endebles...¿Y después?...Maldito alcohol?...

—Aponte!—exclamó Verdugo sentándose en la hamaca.

—A la orden mi comandante—contestó Aponte cuadrándose y haciendo un saludo militar.

—¿Y cuando te oiremos la guitarra?

Ahora mecmo, mi comandante.

—Entonces, al grano.

Aponte empuño la guitarra sentándose en un banco contiguo a la hamaca que ocupaba Verdugo.

—Canta, Aponte, aquellos versos de *El soldado*—insinuóle Verdugo.

—Muy bien, mi comandonte.

Afinó la guitarra, ensayó algunos acordes en tono menor y con voz atiplada pero dulce y bien entonada empezó a cantar:

Yo soy el pobre soldado
que va marchando en la fila
cargado de su mochila
y de su dolor cargado......

Yo soy el pobre soldado......

Pero el cantor no siguió porque Verdugo le insinuó que se detuviese. Este, mientras cantaba el gigante se había estado fijando en Reno. El

joven soldado fué sorprendido en medio de su extraña animación por aquel canto plañidero que llegaba a sus oidos como un despertar de su tristeza habitual. Aponte modulaba con mucho sentido un tono melancólico al que la guitarra acompañaba con bramidos y quejas. Las palabras salían de los labios del soldado lentas y arrastradas pero claras; y de este modo la primera estrofa tardó en desarrollarse, y Reno a medida que ella sonaba, fué perdiendo su intempestiva alegría y llenándose en cambio de una emoción dolorosa. Acabóse así la primera estrofa y el tocador fué haciendo en la guitarra algunos preludios para volver a cantar.

Yo soy el pobre soldado.....

Y fué aquí que Reno ya no pudo más y soltó el llanto, por lo que Verdugo interrumpió al cantor.

—Bueno,—dijo Verdugo—No vale llorar..... Canta Aponte otra cosa....otra cosa más alegre.

—Muy bien, mi comandante.

Aponte varió el tono y ya iba a entonar otra canción cuando en esto fueron interrumpidos por la llegada de un grupo de soldados que venían en busca de Aponte y Reno, diciéndoles que ya era hora de que volviesen al campamento.

Con esto se echó a perder la fiesta.

Aponte puso humildemente su guitarra a un rincón y se dispuso a seguir a sus compañeros.

Reno en cambio, estuvo a punto de provocar un escándalo. Erguido como jamás se le había visto, poco menos que rabioso, con las mejillas aún húmedas por el llanto que acababa de verter y con la voz entre cascada y sonora exclamó.

—¿No es una iniquidad que nos traten así?.. Ni un rato nos dejan en paz!...Esto es insoportable!

—Reno, obedece!—dijo Verdugo secamente.

El murmullo que se empezaba a producir en la concurrencia cesó ante estas palabras.

Reno que esperaba que Verdugo le apoyase notó que se había equivocado, y al verse tratado de ese modo agachó la cabeza y se dejó conducir por los soldados.

XXIV

Al día siguiente el batelón seguía con rumbo a Pelestina.

En el camarote continuaban Verdugo y el oficial. Verdugo muy embriagado obligaba a beber al teniente pequeñas copas de Ron que vertía de una cantimplora pendiente de uno de sus hombros. Había pasado toda la noche emborrachándose con los siringueros de Enasebe, y ya de día se incorporó a la tripulación del batelón.

Aponte de pié, detrás del camarote, manejaba el leme. Tenía los ojos inyectados, bostezaba a cada rato y bien se notaba que le invadía el sueño, pero le era forzoso estar atento a su tarea por razón de las palizadas del río.

En cuanto a Reno, hacía poco que dormía profundamente. Acurrucado frente a la puerta del camarote, con la cabeza caída a un lado y con la cara aún más exangüe y ojerosa que de ordinario, ofrecía un cuadro que inspiraba compasión.

Cerca de él el otro soldado enfermo parecía aburrirse grandemente. Miraba a ratos a Reno con aire displicente, a ratos dirigía ojeadas rápi-

das al interior del camarote en que estaban los bebedores, y a ratos a las espaldas de los tripulantes enfilados a los lados de la embarcación. A ratos, también volvía a su entretenimiento del día anterior; esto es, quitábase su grueso cinturón de cuero y sacando de él un montón de libras esterlinas las contemplaba con aire apático y las volvía a meter en los bolsillos del cinturón.

A sus pies, el tapacaré yacía entre las yucas y plátanos, tirado de espaldas, con la garras a la vista y paseando sus hostiles ojos entre los personajes que le rodeaban. Habríase dicho que iba a saltar sobre el soldado enfermo para hundir en su piel amarilla el agudo pico, pero estaba impotente y no alcanzaba ni a mover el cuerpo.

Los tripulantes en sus puestos remaban a compás sin dejar de observar lo que se podía cazar. Dos de ellos poco acostumbrados a este ejercicio sudaban a chorros, provocando las chanzonetas de sus vecinos. Los punteros gritaban a momentos advirtiendo al piloto la proximidad de algún tronco. Lo habían notado menos listo y avizor que de costumbre, y temían que dirigiendo mal la embarcación la hiciese zozobrar contra algún obstáculo.

—No hay cuidado, no hay cuidado...Delen nomac con juerza—respondía Aponte, algo amostazado al notar el tono con que los otros le hacían sus observaciones.

Un soldado dijo por lo bajo a otro:

—El piloto está todavía a media mona. ¿Qué hará el *tiñiente* que no le cambia con otro?

El aire matinal soplaba con más vigor cuanto más rápidamente bogaba el batelón río abajo. Aquellas ráfagas fuertes gustaban a los más de los remadores. De ambas márgenes cubiertas de bosque denso, salían rumores variados, ruidos de las frondas sacudidas por el viento, trinos de aves, gritos estridentes de bestias selváticas. Bandadas de loros cruzaban el río a gran altura promoviendo una algazara loca.

Pero no se encontraba qué cazar, lo cual causaba mucho descontento en los soldados. Uno de ellos echaba la culpa al piloto Aponte. Decía a su vecino que en un viaje anterior, él y sus compañeros habían tenido abundante caza, y eso era porque no estaba con ellos Aponte.

—Tiene suerte malísima. No sé que nos va a pasar!......Con tal que no naufraguemos.

Y Aponte, ignorante de la animadversión de que era objeto, seguía en su puesto, agarrado del timón, haciendo esfuerzos sobrehumanos para no dejarse vencer con el sueño.

Verdugo, muy locuaz, hablaba con el teniente disertando con calor sobre los trajes y la desnudez y afirmaba que ésta es profundamente moral y que aquellos habían pervertido en mucho a la humanidad.

Bogaba el batelón cerca de una de las orillas cuando de pronto, a pocos metros delante de él, salió del río una nutria y se puso a caminar paso a paso siguiendo la orilla. Al momento dos de los cazadores empuñaron sus rifles, pero antes de que tuviesen tiempo de hacer fuego salió una voz vibrante del camarote diciendo:

—Alto! El matar a una nutria trae mala suerte......

Era Verdugo que miraba encantado la tranquilidad con que caminaba el animal sin hacer caso de la vecindad del batelón.

Los cazadores bajaron sus armas sin hacer observación ninguna. Varios de los tripulantes creían a pies juntillas lo que acababa de decir Verdugo. Pero en otros se delataban gestos de incredulidad.

El soldado adversario de Aponte, murmuró a los oidos de su compañero;

—Lo que trae mala suerte es Aponte Lo demás son pamplinac. No dejar matar a ese animal, bah! Y el tiñiente que está muy orondo, bah!

La nutria, en tanto, después de caminar algunos pasos más, volvió su cabeza, como un perro hacia los soldados, cual si les mirase con sorna. Una estruendosa aclamación acogió esta actitud de la bestia, y recién entonces se metió ella en el bosque sin mostrar precipitación alguna.

Ectamoc freccoc—decía el mismo soldado— el animalito se ha burlao de nosotros. Si así nomac tiene que ser viajando con Aponte.....

Pero pronto la atención de todos los tripulantes fué llevada a otra cosa.

El soldado de las libras había vuelto a su manía. Tenía entre sus manos el cinturón e iba a sacar las monedas, cuando Verdugo le dijo:

—¿Quieres darme eso?

El soldado pasó respetuosamente su cinto a Verdugo. Tomóle éste y, al momento, con un gesto breve e indiferente lo arrojó al río.

Fué esto tan rápido que solamente con las exclamaciones del soldado los más de los tripulantes se dieron cuenta de lo que ocurría.

—¡Mi cinto, mi cinto!—sollozó el soldado mirando con desolación al río y a Verdugo.

Por un momento estuvo a punto de echarse al agua. Su cara después de enrojecer se ponía lívida. Un gesto de angustia afeaba su demacrado semblante. Quería que la embarcación se detuviese, pero naturalmente ella con la velocidad que llevaba ya estaba lejos del punto en que se hundiera el cinto, y ni aún se podía saber cual era ese punto.

Los tripulantes paseaban azorados sus ojos ya de Verdugo al soldado. o de éste a aquél. El teniente con aire de embarazo no sabía qué partido tomar. Solamente Reno seguía tranquila-

mente dormido y por lo mismo indiferente a esta aventura.

Por fin Verdugo, después de algunos momentos en que miró muy intrigado las piruetas de dolor que hacia el soldado, le dijo con gran calma:

—¿Por qué lloras?

—Mi cinto, señor, mi cinto!

—¿Cuánto llevabas en tu cinto?

El soldado acreció en sus sollozos y contestó:

—Cuarenta libras.......... cuarenta y cuatro. Todo lo que tenía. Toda mi fortuna .....

Verdugo se puso a reir francamente.

Pasaron algunos minutos, durante los cuales los tripulantes continuaban volviendo con frecuencia sus caras para mirar a los actores del incidente. Algunos murmuraban entre dientes contra la acción de Verdugo. El enemigo de Aponte seguía echando a éste la culpa de lo que acababa de pasar. La barca hendía las aguas del río con menos celeridad y con más ti-nto. Al piloto se le había despabilado el sueño con lo que acababa de presenciar. El tapacaré estaba con sus ojos fijos sobre el soldado de las libras como si burlase de su dolor.

Verdugo abrió su maletín y sacó de él un puñado de monedas de oro que las pasó al soldado diciéndole:

—Cuenta.

Contólas el enfermo. Eran más de cincuenta. Luego trató de devolver el puñado de oro a Verdugo, pero éste le hizo un gesto indicándole que las retuviese al propio tiempo que decía:

—Ya ves que tu angustia sólo ha durado algunos instantes. ¿Estás satisfecho ahora? En mi vida había visto otra cara más chistosa. Del amarillo al rojo, del rojo al blanco, del blanco al verde......Y qué gestos, Dios mio! Todo un tratado de psicología trascendente, en algunos rasgos del semblante.......El hombre es el animal más grotesco del mundo. ¿No es así, mi teniente?

El teniente hacía lo posible por acoger con buen modo las palabras del borracho.

De repente el soldado se incorporó haciendo un esfuerzo, y en un arranque de singular generosidad propuso a Verdugo:

—Señor, es mucha plata......(diciendo esto trataba de entregar a Verdugo las libras) .....Es mucho perder para Ud......Perderemos a medias.

Verdugo replicó torpemente:

—Imbécil! si vuelves a entregarme ese dinero, lo echaré también al río donde estará mejor que en tu poder. ¿Comprendes?

El soldado metió sus manos pletóricas de oro a los bolsillos del pantalón. Verdugo tornó a hablarle:

—Hermano, ¿Porqué amas tanto el dinero?

—Señor,—contestó humildemente el enfermo—con la plata es fácil ser feliz.

——Oh infeliz—interrumpió Verdugo—¿No me ves a mí? Tengo plata, y soy un desgraciado.

Tomó el último resto de licor que había en la cantimplora, y prosiguió hablando con voz tonante:

—Bienaventurados los que no tienen plata, es decir los que tienen hambre....El que tiene hambre encuentra delicioso lo que puede encontrar para comer aunque sea una piltrafa inmunda...... Los ahitos ignoran ciertos placeres .....El que no tiene plata, piensa, anhela, observa, con frecuencia roba .....Yo envidio a los que roban......Tontos los que se quejan de que no tienen nada! cuando precisamente son los que tienen más......Tienen por lo menos el deseo y la esperanza, fuerzas de la vida! ......Oye, soldado, echemos esas libras al agua. ¿Quieres?

Su voz resonaba como un grito iusolente en medio de la magestad del paisaje. El teniente miraba sonriendo las muecas que al hablar hacía el ebrio. Reno seguía dormido. El otro enfermo estaba acurrucado en su sitio, con los ojos bajos y las manos siempre en los bolsillos apretando las libras, como si ellas se le fuesen a escapar.

Ya no había más licor para beber y Verdugo pasado un rato, se lamentaba por esto.

—Si esta agua fuese alcohol!—dijo considerando las turbias aguas del Orton.

—Sería el río más poblado del mundo—exclamó el oficial con tono festivo.

—Oh el más despoblado........Con tanto alcohol todos se morirían empezando por........los peces. ¿No conocía Ud. mi teniente, esta fórmula sangrienta: El alcohol lleva a la extinción de las razas?

De repente, Verdugo, echó de ver en el tapacaré. El ave, atraida por su vocerío y sus muecas le estaba también mirando tenazmente desde la cala. Inmóvil, con las patas y las alas tristemente caídas y el pico entreabierto, ya no parecía vivir sino en sus ojos. En ellos se había reconcentrado toda su fuerza y fiereza. Y con esos ojos inyectados y brillantes, como dos astros ignivómos miraba implacablemente al borracho. Este encontraba en ellos un aire de odio que le sumió en nuevos pensamientos extravagantes.

Luego todo lo demás del ave, aunque estaba inerte era feroz. Sus grandes garras crispadas se destacaban sobre el pecho con aire amenazador. De los ángulos de sus alas salían agudos cachos que amenazaban también. Su pico terrible tenía la misma expresión.

En realidad, el tapacaré estaba moribundo. Pero estaba casi desde el día anterior. Mal herido en las alas y los pies que no podía manejar, había pasado toda la noche tirado en la cala del telón, en la misma actitud en que ahora se hallaba. El soldado que después de cazarlo lo

dejó allí, y que esperaba hallarlo muerto el día siguiente, se admiró mucho, volviendo al batelón, de hallarlo igual que la víspera.

—Qué animal para agarrarse a la vida—dijo hablando con sus compañeros.

—¿Porqué no le acabas de matar?

—¿Pá qué? Hay que ver hasta cuando aguanta.

Y el tapacaré aguantó muchísimo. Cuando llegaron los viajeros a Palestina estaba lomismo que antes. Pero ya nadie hacía caso de él. Sólo Verdugo desembarcó llevando en su cerebro alcoholizado, como dos clavos de fuego el recuerdo de sus ojos.

XXV

En Palestina no faltó quien diese al General Peña, Jefe Supremo de las fuerzas que guarnecían el Orton, una relación más o menos circunstanciada de todo lo ocurrido en la travesía del batelón que fué allí con la comisión militar de Puerto Rico. Y por supuesto, en dichas informaciones, salieron también a relucir las fechurías de Verdugo.

El General se hallaba irritadísimo. Lanzó una terrible reprimienda al Teniente Barrios y ordenó que al soldado Aponte se le colgase por un pié del techo del cuartel y que a Reno se le diese cincuenta azotes.

Pero, felizmente para ambos soldados tal orden fué dada únicamente en el primer acceso de cólera del viejo General. Pasada ella, fué conmutada la pena solamente a cuarenta y ocho horas de arresto, lo que sabido por Verdugo dió lugar a que dijese:

—Siento lo de la conmutación por Reno. A Reno le habrían venido bien los azotes.

Pero contra quien estaba más enfadado el General era contra Verdugo. Era el General

un personaje de espíritu recto y tieso. Le disgustaba a lo sumo cualquier falta de la rutina usual corriente y con más razón si se trataba de algún acto contra la disciplina del cuartel. Siempre estaba diciendo que «nada debe salir del orden» y que todas las cosas debían «marchar como un reloj»; y Verdugo—ya se sabe—estaba lejos de asimilarse a este aparato. Cuando supo la aventura de las libras esterlinas exclamó el General: «Pero ese hombre está realmente loco». Y como desde tiempos atrás venía recibiendo noticias de aventuras análogas del calavera, a quién por otra parte estimaba muy singularmente, tenía buena gana de llamarle «al orden» en la primera ocasión. Justamente llegó ésta.

Una tarde, dos días después de llegar a Palestina, se presentó Verdugo al General, con la cara muy risueña y le dijo que, habiendo recibido una invitación del jefe de la barraca de Palestina, para ir al Abuná, venía a pedir permiso para ir allí.

El General puso una cara como para hacer explosión. Sobre que ya se hallaba prevenido desde hacía tiempo contra Verdugo, la calma conque ahora le hablaba aumentó aún más su cólera. Pero al mismo tiempo pasóle un fenómeno curioso; y no hallando al punto una fórmula a propósito para expresar su pensamiento acabó por decir:

—Bueno pues, ¡vaya Ud!......

Despidióse Verdugo, más antes de que llegase a la puerta oyó la voz del General que le decía:

—Espere aún un momento......Tengo que hablarle. Siéntese Ud. Volvió el joven mirando con curiosidad al Jefe. Este paseaba a lo largo de la habitación. Llevaba la cabeza erguida y no obstante la senectud, su torso combado parecía erguirse mostrando un relieve varonil. Las arrugas de su rostro estaban cubiertas por una barbilla espesa y gris.

—Según veo, Ud. pasea mucho—exclamó sin dejar de caminar.

—Sí—contestó Verdugo—paseo bastante...... aunque no todo lo que quisiera.

¿Cómo?—prorrumpió el General, deteniéndose delante de Verdugo y mirándole admirado—¿Cómo?......Todavía no está Ud. satisfecho?

—Qué voy a estar!—repuso Verdugo animándose......Ir al Madre de Dios, al Beni, al Acre, al Abuná es poca cosa......Yo quisiera ir mucho más lejos. Ud. sabe bien......

El viejo tornó a caminar. No le gustaba el giro que tomaba la conversación. Hacía poco tiempo que Verdugo había pedido su licencia final que no le fué concedida; y bien veía el General que ahora aludía a eso. Pero el General no le había detenido para hablar de esas cosas sino de otras muy distintas.

—Si, ya sé—exclamó—que Ud. quiere mar-

charse a Europa. Ya sé......Pero amigo mío, Ud. como los demás está aquí en servicio del país.

—¿Y si le sirvo mal, no debo retirarme?—replicó Verdugo.

Como se ve, el mismo Verdugo llevaba al General al terreno al que éste quiso ir desde el comienzo. Y sin embargo, el anciano tuvo un arranque inesperado.

—¿Servirle mal?—exclamó—Nadie dice eso. Aquí la guarnición y yo con ella, estamos satisfechos con Ud............

—Pero yo no estoy satisfecho!—interrumpió Verdugo.

El General se detuvo nuevamente frente a Verdugo; mirándole con ojos interrogadores, y el otro prosiguió con imperturbable serenidad.

—Sí; no estoy satisfecho de mí mismo. Sé que soy un elemento inapropiado para la guarnición, y por eso he pedido mi licencia final.

El General volvió a encolerizarse. En vano era tratar con lástima a un hombre que a cada momento trataba de empeorar su situación. El mismo se reconocía culpable y sin embargo usaba un aire que llegaba a la insolencia.

—Es inútil—exclamó—que vuelva Ud. al asunto de la licencia final; tenga Ud. por cierto que no se la concede............

Verdugo sonrió y dijo lentamente:

—Mi General!—creo que no me queda más recurso que desertar.

Otra vez se detuvo el anciano con ceño

fruncido e irguiendo el cuerpo hasta permanecer más alto.

—¿Cómo se atreve Ud. a hablar eso?-exclamó—Desertar! dice Ud? ¿Sabe Ud. lo que le pasaría entonces?

—Supongo que no me azotarían—contestó con flema el otro.

—Hay algo peor que los azotes......la muerte moral.

—¿Es que Ud. quiere burlarse de mí? grito con voz de trueno el General. ¿Qué maneras son esas? Míreme Ud! Soy viejo; soy su Jefe; soy el representante del Gobierno de un mismo país.

Verdugo se sintió esta vez arrepentido y se apresuró a decir:

—Oh, señor, le pido mil perdones! Si mis palabras le ofendieron las retiro todas .....

Luego levantándose en ademan de irse dijo:

—¿Puedo retirarme?

El General se había calmado rápidamente y contestó:

—No. Siéntese Ud. aún.

Estaba de pie junto al joven, y ahora suavisando la voz y con gran plasticidad de ademanes le dirigió este discurso:

—Bueno pues, ha llegado la ocasión de ser claros. Oigame Ud. joven! No hablo como su jefe, sino como amigo. Hace tiempo que sigo los pasos de Ud. A mí no me gusta mezclarme en la vida privada de nadie, pero, lo que Ud. hace

ya pasa de todo límite y la misma estimación que siempre le he tenido me impulsa a decírselo. ¿Cómo es posible que Ud. ande cometiendo locuras? Cómo es posible que Ud. dados sus antecedentes y su educación, descienda al nivel en que están los hombres pervertidos? ¿Cómo es eso?... Yo sé, por ejemplo, que Ud. bebe......¡Qué atrocidad, qué escándalo!......La embriaguez es reprochable en cualquier hombre. Pero en un médico no tiene perdón, Y Ud. es médico......Ud. sabe lo que hace, ¿Cómo, pues, bebe Ud? Cómo se daña a sí mismo? ¿No ve Ud. que a ese paso va Ud. yendo al descrédito más completo? No ve Ud. que se va a perder sin remedio?

—Hace tiempo que estoy perdido—dijo Verdugo con acento de completa convicción.

—¿Pero. porqué?—repuso con ardor al anciano—¿Porqué? Ud. es joven, Ud, está dotado de cualidades excepcionales que podrían abrirle un gran porvenir. Ud. puede ser útil a su país y puede honrarle......¿Porqué, pues, se daña y se degrada a sí mismo? Vamos hombre! Porqué? No lo entiendo..... Si fuese otro, yo no tomaría tan a pecho este asunto......pero veo en Ud. una hermosa esperanza para el país, que se desvanece.

Verdugo sonreía, pero su sonrisa era triste......quizá veía que el anciano tenía razón, pero a su alma no venía la luz redentora del arrepentimiento. Una calma siniestra, peor que la misma maldad se enseñoreaba de su corazón.

El General prosiguió aún, con el entusiasmo de un apóstol.

Felizmente la batalla no está perdida. Tengo fe. Creo que estas cosas solamente son resultado de la educación deficiente que se da a ciertas personas intelectualmente bien dotadas, pero que por lo mismo necesitan encauzarles a un rumbo determinado. En nuestras escuelas ni en nuestras casas, nos ocupamos de la formación del carácter, de lá educación del sentimiento. De ahí resulta que aun los más inteligentes se extravían con más facilidad que los mediocres: Vamos, amigo mio: prométame por lo que más quiere que no volverá a las andadas!......

Al decir, esto reía Verdugo. Después, por un momento parecía como que iba a llorar. Una emoción súbita e íntima puso en su rostro un gesto noble y sincero. Una ternura inmensa quería salir a flote en el piélago sin orillas de su alma, y mostrar ante los ojos del mundo una vida maravillosa, acaso santa.

Pero fué sólo un esbozo, una quimera.

Pronto su faz enigmática adquirió nuevamente ese aire de dureza que en ciertas ocasiones le hacía parecer a una esfinge. Glacial e impasible miró al General. Pero también esto fue sólo por un momento. A aquella frialdad y dureza sucedió la sonrisa irónica que le era habitual. Púsose en en pie por la tercera vez, y asegurando al General que haría lo posible para no volver «a las andadas», se despidió.

XXVI

Contentos y a buen paso iban Verdugo y Villa, jefe de la barraca Palestina, por el camino del Orton al Abuná. Montaba aquél en una mula y éste en un caballo rocín, bastante flaco pero de buena voluntad. El camino en general, estaba seco y limpio. Desde cerca de Palestina los dos viajeros empezaron a encontrarse con el nuevo personal de trabajadores que era trasladado del Madre de Dios al Abuná para la explotación gomera en este último río. Iba en dispersión, no obstante las recomendaciones de Villa. Ya se veía familias, ya grupos de dos o tres personas, ya caminantes solitarios y de triste aspecto. Las mujeres, según su costumbre, llevaban sus grandes bultos sobre la cabeza o a la espalda, bultos consistentes en provisiones de boca, plátanos, yucas, charqui, arroz, añadiendo a esto la ropa y diversos cachivaches, sin olvidar a los niños que en tales viajes resultan para sus madres cargas sumamente delicadas y de bastante peso. Un muchacho andaba muy contento llevando a la espalda una guitarra cuidadosamente envuelta entre pañales blancos. Iban tam-

bién por delante dos bueyes cargueros paso a paso, tristes, vacilantes, agobiados bajo sus pesados fardos. Por último, veíase entre los peregrinos una colección de perros, patos, gallinas y otros animales.

Algunos de los caminantes iban muy rezagados por que estaban enfermos. Los caballeros hallaron a uno de éstos recostado junto a un charco tiritando con la fiebre intermitente palúdica. Otro avanzaba tan dificultosamente que al preguntarle Verdugo cuándo pensaba llegar contestó con voz ahogada:

—Quizá no llegue nunca.

Pero los niños eran, sobre todo, los que más daban compasión· Hinchados, amarillos, ecn las carnes fofas y los ojos desmayados iban unos aferrados a los pechos de sus madres succionando con ánsia la misérrima leche. otros cargados a sus espaldas mirando con aire estúpido el paisaje. No pocos dormían pesadamente mientras sus madres caminaban.

En cada arrayuelo del camino Villa y Verdugo se bebían buenos tragos de ajenjo con agua. Al medio día pasaron por el *curichon*, una laguna de agua negra, sobre la que había un puente rústico de unos ochenta metros de largo. Allí almorzaron carne fria, vino y café, conversando alegremente. A las tres de la tarde llegaron al Rin, un arroyo afluente del Abuná por la margen derecha. De acá el camino se hacía más ondula-

do y cortado por arroyos. Se veía numerosas elevaciones entre las que corrían éstcs. Iban a buen paso. Villa cantaba con atiplada voz tonos tristes de su país. Hacía rato que ya no veían a los peatones. Al atardecer llegaban a Santa Rosa.

Al día siguiente había gran movimiento en la barraca. Los siringueros llegaban de sus «centros» desde muy temprano, unos por tierra y otros por agua. Veíase mujeres cargadas de sus grandes bultos, con el tipoy prendido a la cintura, saliendo de entre las varias sendas del bosque. En el puerto había no menor movimiento. Por el río asomaban pausadamente canoas de diversos tamaños, repletas de hombres, mujeres, niños, goma y otros menesteres. Cuando la embarcación toca a la orilla saltan los tripulantes a tierra, las mujeres cogen sus enseres y los trasladan a sus casas; los hombres se encargan de la traslación de la goma· Es un tragin continuo y pintoresco.

En el puerto se formaban grupos de los que ya habían llegado mirando a los que recién llegaban, Villa, Verdugo y los mayordomos estaban parados junto al camino contemplando el desembarque. Algunas jóvenes indígenas de las que llegaban, al ver el grupo desde la distancia procuraban pasar por otro lado cargadas de sus equipajes.

Después se pesaba la goma. Algunos de los mozos hacían rodar hacia la plataforma las

bolachas que eran colocadas sobre el aparato en grupos de tres y cuatro, y pesadas por Villa que con un libreto en la mano iba apuntando los resultados, Había siringueros que entregaban más de setenta arrobas por medio «fábrrico» lo cual denunciaba claramente la gran riqueza del Abuná en goma. Otros de los mozos llevaban hierros candentes con los que estampaban la marca de la casa sobre las bolachas. Algunos hombres cortaban por la mitad las bolachas a fin de comprobar sino había en ellas alguna mezcla fraudulenta de tierra, sernambí u otras materias. Los sospechosos protestaban. Se hablaba con mucho ardor. Se oía exclamaciones, carcajadas, chillidos de chiquillos, ladridos de perros, bulla de gallinas, patos, monos, parabas, angolas, sin contar con los animales del bosque que desde la distancia tomaban parte en este concierto. Algunos siringueros presentaban bolachas enormes que pesaban hasta nueve arrobas. Rato a rato se esparcía en el aire el olor de la goma que chisporroteaba al quemarse bajo la impresión del marcador.

Entre estas y otras faenas pasaron varios días. El treinta se celebraba en la barraca la fiesta de Santa Rosa. La víspera se reunieron todos los trabajadores en el momento en que se izaba la bandera boliviana. Hubieron varias descargas y algazara. Por la noche hubo rezos y cantos en la capilla del lugar. En derredor de una modesta imagen de la virgen María Santísi-

ma, pusiéronse velas y flores. Cerca, tres a cuatro hombres, uno de ellos con un violín y los otros con tambores entonaban cantos religiosos con un gangueo monótono. El violín llevaba el tono y los tambores marcaban el compás. Era la misma música semibárbara que se usa en todas las misiones de la región. Después del rezo, la gente siguió con sus jolgorios y festejos. Durante toda la noche se oía el golpear de los tambores y los chillidos de acordeones y violines.

El día de Santa Rosa continuaba la fiesta. Por la mañana se repartía carne de un buey que se había derribado para este objeto. Se veía a los fregueses andando agarrados de sus botellas. Algunos que ya recibieron el día anterior su parte reparecieron ahora con sus botellas llenas de agua y diciendo que únicamente se les había dado eso. Se mostraban rostros llenos de esa expresión peculiar que da la ebriedad. Junto a un toldo se veía un hombre gigantesco durmiendo a pierna suelta.

Aquel mismo día se declaró el *sur*. Dominaba el viento del suroeste, y hacía un frío intenso. La temperatura que en la mañana era de treinta y seis grados a la sombra, bajó en pocas horas a diez y siete. Se veía sobre todo a las mujeres tiritando, con sus brazos al descubierto expuestos a la inclemencia del tiempo. En cambio, los hombres que en su mayor parte estaban embriagados no parecían sentir el frío.

Uno de los mayordomos explicaba a Verdugo que los «sures» predominan en el invierno. Decíale que ellos provocan con gran rapidez y mucho más que el calor solar, la desecación de los lugares húmedos e inundados por las aguas en la estación de lluvias, y que por eso los indígenas los consideran como muy beneficiosos, sobre todo cuando las inundaciones han sido exageradas y se han prolongado mucho. *Beni*, en el dialecto indígena quier decir *viento.* Los naturales le llaman «el padre», el «bienhechor beni».

Por la noche había jarana en la casa de la administración. El jefe de la barraca se casó con una muchacha, hija de un bárbaro. En la capilla del lugar se hizo el matrimonio, haciendo de cura el mayordomo Felipe, quien mostraba en esto tal gravedad que dejó suspensos a todos, incluso a Verdugo.

Luego, de regreso a la casa, el cura se había sacado su manteo y jaraneaba alegremente con los demás. La única persona triste, era allí la novia. Sentada junto a Villa procuraba darle la espalda y fijaba tenazmente sus ojos en el suelo, y sollozaba a ratos. Era una jovenzuela bastante bien parecida, pero el traje de «mujer civilizada, que se la había puesto, la sentaba muy mal. Mucho mejor la habría venido un sencillo tipoy. No hablaba a nadie y ni aún contestaba a sus padres cuando la decían algo. Cuando la invitaban a beber, recibía la copa sin mi-

rar a quien se la daba y la devolvía de igual modo. En suma, parecía que la iba sucediendo una gran desgracia.

Verdugo estababa muy interesado con este cuadro; y en cuanto a Villa no parecía dar ninguna importancia a los gestos de su novia. Un peón joven y ya algo embriagado venía con frecuencia a poner una de sus manos en los hombros de Villa llamándole con mucho énfasis, «cuñado». Verdugo se acordaba de su «tío, Yno»».

Y aquello fué una nueva noche de crápula para Verdugo, quien para nada se acordaba de los ofrecimientos hechos al General Peña de «no volver a las andadas». Hacia las altas horas de la noche no quedaban en la casa más que él, Villa y el mayordomo. Los tres estaban completamente borrachos. El mayordomo se puso a contar historias tremendas de combates y asesinatos en los que él personalmente, había intervenido. Villa silbaba a ratos y a ratos cantaba con voz atiplada los acostumbrados aires de su país. Verdugo se reía. Sobre una mesa sucia lucían bajo los rayos discretos de un cabo de vela vasos colmados de ajenjo con agua que los tres hombres apuraban a cada momento. Pronto, Villa interrumpiendo al mayordomo quiso a su turno contar horrores Dijo cómo una vez, viajando en el Madre de Dios, había encontrado en una playa los restos insepultos de su hermano menor que había sido asesinado poco antes.

Hacía este relato a saltos. Contaba un episodio, deteníase por un rato, silbaba los mismos aires, miraba a la vela o a sus compañeros con expresión casi sonriente, y luego tornaba a su historia. Verdugo seguía sonriendo.

—Me costó reunir los pedazos—decía Villa—Tuve que llenarme de hormigas.

—Claro!..... y de gusanos también—dijo el mayordomo como si hubiera presenciado el caso.

—Después, para enterrarlo, eché de menos algunas cosas .....Faltaban el hueso de la cadera izquierda y casi todo el espinazo......

—Que se lo llevarían los perros—adujo el mayordomo.

—No sé—dijo Villa volviendo a silbar.

—Los perros—acentuó el otro—tenga Ud., por cierto; los perros......

Y a su vez el mayordomo volvía a relatar otras historias también de la misma clase, mientras Villa volvía también a silbar y a cantar los aires dolientes que sacudían el aire con eco desgarrador. Los vasos de ajenjo se agotaban y volvían a llenarse. La vela estaba a punto de consumirse.

De súbito, Verdugo que había estado sonriendo se puso a sollozar dando alharidos. Vínole un acceso de enagenación durante el cual se desgarró el traje sin que los otros pudieran contenerle. En un momento quedó casi desnudo. Luego, desembarazándose de sus compañeros dió

un gran salto y salió corriendo en dirección al río, y seguramente se habría arrojado en él a no ser Villa y el mayordomo que con la ayuda de otros hombres pudieron sujetarlo y volverlo a la casa. ¿Qué horrible secreto dormía en el corazón de aquel hombre que de esta manera le producía en ciertas ocasiones accesos de tan atroz desesperación?

XXVII

De Palestina resolvió Verdugo regresar a Puerto Rico por el camino de tierra, pues así tardaría a lo sumo dos días, mientras que yendo por el río debía emplear el doble de tiempo.

Con tal motivo enfiló una mañana por el camino ancho que cruzando el bosque iba de Palestina a Conquista en el Madre de Dios, de donde pasaría al otro día a Puerto Rico. Cabalgaba el joven en una mula vieja que caminaba a trancos. La indispensable bolsa de goma que contenía su equipaje estaba acomodada tras la montura formando un bulto enorme que le servía de respaldo. Una pistola grande y un trazado pendían de sus hombros. No llevaba como otras veces su cantimplora repleta de licor.

Hacía una mañana radiante; pero a poco de internarse el viajero en el bosque, aparecieron bandadas de tábanos pequeños que le fueron persiguiendo con encarnizamiento. He aquí una inesperada distracción, pero una distracción que le hacía rabiar. Los insistentes bichos zumbaban en torno suyo, le asediaban con furor y por más que él hacía para ahuyentarlos no dejaban de incomodarlo. Pero la mula era la más molestada. Ele-

gían como sitios predilectos sus orejas, se amontonaban allí y aferrándose con ahinco chupaban la sangre hasta reventar. Verdugo cogía ramas del trayecto y con ellas azotaba las orejas de la paciente mula para libertarla de los tábanos, pero ellos ni aún se movían, y perecían allí aplastados. En poco tiempo las pobres orejas estaban cubiertas de sangre y de restos de tábanos. Y así, Verdugo hacía correr a la mula, peor. Entonces aparecían nuevos enjambres persiguiendo sin descanso al viajero.

Verdugo resolvió dejar las cosas en aquel estado y cuidar sólo de su propio pellejo. Y luego poco a poco se olvidó cuidar aun de sí mismo. Enjambres de recuerdos—tábanos aun más fastidiosos si cabe—empezaron a revolar por su cabeza. Sentíase todavía con los nervios sobreexitados por su última borrachera ocurrida en el Abuná. Figuras grotescas parecían hacerle guiños burlones; oía conversaciones estúpidas, lloros y risas sin razón; músicas atroces, gritos desaforados, Un olor detestable de aire confinado, de alcohol, de apiñamiento humano, venía con frecuencia a perturbarle. Y luego, se veía a si mismo barajado con turbas de dementes, demente él también, cantando, saltando, riendo, aullando de un modo soez......Después, se hacía la noche, la inconsciencia, la bestialidad. Ya de nada se acordaba; o solamente venían a su mente remembranzas imprecisas, pedazos de cosas absurdas como páginas truncadas de un libro

sin sentido. No sabía si eso había sucedido o eran solamente quimeras. Un tábano que le asaeteaba en la nuca le interrumpió. Dióse un golpe sonoro con la mano. A su frente las orejas de la mula le mostraban un cuadro repugnante. Trató de seguir luchando con los tábanos; pero le atraían con más fuerza sus pensamientos y otra vez se olvidó de los voraces bichos. Una profunda desolación hacía de su espíritu un espantoso páramo. Pero lo que sobre todo dominaba en él era una sensación incalificable de asco. Sentía asco por todo; por las orejas de la mula, por sus propios pensamientos, por los tábanos, por los hombres, por el alcohol, por sí mismo.

Le ocurría lo de costumbre, después de todas sus juergas. Era la protesta vehemente de su organismo que después de haber sido aplastado por el déspota alcoholico, reaccionaba sombrio y rebelde levantando oleadas de rubor en aquel semblante enfermo. Verdugo era un bebedor singular: un alcoholista que no sentía gusto por el alcohol. No hallaba en él ese dejo delicioso que arranca gestos de satisfacción en mucho sibaritas. Bebía, por ejemplo el ajenjo, detestándolo.

Pero, sea como fuese, el hecho era que bebía. Bebía el más delicado licor y el más inmundo. Y una vez que había sentido los primeros efectos de la embriaguez, entonces ya no paraba hasta no llegar al embrutecimiento.

A los viciosos empedernidos, a aquellos que paladean con fruición el alcohol y buscan con ahinco esa vida engañosa dentro de la vida real, excúsales eso mismo, hasta cierto punto. Así mismo a los iguorantes, a la gran masa de bebedores que no conocen los funestos resultados del alcohol en ellos mismos y en sus descendientes, excúsales también su ignorancia. Verdugo no estaba en ese caso. Dicho se está que él detestaba el alcohol. Y en cuanto a conocer sus efectos en el organismo humano, él sabía de sobra no sólo por lo que experimentalmente pasaba en el suyo, sino mucho más por largos y detallados estudios realizados en tal materia. El sabía muy bien el mecanismo según el cual el al cohol degenera, Sabía que el alcohol es peor que el cólera, porque no sólo ataca al hombre que de él abusa, sino también a sus hijos y a los hijos de sus hijos; sabía que el alcohol es una de las más sombrías amenazas para el porvenir de la humanidad; el mago trágico que si abre horizontes risueños, lleva también a los crímenes más horrendos; el supremo burlón que convierte al hombre en el animal más desgraciadamente rídículo de cuantos se mueven en la tierra......Todo eso y mucho más sabía Verdugo......Y sin embargo, bebía.

Arrastrado por sus pensamientos no se fijó el viajero que los tábanos habían por fin desaparecido. La mula seguía caminando paso a paso. Sus ensangrentadas orejas estaban ante

los ojos del joven, pero éste aunque fijaba sus ojos en ellas no las veía. El bosque ostentaba-sus magníficas frondas sin llamar tampoco en nada su atención. Y no le atraían, asimismo, aun los animales que se mostraban a pocos pasos de él: ya una ardilla corriendo por delante de la mula; ya un tejón descolgándose de las ramas; ya una pava volando estrepitosamente de un árbol.

Ahora, Verdugo, por uno de esos procesos ideológicos tan frecuentes en él, comparaba su estado presente con su pasado......Cuánta diferencia en tan pocos años! Recorriendo las etapas de su primera juventud le parecía ver las páginas de una leyenda antiquísima y fabulosa, de algo muy lejano y vago sin relación con él e infinitamente por encima de sus actuales ideas y sentimientos. Erase un tiempo en que era un muchacho cándido que se figuraba un príncipe. Vivía vida maravillosa poblada de extraordinarias imaginaciones. Era poeta. Y era altivo y vano· Amaba a la gloria y creía que le bastaría exten der el brazo para cogerla, Tenía un orgullo extraño. El orgullo de un ser que se siente dotado íntimamente de una fuerza enorme, aunque no sepa en que consiste esa fuerza. Sus amigos, aquellos que de cerca la conocían tenían fé en él y estaban seguros que pronto realizaría obras superiores. Bellas y nobles mujeres hiciéronle saborear aun más que esa gloria en que sueñan los hombres, la gloria íntima y real de su cora-

zón. Hortensia......Julia......Adela........Hortensia sobre todo! ¡Qué suave y pura se aparecía en el cuadro sonrosado de su adolescencia la hermosa imagen de la virgen que tanto amó......¡Hortensia!......Pero entre todas las mujeres; por sobre la misma Hortensia, ¿no había otra mujer en quien él cifraba su más alta gloria y su más pura dicha, y por quien él sabría triunfar en los más árduos contrastes de la vida?......¡Madre!..... Este nombre sonó en el profundo abismo de su alma como un himno santo pero profundamente desgarrador......

Dirigió sus nublados ojos hacia arriba. Las altas copas de los árboles parados a los lados sólo dejaban entrever fragmentos del azul lejano y radiante. La soledad le rodeaba, poblando su cabeza de sus eternos recuerdos y haciéndole comparar cada vez con más amargura su estado presente con su ayer. ¿Cómo habia cambiado no sólo de traje, no sólo de viviendas, no sólo de costumbres. Habia cambiado de ideas y sentimientos. Diríase que habia cambiado de alma. Del joven cándido y lleno de bellas aspiraciones, del poeta delicado, del aristócrata de verdad, no quedaba sino el recuerdo. El mismo era su propia caricatura. Más aún: parecía que él mismo se asesinaba, que era su propia degradación, que era su peor verdugo......

¿Pero, porqué todo esto? ¿Qué mal tan hondo había podido transformarle tan comple-

tamente? ¿Sería algún desengaño amoroso? Acaso la falsía de la mujer amada? No. Justamente él tenía los más gratos recuerdos en esta materia, El había sido siempre feliz en tales cosas, y si algo bello vivía aun en su alma, eran aquellos sus amores de adolescente, en que supo encontrar en el alma de la mujer tal caudal de generosidad y de belleza que desde entonces fué el constante admirador de todas las mujeres sea cuales fuesen sus condiciones en el mundo.

Y en este punto de sus pensamientos, Verdugo tornó a encontrarse otra vez con la imagen de su madre......de su madre muerta.....Espoleó a la mula para hacerla correr como si así quisiese huir de sus pensamientos. Luego volvió a fijarse en las malhadas orejas de la bestia. Qué asco! Aquello parecía un símbolo de su presente situación. Y otra vez surgieron en su cabeza las figuras grotescas, las voces canallas, los malos olores, la degradación, la risa malvada, la amargura, el alcohol......Dónde estaba el joven soñador, orgulloso y artista? Dónde las ideas elevadas, las nobles aspiraciones, las esperanzas acariciadoras? Dónde la pureza del corazón y la paz incomparable de la conciencia? Todo eso se había ahogado en un poco de alcohol.

La mula se detuvo, y Verdudo interrumpido en sus pensámientos notó que estaban a la orilla de un arroyo. El animal daba muestras de sed tascando el freno y llavando la boca hacia el agua. Verdugo echó pie a tierra y sacó el

reno a la sedienta mula. Al momento ella hundió con ansia sus labios en el arroyo que acababa de enturbiar con sus pisadas y permaneció así por largo rato. Bebía con fruición a tragos lentos y sonoros. He aquí una nueva lección para Verdugo. Una bestia le iba enseñando lo que él olvidaba con tanta frecuencia.

Una agradable frescura trascendía del bosque. Bajo la sombra de los grandes árboles el arroyo se deslizaba callada y mansamente. Un tronco viejo emergía del agua mirándose en su espejo. En la opuesta orilla crecían grupos de pequeñas plantas mostrando entre sus hojas racimos de flores rojas. Eran flores tan hermosas que se habría dicho que esas flores eran la risa de las plantas.

Verdugo dejaba abrevarse a la mula a su placer. Luego, ante la frescura del sitio y al ver la linfa clara y quieta, él también sintió antojo de beber aquella agua. Fuése más arriba de donde estaba la mula, se inclinó hacia el arroyo, apoyó sus manos en la margen recamada de yerba menuda, y se puso a beber a su vez. Qué rica y fresca y pura le pareció el agua. Sus labios resecos sintiéronse gratamente enjugados, y el agua buena, después de mojar su boca pasó a su estómago llenándole también de frescura y como si quisiese aliviarlo de los repugnantes sedimentos que le dejara el alcohol.

Y cuando de nuevo empezó a caminar al

paso tardo de su mula, sentíase como si estuviese purificado. No parecía sino que también hubiese pasado por su cerebro un copioso chorro de agua arrastrando de allí muchas inmundicias. Y pensaba admirado cómo podía beber cantidades estupendas de alcohol bajo cualquier forma, llámese éste champaña o cachaza, teniendo a la mano una cosa tan sana, tan sencilla y tan abundante como el agua. Toda su alma se convertía en un solo himno al noble elemento que resuena violento y se retuerce y brama en las cataratas, y revienta en mares que empapan la tierra en las tormentas, y murmulla suave y blando en los manantiales y brilla en las perlas nítidas sobre las flores. Ah! nunca más volvería a probar el asqueroso alcohol!

Pero cuántas veces había dicho lo mismo y después vuelto a beber!

XXVIII

De Conquista siguió Verdugo al día siguiente en su espeluciada mula, por el camino recién abierto que conducía a Puerto Rico. Era día de mucho viento, con cuyo motivo andaba el joven con cautela, pues con frecuencia caían sobre el camino frutos, ramas y aún troncos que podían aplastarle. Ya él sabía cómo otros habían sido víctimas de tales cosas en esta clase de andanzas. Sumbaba el viento en los follajes y hacía crujir los troncos y las ramas. A ratos se oía la caida estrepitosa de algún árbol que al arrastrar o chocar con otros promovía una larga sucesión de ruidos ásperos. Pero en la profundidad del bosque, Verdugo, no sentía las rachas del viento, porque éste sin poder atravesar aquel tupido entrelazamiento de hojas y ramas, sólo alcanzaba a menear las copas con sus soplos poderosos. Iba Verdugo, como el día anterior, paso a paso. A veces, tenía que parar su mula al notar la caida por delante de él de gruesos cocos; otras, la aguzaba para pasar a pasos ligeros bajo de un árbol que ofrecía peligro. Distraído con tales cosas ya no tenía la facilidad del día anterior para entregarse a la abstracción y ensimismamiento que le eran habituales.

Antes del medio día llegó al mayor arroyo que había que atravesar en el trayecto. Pasólo con facilidad recordando cómo en la estación lluviosa le había ocurrido allí un incidente. Iba también de Conquista a Puerto Rico en otra mula, y como el arroyo estaba considerablemente crecido, el animal sin querer pasar por el cauce, se puso a caminar detrás de Verdugo que lo llevaba de tiro, sobre un endeble puente de palos. Estaban en medio puente cuando la mula resbaló y se fué de espaldas al agua. Era allí bien profundo el arroyo La mula pataleaba hasta que por fin se puso sobre el vientre y pudo así pasar a nado. En el agua se había hundido la silla con más el equipaje que llevaba el joven. Este después de llegar a la otra orrilla, regresó armado de un largo palo para tratar de arrancar las prendas de ropa que se habían sumergido bajo el puente, y en esto estaba cuando llegó su mozo y le avisó que en el mismo sitio en que punzaba Verdugo con el palo se solía enroscar una enorme *sicuri* que, tiempos atrás había dado fin con cuantos perros y gallinas hubieron en una casucha establecida allí mismo, hacía poco. Verdugo, al sentir que su palo había dado sobre una cosa blanda que él juzgaba ser su bolsa de goma, pensaba si ella no sería más bien la sicuri, y se horrorizó y no insistió más en buscar su equipaje, debiendo seguir el viaje a pie.

Ahora este recuerdo estaba fijo en Verdugo. Cuando pasando el arroyo se sentó a la sombra

de un resto de casa que aún quedaba en la opuesta y descubierta margen, pensó para sí: ¿Qué será de la sicuri?

El viento seguía soplando con fuerza, pero en el lugar acampado en que se hallaba Verdugo, no había temor de que cayese algún fracmento desgajado de los árboles. El arroyo se mostraba quieto, de aguas claras y sin embargo casi negras. Una soledad profunda dominaba en redor. La mula parecía tranquila a pocos pasos de él. Ahuyentados con las rachas de viento, no le venían a incomodar los mosquitos. Apoyada la cabeza contra uno de los troncos de la casucha y el cuerpo recostado en el suelo, oía el viajero con aire recogido el canto del viento entre los árboles. De improviso la mula dió un resoplido, levantó la cabeza, tendió las orejas y miró fijamente hacia un punto del bosque circunvencido. Verdugo miró también en la misma dirección. Creyó que acaso estaba allí un tigre o algún otro animal selvático, y llevó la mano a su pistola. Más no era ninguna bestia. Un hombre se desprendió de entre los árboles y se dirigió hacia donde estaba Verdugo, Tenía el cuerpo casi desnudo y en su cabeza descubierta ondeaban grandes mechones de cabellos en desorden, Con el trazado en la mano y un rifle al hombro, parecía venir en actitud hostil. Verdugo concluyó por sacar su pistola y prepararla. Mas cuando el aparecido estuvo a pocos pasos, lanzó el joven una exclamación de sorpresa:

—Buda, Buda!—gritó—¿Eres tú, Buda?

Había reconocido al bárbaro, y ahora, después de guardar el arma, se adelantaba maravillado tendiéndole las manos.

Buenos días, señor—dijo Buda con voz humilde, y como si se encontrase con Verdugo apenas después de uno o dos días.

Verdugo, cogiendo por ambas manos una de las del bárbaro continuó diciendo:

—¡Pero, hombre, Buda!......¿De dónde sales? ¡Qué sorpresa!......Y qué facha la tuya! ¿De dónde sales?......Cómo me alegro de verte!......¿Y Raquel?......Creí no volverte a ver! .....Pobre Buda, qué rotoso estás!......¿Y Raquel?

Hablaba atropelladamente, mientras Buda con su mano cogida entre las del joven, hacía por reir y al propio tiempo dirigía miradas recelosas hacia los extremos del camino.

—No temas—continuó Verdugo—Nadie pasará .....y aún cuando pasase ¿qué importa?

Luego trató de arrastrar a Buda hacia la casucha, pero éste invitó a Verdugo a meterse más bien entre un grupo de árboles próximos.

—Qué lastima—decía Verdugo—no tener ni siquiera un poco de licor para celebrar este encuentro inesperado..... ¿Y Raquel?......Habla Buda .....Sentémonos aquí. Cuéntame todo.

Se sentaron a la sombra de los árboles, y Buda se explicó al fin en un mal castellano mezclado de vocablos araonas. Dijo que como se hallase por aquellos días en las proximidades de

Conquista donde tenía amigos entre los aborígenes, supo por uno de ellos que Verdugo pasaba de allí a Puerto Rico, y con este motivo se fué a esperarlo a medio camino para hablar a solas con él. Luego dando a su voz una entonación aún más humilde, acabó pidiendo a Verdugo «un poco de munición».

Esta última salida estuvo a punto de enternecer a Verdugo y le arrancó una carcajada. Considerando nuevamente a Buda y al verle apenas vestido de harapos y con el cuerpo todo estropeado, comprendió que toda aquella temporada debió haberla pasado dedicado a la caza.

— Ya lo creo—repuso—ya lo creo. Te daré munición y muchas otras cosas más.........Ya lo creo. Pero hasta ahora no me has dicho nada de Raquel. ¿Cómo está ella? ¿Dónde está?

Buda empezó a hablar sobre las razones que motivaron su huida de Puerto Rico, como si Verdugo le preguntase sobre esto. Se veía que estaba muy interesado en disculparse ante Verdugo por su conducta. Este le interrumpió.

Hombre, Buda! Yo encuentro que has hecho bien de escaparte......Y lo único que siento es no haberme yo escapado contigo......ja...ja...ja... Pero, en fin, seamos serios: ¿Cómo está Raquel? Hablame, Buda, de esto.

Buda contestó al fin que Raquel estaba bien.

¿Y no se acuerda de mí?

Buda se rió, y volvió otra vez al asunto de la munición.

Ya te he dicho que te daré toda la munición que quieras......es decir en Puerto Rico, puesto que aquí no la tengo. Pero ahora me vas a decir ¿dónde está Raquel?

Buda continuaba sin querer hablar sobre este asunto.

Verdugo le dijo de súbito:

Yo sé dónde está Raquel.

El bárbaro clavó sus ojos en Verdugo haciendo un gesto de sorpresa.

Yo sé muy bien dónde está Raquel insistió Verdugo.

Y entonces el bárbaro le dijo ¿que cómo lo sabía?

Y como Verdugo continuase inventando cualquier cosa, el bárbaro fué más expansivo y declaró que efectivamente él y su familia se hallaban ocultos cerca de aquel lugar juntamente con otros fujitivos.

—Vamos allí!—dijo con entusiasmo Verdugo.

--¿Y la munición?—observó Buda.

—Tienes razon: La munición, lo primero.

Entonces los dos hombres convinieron que se encontrarían aquella misma noche en Puerto Rico. Buda iría allí por sendas que él solo conocía, mientras Verdugo en su mula continuaba por el camino real. Después, en altas horas de la noche, buscaría el bárbaro a Verdugo, y, al rayar el alba se meterían ambos en el bosque bien provistos de munición y de otros menesteres para ir al oculto lugar en que estaban los fugitivos.

XXIX

Aquel mismo día por la mañana, en Puertó Rico, algunos de los oficiales de la guarnición parados en el barranco que daba sobre el río se entretenían en conversar sobre un curioso asunto.

—Tengo unas ganas—decía uno de ellos—de que llegue de una vez la embarcación. Yo creo que hoy no pasa. ¿Oyeron Uds. hace un rato al *macona*?

—Sí; como que por eso andan muchos alborotados.

—Yo fuí el primero que lo oí ayer. Justatamente se vino a parar sobre este árbol.

Diciendo así señalaba el oficial un *almendrillo* que se mostraba a algunos metros de distancia. Era él el único árbol que se veía en la extensa pradera que rodeaba la barraca, pues el bosque denso y sombrío se destacaba aún muy lejos.

—Cuando el macona canta, hay que prepararse-añadió el oficial que era mayor de ejército.

—Sin embargo—repuso un teniente—a veces la embarcación anunciáda tarda en llegar uno o más días.

—O algunos meses—añadió sonriendo otro.

—Bah! Yo tengo fé ciega en el macona. Van Uds. a ver como vemos gente nueva hasta un rato.

El segundo teniente sonreía siempre incredulamente. Sabía él que el mayor hablaba con seriedad y esto mismo le hacía gracia.

—Me admira—exclamó—que tenga tanta influencia ese avechucho Por puras coincidencias, ya Uds. y otros se figuran que verdaderamente él anuncia la llegada de alguna embarcación.

—¡Apostemos, mi teniente!—exclamó algo amostazado el mayor—apostemos que hoy día llega un batelón o quizá hasta una lancha.

Pero el otro no quiso apostar diciendo que efectivamente bien podía llegar una embarcación pero no porque lo anunciase el macona.

El mayor, aún más incomodado, reprochó a su contradictor de inconsecuencia, y luego se puso a enumerar todas aquellas ocasiones en que se cumplieron ni más ni menos los anuncios del macona, explicando por otra parte, que aquello era muy natural puesto que el ave después de ver alguna embarcación que surcaba el río iba a dar voces de alerta en las barracas. Mostraba el oficial la más viva simpatía por el ave, y si por él hubiese sido la habría colocado entre los animales sagrados que son acreedores de toda suerte de distinciones en ciertos pueblos.

Y como si la suerte quisiese confirmar sobre la marcha los dichos del mayor, dió la ca-

sualidad que justamnete antes que él y sus compañeros se retirasen del barranco, se dibujó, a lo lejos, en el confín del río, la gallarda silueta de un barco avanzando lentamente contra la corriente. Era una lancha a vapor.

—Ya ve Ud......ya ve...¿Y ahora qué dice Ud.?—exclamó el mayor mirando con aire de triunfo al teniente.

Este contiuaba afirmando que aquello era otra simple coincidencia.

Pronto la gente de la barraca y de la guarnición se percató de la aproximación de la lancha. Siringueros, soldados, mujeres y niños empezaron a coronar el barranco mirando el barco. En poco tiempo aquél se hallaba ocupado por un cordón apretado de gente.

Es la Tahuamanu—exclamó uno.

—Viene de Riveralta.

—Con razón lloraba el macona *endenantes*.

—Desde ayer le oí yo.

—Yo fuí el primero que le oí. Estaba en aquel árbol—tornó a decir el mayor.

Un soldado dijo por lo bajo a otro.

—Vaya con la novedá...Todos lo oimos...

El mayor continuaba perorando:

—Yo estaba cabalmente debajo de ese árbol, cuando sentí llorar al macona, y entonces vine a decirles a todos que tengan por cierto que va a llegar una lancha. Ya ven cómo se ha cumplido.

Y de estas y otras maneras hablaban to—

dos. Había uno que gesticulaba entre un grupo diciendo que la lancha debió haber pasado por grandes trabajos navegando entre las palizadas del río. Otro señalaba desde la distancia a uno de los tripulantes con camisa blanca y sombrero de paja, diciendo que ese era Perico. Los chiquillos se escurrían entre las piernas de los grandes. Los retrasados se empujaban por detrás de los que estaban delante. A todos lados se oía murmullos, exclamaciones y risas.

La lancha se aproximaba. Se oía ya distintamente el rumor que producían sus ruedas chocando con el agua. Luego salió de ella un prolongado rumor como bufido de un buey. El movimiento acreció más en el concurso. Todos se empinaban para ver mejor a los que llegaban. En el costado izquierdo de la lancha ya dos de los tripulantes se ponían en disposiciones de tirar hacia la playa las amarras enrolladas que tenían en los brazos. Arriba, en la segunda cubierta, se veía al piloto detrás de una rueda a la que hacía girar, y cerca de él al comandante del barco dirigiendo la maniobra. Tocó éste un pito y a poco la lancha empezó a declinar en su marcha, avanzando lentamente a la orilla. Por fin paró a pocos pasos de ella. Tiráronse las amarras que se ataron a la playa, púsose una tabla de puente y empezó el desembarque.

En Puerto Rico, cada llegada de embarcaciones de esta clase constituía un verdadero acontecimiento. Hallándose la gente de las barracas

incomunicada durante temporadas más o menos largas con los centros poblados más próximos, encontraba en estas ocasiones una de las raras maneras de ponerse en contacto con el resto del mundo, y era por esto su animación y algazara.

Y singularmente la gente de la guarnición era la que andaba más contenta. La lancha trajo un abultado saco repleto de correspondencia desde el interior del país, y muchos de los expedicionarios recibieron cartas de sus familias después de diez meses. Tal cosa representaba siquiera un pequeño consuelo para ellos.

En la región noroeste de Bolivia el servicio de correos era por entonces tan difícil y lento, que algunos consideraban como una gran fortuna recibir contestación a cartas escritas desde dos años más o menos. Ya naufragaban las embarcaciones que conducían las balijas del correo; ya éstas se quedaban estacionadas durante meses en algún punto intermediario; ya sencillamente se las arrojaba en cualquier parte como cosa inútil. De aquí se deduce que o bien llegaban las cartas con mucha más lentitud que al viejo mundo, o bien nunca llegaban a su destino. Dadas semejantes dificultades, cómo no alegrarse recibiendo siquiera unas cuantas palabras de sus padres, sus hermanos y sus amigos ausentes! Aquel día veíase a varios soldados leyendo o haciéndose leer a cada rato los papeles sucios, manchados y arrugados que habían podido llegar a sus manos. Algunos sin poder disimular

su satisfacción triscaban como cabritos. Otros lloraban. Y los que no habían recibido ninguna noticia, los que habían hecho buscar reiteradamente cartas para ellos sin poder hallarlas, entregábanse a la triste tarea de atribuir a la maldad de las gentes, o a la inutilidad del gobierno o a la ingratitud de sus familias, su mala suerte.

XXX

Hemos dicho que Verdugo había convenido con Buda ir secretamente hasta el lugar en que se habían asilado éste y su familia.

Pero la suerte no quizo favorecer los intentos de Verdugo.

Cuando llegó por la tarde a Puerto Rico encontróse con que había llegado allí la lancha Tahumanu, y en la lancha una órden del delegado del Gobierno,para que se presentase en Riberalta. He aquí un contratiempo inesperado. Disgustóle esto sobre manera. Según orden debía embarcarse en la misma lancha, la cual regresaba a Riberalta el día siguiente, de modo que Verdugo ya no tenía tiempo de realizar su proyectada excursión. No había, pues, más remedio que aplazar tal excursión hasta el regreso de Riberalta que sería en varios días, y así dispuso decirlo el joven a Buda.

Por la noche, en altas horas según lo convenido se presentó el bárbaro en casa de Verdugo y éste a tiempo de entregarle una buena cantidad de balas le comunicó su resolución.

Buda quedó muy contento con las balas, pero no así con la noticia que le dió el joven de

su inesperado viaje a Riberalta. El bárbaro, en vista del gran entusiasmo que advirtió el día anterior en Verdugo, para hacer la excursión al lugar en que estaban ocultos él y los suyos, había estado seguro de que le hallaría en igual estado de ánimo y de que al otro día se internarían en el bosque; pero ahora con la nueva resolución tomada por Verdugo de ir primeramente a Riberalta, se dió a pensar que el otro se había arrepentido de su proyecto y que lo del paseo era simplemente un pretexto. Discurriendo así dijo a Verdugo que seguramente porque éste era *carayana* y el otro *cabuco*, no quería ya hacer la excursión, y que además tenía miedo y con razón ir a un lugar donde se estaba en medio de mil estrecheces y peligros. Verdugo respondió que no solamente no era carayana sino de la propia cepa de Buda y que tampoco tenía recelo alguno de ir a tal lugar. Y aún cuando hubiese muchos más riesgos y dificultades él quería buscarlos de buenísima gana.

Hablando así, tomaba copiosas cantidades de vino con lo cual y con las últimas palabras de su amigo, Buda se mostraba más y más animado. Desde su fuga se había abstenido forzosamente de toda bebida alcohólica, y aprovechaba esta ocasión para desquitarse. Hablaba en voz baja, pero a momentos para dar más énfasis a sus palabras llegaba a dar una especie de berridos que entristecían a Verdugo.

—¿Por qué no sueltas no más la voz Buda?

Buda se sobresaltaba; volvía a hablar en voz afónica y continuaba engulléndose soberbias cantidades de vino.

Si en aquellos momentos se hubiese presentado el señor Lalán, se habría quedado atónito al ver a Verdugo y Buda. Lalán, es claro, así como los demás habitantes de Puerto Rico, estaba muy lejos de sospechar que Verdugo estuviese en connivencia con los «huilones». Pero las puertas de la habitación estaban con llave y no había el temor de ninguna sorpresa. La noche pasaba quieta y callada. Dos cabos de vela alumbraban tenuemente el cuadro formado por los dos hombres. Verdugo, bajo aquella vaga claridad, consideraba sin asco, pero con una impresión penosa, los harapos de que estaba cubierto Buda.

—Maldita suerte de no poder ir mañana contigo!—exclamó el joven suspirando.

Buda contestó guiñando los ojos con aire enigmático y avanzando hacia el otro su rostro congestionado por la ebriedad:

—Vamos, vamos, [hablaba en araona] Vamos! .....No tengas recelo de ir conmigo. Deja tu viaje a Riberalta. Es insulso. Es mejor que vayas conmigo......

—Oh Buda, yo querría ir contigo a cualquier parte......A cualquier parte. Tengo ganas de una vida extraña, aunque sea absurda Tu

condición no me repugna. Seguramente es mejor que mi condición......Yo no soy ya......

Se interrumpió cual si las palabras que estaba por decir encerrasen algo de espantoso y cruel. El bárbaro, sin tratar de penetrar los pensamientos del joven, y después de beber un nuevo vaso colmado de licor, repuso:

—Vamos, vamos!......Mi hija será tu mujer. Tu serás nuestro yanacoma. Andarás con nosotros, cazarás, pescarás......Vamos.

—Iremos—Buda, ya lo creo, iremos..... y no sólo hasta donde ahora está Raquel, sino mucho más lejos. ¿Queda mucha distancia de aquí al lugar en que me has dicho que viven las tribus de donde te sacaron?

Buda contestó que para ir allí se necesitaba lo menos «una luna».

—Y aunque fueran dos lunas—repuso Verdugo—Iremos hasta allí, ¿no te parece?

Una llama extraña pasó por los ojos del bárbaro. Acercóse aun más a Verdugo, casi hasta tocar con su boca la cara del joven, y hablando siempre quedo o gesticulando, y bebiendo a cada momento, trazó ante él su plan de un largo viaje hasta llegar a los puntos remotos en que aún quedaban restos de su raza. Qué bien la pasarían allí! Ellos serían los solos dominadores de los demás. Al verlos con sus rifles y sus escopetas no habría quien se les afrontase. Las mixtas tribus enemigas de la suya, *pacaguaras*,

capurinas, y otras, temblarían de terror y pronto serían exterminadas por tan forminables personas.

—Bueno—dijo Verdugo, satisfecho ante los instintos belicosos de su amigo,—bueno; pero lo sensible es que no tenemos suficientes armas y municiones. Bien veo que el viaje a Riberalta es indispensable, para proveerse allí de todo lo preciso para la bella expedición.

Y con estas y otras razones convenció Verdugo a Buda de que en efecto su viaje a Riberalta era necesario, y que al regreso de él podrían hacer su singular excursión munidos de todos los elementos precisos.

Con esto, Buda no tuvo más que conformarse a lo que proponía Verdugo. Luego convinieron en que al regresar Verdugo de Riberalta por el Madre de Dios, en unos doce días más o menos, Buda iría nuevamente a esperarlo en los alrededores de Conquista y desde allí se internarían en el bosque para después efectuar la excursión.

Iba a amanecer cuando Buda se despidió de su amigo. Lloraba el bárbaro, y al salir de la habitación con paso no muy firme se volvió desde la puerta a Verdugo y le encargó que no se olvidase de cumplir lo convenido.

Verdugo, de su lado, sin inmutarse de estos rasgos de sensibilidad de Buda (a los que el alcohol no era extraño) sonreía más bien, y al

acostarse en su lecho y después de tendido en él, saboreaba con gusto la idea de una tal excursión.

Nadie habría dicho que era serio lo que pensaba el joven; y sin embargo, es lo cierto que su imaginación se recreaba mucho con estas cosas en las que, por otra parte, ya había pensado en otras ocasiones: «Ser un bárbaro hecho y derecho»; ser un cazador; tener varias mujeres; matar numerosos enemigos; andar desnudo en los bosques; llegar a pensar en araona; olvidarse de la civilización, bah!......

XXXI

Hacía una mañana fresca y luminosa. La barraca ofrecía un cuadro más animado que el de todos los días. Los tripulantes de la lancha y algunos peones de la barraca acarreaban de ésta a aquella las bolachas depositadas desde hacía tiempo en la plazoleta. Para tal efecto las llevaban hasta el borde del barranco, y por abreviarse el trabajo de conducirlas hasta la lancha bajando la larga empinada escalera que iba del barranco a la playa, lanzábanlas desde la ceja de aquél hasta el río, donde otros hombres metidos en el agua las recogían para depositarlas en el barco, El día anterior había empezado esta operación con un triste suceso. Uno de los nadadores distribuídos en el río para recibir las bolachas fué tomado por una de ellas en la cara, con tal fuerza, que se sumergió para no salir más. Inútilmente los más diestros nadadores se zambulleron para buscarlo. Seguramente la corriente le llevó a alguna distancia al ahogado. Pero no obstante este incidente, los acarreadores continuaban con el descuido e indiferencia del día anterior.

Luego, además de los tripulantes, veíase en

la plazoleta una compañía de la guarnición haciendo ejercicios. Eran ejercicios gimnásticos que ensayaban los soldados bajo la dirección del instructor que estaba muy enojado al ver a dos de ellos que no atinaban a mantenerse sobre un pie durante el tiempo que él indicaba. Grupos de chicos contemplaban el ejercicio, y algunos de ellos remedaban a los soldados. Las mujeres con su andar garboso de costumbre, iban y venían del río. Los mariquis abundaban; lo cual era un nuevo inconveniente para los soldados que no tenían libertad de usar de sus manos para defenderse y debían sufrir impasibles las picaduras de tan voraces y diminutos seres.

Entre un grupo de oficiales y fregueces estaba Verdugo contemplando a los soldados y a los arreadores.

—¿Será peor la suerte del soldado o la del tripulante?—dijo uno.

—La del tripulante, por cierto—contestó Arce que era uno de los circunstantes—¿Qué hace el soldado? Casi nada. Esos ejercicios que ahora vamos viendo son una distracción. Después, no tienen más que refocilarse, comer o dormir.

—¡Cuánto no querría el Sr. Lalán que todos estos soldados piquen!—exclamó Verdugo.

Se rieron. Arce continuó su discurso:

—El tripulante ¡eso sí! trabaja—¿No ven Uds. cómo sudan éstos? Y si los vieran Uds. re-

mando días enteros y a veces también por las noches.

—Pero siempre tienen más libertad que los soldados.

—¡De dónde! El soldado obedece a su jefe, y el tripulante a su patrón.

—¿Dónde está la libertad?

—El tripulante puede siquiera tener mujer e hijos.

—Y el soldado también. Yo en el cuartel veo no solamente a la tropa de hombres sino también otra tropa de mujeres.

—Pero eso es prohibido por las reglas militares.

—Entre los siringueros también es prohibido tener mujeres sin el consentimiento del patrón.

—Los soldados están expuestos a morir de un rato a otro en defensa de su patria.

Los tripulantes, peor......y ni siquiera en defensa de patria sino de cualquier......

—¿Imbécil?—exclamó Verdugo.

Arce continuó;

—Los soldados siquiera tienen la esperanza de regresar a su país; y los pobres siringueros?

—Imposible convencerlo a Arce—repuso Verdugo.

Arce se había vuelto a mirar a uno de los acarreadores y luego dijo a Verdugo:

—¿Quisera Ud. conocer al hombre que lo mató al Sr. Botani?

—¿Está aquí?—contestó Verdugo.

—Ahí está!—repuso el otro, señalando a un peón que pasaba a poca distancia llevando al hombro una gran bolacha.

—¡Llamémosle! ¿quiere? para que nos cuente el caso—propuso un oficial.

—De que regrese lo llamo—asintió Arce.

Por aquel entonces, uno de los platos del día era la muerte del dicho Botani, un negociante, de quien se decía que había sido asesinado por instigaciones de uno de los potentados de la región. Aquel hecho apasionaba a muchos ánimos, y se hacía comentarios variados en rededor de él. Era, pues, llegada la ocasión de ver al mismo hechor.

Cuando éste regresaba en busca de otra bolacha le llamó Arce.

El peón se acercó al grupo con flema. Era un hombre de baja estatura, pero de apariencia fuerte. Tenía una cara redonda, veteada por varias cicatrices. Sus pelos, como de jabalí, negros, tiesos y mal recortados, parecían millares de agujas clavadas en su cráneo. En sus ojos negros y pequeños se trasparentaba una vivacidad de víbora. Estaba como los demás tripulantes haraposo y mugriento.

—¿Es verdad que tú lo mataste a Botani? preguntó Verdugo.

—Sí, señor.

—¿Y porqué lo mataste?

—Por que me ordenaron.

—¿Cómo lo mataste?

—El patrón me dijo que lo lleve a Buena Vista, y que si quería escapar en el camino le dé un balazo. Al principio ibamos bien, él delante y yo detrás, pero en medio camino él se corrió al bosque y entonces yo le dije que se pare; no se paró; y entonces yo le dí un balazo. No le había acertado sino en el brazo, y él siguió corriendo. Entonces le dí otro balazo. Recién entonces cayó, y cuando yo me acerqué me dijo:—Ya me has *fregado*, Acabáme de matar... Con esto yo le dí otro balazo en la frente y recién murió.

—Eres una notabilidad—exclamó Verdugo.

—¿Y qué iba a hacer? Yo estaba ordenado...

—¿De modo que tú haces todo lo que te ordena tu patrón?

—Sí, señor.

—¿Y si te ordenara que me mates a mí, me matarías?

—Sí, señor.

—Hay que echarlo al río a este bestia o darle quinientos azotes—exclamó un oficial irritado ante la cachaza del aborígena.

—¿Para qué?—repuso Verdugo, riendo—Si Ud. en el combate le ordena al soldado de su mando que apunte y mate, el soldado apunta y mata, sin analizar las razones por las que Ud. le ordena tal cosa. Así a este infeliz se le ha dado

su moral especial que consiste en el obedecimiento ciego a su superior......

Pero, no hay cómo comparar al uno y al otro. Si el soldado mata es en defensa de su patria.

—Muchos soldados ni siquiera saben lo que es «patria»; y esto no sólo en Bolivia sino en todas las partes del mundo...En cambio, éste sabe que es su patrón....Hay más, muchos soldados no creen que se debe defender la patria en esa forma, pero tienen que obedecer bajo la férula impuesta por las leyes. La moral del soldado es pues, obedecer, y asimismo la de este hombre. Generalmente, los soldados aún los que tienen cierto raciocinio, no piensan sino en que las leyes tienen razón de disponer de ellos como de instrumento para morir o matar. Este hombre pensará asimismo, que su patrón tiene razón de mandarle hacer tal o cual cosa.

Verdugo fué interrumpido por un alboroto que se produjo en una de las esquinas de la barraca. Era que venía por allí un grupo de hombres y mujeres conduciendo un cuerpo humano en una manta.

—El ahogado de ayer—exclamó Arce.

Todos se acercaron.

Era en efecto, el cuerpo del hombre muerto el día anteríor, que había salido a flote ahora a algunos cientos de metros más abajo del punto en que se sumergiera. Viéronlo unos

peones que pescaban, lo recogieron y lo traían a la barraca.

En la misma plazoleta fué depositado el cadáver para que lo examinasen Verdugo y los demás. Ofrecía un cuadro horroroso. El cuerpo estaba intacto, pero el cráneo desde el nacimiento del cuello se hallaba totalmente desprovisto de piel y carnes hasta el hueso, de modo que la cara y cabeza aparecían blancas, relucientes y limpias. Parecía que sobre un cuerpo decapitado se hubiese acomodado una calavera. De las fosas nasales salían aún pequeños peces agónicos.

Arce explicó que habiendo el extinto recibido el golpe en la cara, se le produjo probablemente alguna herida, y entonces al olor de la sangre acudieron las voraces palometas que fueron las que realizaron aquella obra admirable de disección.

—¡Pobre Lorenzo!—dijo uno—seguramente quedó desvanecido con el golpe y ya no pudo nadar ni defenderse de las palometas.

—¿Qué harán sus pobr s hijos, tan tiernos?

—Quedarán cargados con la deuda de su padre .....

—Pero si más bien a ellos se les debería resarcir por esta muerte.

—Eso no se acostumbra aquí.

Sonó el pito de la lancha, anunciando que se aproximaba la hora de partir. El acarreo de los bolachas había concluido. Los soldados ha-

bían también cesado sus ejercicios. El grupo que estaba en rededor del muerto se engrosaba más a cada momento· Ningún miembro de la familia de éste parecia. Decíase que ella se encontraba en un *centro* muy distante, y hasta ese momento no debía saber el suceso.

Alguien insinuaba que se debía llevar el cadáver a la casa del jefe de la barraca. Un peón ofreció su cabaña para que más bien allí lo depositasen, mientras llegaba la hora de enterrarlo. Varios se mostraban irritadísimos de que hasta esa hora no se hubiese hecho saber nada a los parientes del difunto.

Y éste continuaba estirado en la plazoleta con su cuerpo sano y su cráneo disecado ofreciendo una facha macabra que daba miedo a los chicos y excitaba la curiosidad general.

Y el sol, bello y deslumbrador, brillaba con toda la limpidez de sus rayos sobre aquella blanquísima calavera que no parecía pertenecer a aquel cuerpo.

Sonó de nuevo el pito de la lancha, y Verdugo corrió a embarcarse dejando al grupo de gentes desamparadas y tristes en torno del hombre ahogado.

XXXII

Pasó un mes.

Y durante ese mes no se supo nada más de Verdugo en Puerto Rico.

Y entretanto produjéronse varios tristísimos sucesos en la barraca.

El primero de estos sucesos fué la muerte de Reno.

El soldado Reno que hacía pocos dias regresó de Palestina cayó gravemente enfermo. El pobre muchacho no había querido ir con Verdugo, no obstante los consejos de éste, a la gira que iba haciendo por el Orton, el Beni y el Madre de Dios. Temió seguramente que le pasase algún incidente. dado el carácter aventurero de Verdugo, y por eso prefirió regresar a Puerto Rico. Allí su abatimiento acreció de tal manera que un buen día ya ni aún pudo levantarse de cama,

El teniente Cornejo, que, mientras la ausencia de Verdugo, solía hacer sus veces (había sido estudiante de medicina) declaró que el caso de Reno era gravísimo y en consecuencia le dió variadas medicinas, sin conseguir que el soldado se rehiciese. Doña Juana y doña Hilaria se pusieron en correteos. Ambas querían entrañablemente al

muchacho, y procuraban salvarlo de todos modos. Hubieron consultas larguísimas, conciliábulos del teniente y las mujeres, discusiones, rezos, velas a los santos, y mil afanes. Y en tanto, Reno languidecía sin remedio como ave con las alas cortadas. El no sentía dolor ninguno, y únicamente se quejaba de no tener ánimo para nada. El teniente infirió que Reno teniá fiebre palúdica «muda». Doña Juana decía que no, y que aquello era «del hígado», y en cuanto a doña Hilaria se declaró por el «mal moral». Una tarde, doña Juana oyendo a doña Hilaria que seguia en sus trece, exclamó:

—Bueno pué... convengo que sea» el mal moral» que Ucté dice, pero doña Hilaria ¿de ande viene ese mal moral? Ec del hígado, doña Hilaria...De toito tiene la culpa el hígado...

—¿Y por qué más bien la enfermedad del hígado no hade resultar del mal moral? replicaba doña Hilaria—¿Cree Ud. que las penas que sufrimos no hacen mella en nuestra misma carne? Nuestra carne sufre, doña Juana, cuando el ánimo flaquea. Convénzase Ud. también.

—Inútil discutir—adujo el teniente— Si Uds. supieran los estragos que puede hacer el microbio de Laneran, se ahorrarían todas esas palabrerías.

Y con esta convicción, el teniente seguía propinando a Reno valientes dosis de quinina que acabaron por volver sordo al soldado. Doña Juana por su parte, le preparaba unas pócimas

tremendas y le hacía continuas aplicaciones de «unto sin sal» en la región epática. Sólo doña Hilaria no le daba ninguna medicina y se limitaba a sentarse horas enteras junto a la cama de Reno hablándole de la resignación que se debe tener en las desgracias, de las buenaventuranzas, y de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Pero Reno por lo general, no oía a doña Hilaria, y sólo por darle gusto apoyaba cuanto ella decía.

Una mañana, apareció Reno en su lecho, con el cuerpo completamente rígido y frío, con la faz lívida y con los ojos abiertos, pero vidriosos e inmóviles. Había muerto. Todo el cuartel y la barraca se conmovió con este incidente, pues era la primera víctima que había en la guarnición después de más de un año. Llevaron el cadáver a la casa de doña Juana que la ofreció generosamente para «velarlo». Los más de los siringueros y los soldados desfilaron en el día delante del difunto. Todos le miraban con lástima, casi con tanta como inspiraba durante su vida. Una mano piadosa cerró aquellos párpados que se habían quedado abiertos dejando ver los ojos fijos, nublados, como perdidos en la visión de fieras lejanas. Por la noche, se reunieron en la casa de doña Juana, en torno del cadáver, soldados, trabajadores, rasquetas y otras gentes para «velar», como decían, al muerto tomando de cuando en cuando tazas de te con licor que servía la diligente Juana.

Al otro día por la mañana, se efectuó el entierro. Los compañeros de Reno le hicieron un buen férretro. A las diez se formó toda la fuerza militar, con la banda de música a la cabeza. Todas las casas de la barraca se vaciaron de sus moradores que a porfía se brindaban para acompañar el entierro. Doña Juana, doña Hilaria y algunas mujeres más, llevaban trajes negros que resultaban muy extraños entre el común de vestidos claros y de colores de las otras, sobre todo de los tipois de las lecas. El siringuero Arce vestido también con un antiquísimo y descolorido traje negro, iba ayudando a llevar el férretro y en aquellos momentos se acordaba vivamente de Verdugo.

—¡Y no está aquí él!—decía—¿Qué dirá cuando regrese? Tanto que le estimaba al pobre Reno

El panteón estaba a unos quinientos metros de la barraca y consistía únicamente en un grupo de cruces y montones de tierra sin cerco laguno.

Lentamente avanzaba el convoy hacia aquel sitio. Un pasto denso y crecido cubría el trayecto. A lo lejos el bosque ostentaba sus lujosas frondas bajo la luz pródiga del sol.

La banda militar tocaba una marcha fúnebre a cuyo pausado compás avanzaban los soldados con la faz severa y recogida. Las figuras compungidas de los acompañantes se sacudían en aquellos momentos con hondos estremecimien-

tos bajo el influjo de la música sollozante. Muchos que ni aún habían tratado a Reno, lloraban solamente por oir aquellos sones que sonanaban como lamentos contestados por otros lamentos que venían del bosque. Pero las más desoladas eran las *rasquetas*. Una de ellas, joven y bonita, llevando una falda rota y un manto verdinegro llegaba a dar aullidos ahogados, con lo que llamaba tanto la atención de las bárbaras que iban por su lado, que ellas también se pusieron a llorar. Sabíase que la joven rasqueta mostraba gran decisión por Reno, pero éste jamás la había hecho ningún caso.

La voz del comandante severa y vibrante sonó dando la orden de ¡alto! Habían llegado a la última morada de Reno. Calló la música. Llevaron el férretro al borde de la fosa honda y ancha que se mostraba cerca. Muchos miraron temblando aquel agujero. Negro y odioso parecía la boca abierta de un monstruo famélico que aguarda su presa. Y sin embargo, él era el último y generoso asilo que brindaba a un hombre la misma tierra que fué maldecida mil veces por él.

Se esperaba un discurso, pero nadie habló. Uno de los compañeros de Reno que había sido comisionado para ese efecto, se hallaba tan emocionado que en el momento en que debía leer su papel perdió hasta la voz. Hubo pues, que apu-

rarse a meter el férretro a su destino sin más preámbulos.

Pero si no hubo discurso alguno, en cambio resonó mientras caían abundantes paletadas de tierra sobre la caja mortuoria, una voz sonora y prolongada que acabó por llevar a su mayor extremo la emoción de los espectadores. Era el corneta que tocaba el «silencio». El soldado. Veisaga que llenaba este cometido era un verdadero artista. Por largo rato clarineó en medio del más profundo recogimiento aquella voz metálica que hacía estremecer los seres y las cosas. Notas suavísimas y sin embargo sonoras salían del instrumento como impulsadas por un aliento, sobrehumano. Prolóngábanse larga y tenuamente, se suavizaban, casi hasta no oirse; parecía que iban a morir....pero otra vez resonaban con grito manso y al par imperativo. Los rostros palidecían; se erizaban los cabellos, se acurrucaban los corazones ante aquellos sones pausados y vibrantes que se alzaban como una interrogación a la eternidad o como una imposición de paz definitiva a todos los empeños de este mundo. El mismo bosque que se iba divisando a la distancia, parecía más sombrío. Diríase que los árboles se inclinaban ante aquella sublime vòz de bronce. Tal fué la última y admirable oración sobre el sepulcro del soldado.

XXXIII

Y los sucesos sensacionales continuaron todavía en Puerto Rico.

Al otro día del entierro de Reno, desaparecieron dos soldados de la guarnición, comprobándose que desertaron,

Y como en días anteriores se había fugado Yno del Muimanu y poco después de los soldados se fugó Odoari, todo el mundo supuso que había convenio entre unos y otros y que todos reunidos debían estar vagando en los bosques.

Con este motivo se destacaron partidas de hombres de la guarnición y de la barraca en persecución de los fugitivos. Se hizo una batida en regla. El Sr. Lálán, mediante ciertos recursos, pudo disponer de dos aborígenas, montaraces y expertos conocedores del terreno para que ellos guiasen a los perseguidores y de este modo pudo explorarse mejor que otras veces los bosques circunvecinos. Un día encontraron un kepis cerca de un curichi; otro día hallaron los rastros frescos de gente que había dormido la noche anterior bajo de un almendral. Pero el hallazgo de importancia, y del que apenas tuvieron noticias, vagas en Puerto Rico, fué el siguiente: Una no–

che habían acampado los perseguidores en pleno corazón del bosque después de seguir en el día unos rastros recientes. Eran seis hombres bien armados. Estaban en redor de una hoguera disponiendo su cena y hablaban con calor acerca de las pesquisas que se hacían. En esto llegó a sus oidos una voz de niño, próxima y vibrante, que gritó y lloró por un rato.

—¡Ahí está Odoari!—dijo uno de las perseguidores con velado acento.

Era en efecto Odoari que se encontraba con su pequeña hija apenas a unos cien metros de distancia de sus perseguidores. El también percibió el rumor de voces humanas y comprendió que seguían sus pasos. ¿Pero qué iba a hacer? En medio de la sombra tenebrosa no le era posible avanzar entre los árboles con su hijita a cuestas. Era aquella la cuarta noche que pasaba en el bosque y como en el día anterior apenas halló qué dar de comer a la niña, ella lloraba de hambre y de incomodidad. Y más aún oyendo voces humanas próximas, la pobre criatura se puso a gritar con más empeño sin que el bárbaro pudiese acallarla de ningún modo. Odoari comprendió que era inútil tratar de escaparse; él estaba solo y sus perseguidores eran varios. Luego tenía en brazos una infeliz criatura hambrienta, y hambriento estaba el mismo. Había que entregarse.

Al día siguiente muy temprano los sabuesos de Lalán dieron rápidamente con Odoari. Y fué entonces que todos ellos quedaron sorprendidos viendo que el bárbaro al ser tomado, en vez de mostrar aflicción y enojo, mostraba más bien una cara poco menos que risueña. Y en verdad, Odoari se alegró una vez que lo cogieron, porque vió que los hombres daban de comer a la pequeña y ésta ponía una carita llena de gusto.

Odoari no había tenido como se supuso, acuerdo ninguno con Buda y los otros, pero se lanzó a los bosques seguramente con la esperanza de reunirse a ellos, y no lo consiguió. Las últimas pesquisas realizadas en las profundidades de la selva habían ahuyentado totalmente de ella a los prófugos. Vanamente Odoari que era gran conocedor del terreno fué por uno y otro lado cargado de su hija. El había creido encontrar a Buda y los suyos cuando más en el primer día. Pero pasó este día y pasaron otros más sin resultado. Y entretanto, la pequeña a pesar de los esfuerzos que hacía el bárbaro por tenerla contenta, estuvo sufriendo una vida cruel. Aquel andar loco entre los árboles, no poder jugar como antes, estar expuesta a la ferocidad del bosque y por último la escasez y deficiencia de sus alimentos llevaron a tal punto la mortificación de la chiquilla que Odoari, acabó por sentirse arrepentido de su fuga. Horrible

ironía! Su misma hija le servía de estorbo, y al cabo, ella misma concluyó por delatarlo.

Odoari fué conducido a una barraca distante de Puerto Rico, y allí se le condenó a recibir quinientos azotes. Esta fué la parte más triste de su aventura. Una familia de siringueros se encargó de distraer a la chica mientras azotaban al padre a algunos metros de distancia. La chiquilla triscaba gozosa tomando los juguetes que la daban. Una vieja haciendo por reir lloraba a su lado. Dos rapaces cantaban a voz en grito. Un hombre iba y venía del sitio de la azotaina y avisaba a la vieja que Odoari estaba soportando bien el castigo—«Creo que no morirá»—dijo en una de las veces que vino. La vieja, entre sus risas y sollozos movía fervorosamente los labios. No rezaba porque no lo sabía; pero pedía a cualquier poder desconocido que salvase la vida del pobre azotado.

Y por cierto que Odoari sufrió bravamente su pena. El mismo se habia desnudado y tendido en el suelo, boca abajo, para recibir los quinientos azotes. Su boca no dijo un ¡ay!......Pero en lugar de ella su carne flajelada parecía hablar estremeciéndose convulsa y sangrienta a cada golpe. Otro hombre habría muerto. El mismo Odoari se sintió desfallecer con los últimos latigazos. A los atroces dolores que sufría empezó a suceder una inconsciencia siniestra, precusora de la muerte, Pero en esto se acordó de su hija, y,

vivió; Salvóle más que su resistencia física un esfuerzo supremo de su voluntad. Después del castigo no pudo ni aún incorporarse. Estaba casi exánime. Pero en este estado obtuvo que lo llevasen cerca de su hija. Ella reía alegremente viendo a su padre. Y el padre sangrando y desfalleciente reía también mirando a su hija.

XXXIV

Es tarde apacible de primavera. El Madre de Dios despliega sus magníficas perspectivas bajo los rayos oblicuos del sol que cae en el Ocaso. Sus aguas ligeramente turbias adquieren tintes rosáseos y azulados reflejando el firmamento colmado de luz. En las playas lejanas se divisan grandes bandadas de aves blanquísimas. Son *batos* que están parados gravemente en las orillas del río. Se ve asimismo como inumerables guiones exparcidos en las playas y en los troncos que salen a flor de agua, tropas de gavíotas que hieren a ratos el aire con sus gritos inarmónicos. De cuando en cuando sale de la quieta superficie del río un gran pez, y después de elevarse en el aire dando una voltereta se vuelve a sumergir haciendo brillar por un momento sus escamas doradas entre una lluvia de gotas luminosas.

Una lancha a vapor avanza pausadamente río arriba. El estrépito de sus ruedas chocando con el agua acalla los gritos de las gaviotas, y es pronto el solo ruido que domina en el ambiente sereno; y asimismo el humo denso que sale de su chimenea desparramándose por el aire en bor-

bollones obscuros, es la única mancha que empaña la diafanidad del cielo.

El río yace explayado y manso como un lago. Se ve dos islas pequeñas cubiertas de vegetación emergiendo de su seno; se ve en sus orillas remotas, altos peñascos hacia un costado, y una playa bajísima en el otro; se ve lagos alimentados por él, que se internan en el bosque.

Es la hora melancólica en que la naturaleza se aquieta. El sol que hace poco abrazaba el ambiente con el fuego implacable de sus rayos, ahora está manso, velado, triste, como arrepentido, envolviendo todas las cosas en una luz suave e infinitamente tierna. Parece un padre que después de tratar con demasiado rigor a sus hijos, siente que su ánimo se suaviza, y ya solamente lanza sobre ellos miradas que hablan de perdón y de amor.....

Mas, la aproximación del barco ha sobresaltado a los moradores de la playa. Una gaviota alza el vuelo y esta es la señal de la partida general. Todas las aves se levantan ya solas o en bandadas y huyen hacia la dirección en que acaba de morir el sol, y a poco, sobre el fondo lejano del poniente pintado de color de rosa, se dibujan innumerables puntos que se alejan.

El barco paró junto a una orilla que apenas sobresalía del agua medio metro Púsose una tabla de puente y varios de los tripulantes se internaron en el bosque en busca de leña. En

la segunda cubierta, apoyado en la barandilla, se veía a un hombre que mudo e inmóvil contemplaba el paisaje. Era Verdugo.

Verdugo volvía recién de su viaje a Riberalta. Hacía cuatro días que había tomado pasaje en La Campana y hoy se hallaba ya en vísperas de llegar al pequeño puerto de Conquista. de donde debía dirigirse por tierra a Puerto Rico.

Verdugo regresaba trayendo bastante munición para sus amigos los bárbaros, y sobre todo una gran noticia para los soldados; la noticia de que pronto volverían a sus hogares, pues había llegado en esos días una nota del Gobierno ordenando el retiro de las guarniciones del Orton, y justamente Verdugo era el portador de esa nota:

Pero en aquellos momentos, Verdugo no se acordaba para nada de estas cosas embebido como estaba en la contemplación del cuadro que se ofrecía a sus ojos. El río tomaba a cada momento nuevas coloraciones. No se le veía correr. El barco pegado a la orilla se iba mirando en el terso espejo del agua. De las innumerables aves que antes se veía no había quedado más qun un solitario *manguarí* que revoloteaba cerca de la lancha. Pronto Verdugo fijó la atención en esto. El ave deforme aleteaba pesadamente sin levantarse apenas de sobre la superficie del río, con las patas larguísimas mojándose a ratos en el

agua, con el cuello delgado y prominente hacia adelante a manera de un bocio deforme, y con la cabeza oscilando de uno a otro lado en actitud grotesca.

Pero, le sacó a Verdugo de su muda contemplación un repentino vocerío que se produjo en el piso bajo del vapor y que era producido por el mecánico de la lancha, un viejo sajón que disputaba con la cocinera lanzando con voz sonora aunque cascada, mil improperios contra las «*mulieres*».

Verdugo sonrió. Aquel mal humorado viejo había sido para él un gran alivio durante el viaje. Ni un solo día le vió contento. Siempre estaba con la faz ceñuda y murmurando sandeces en una gerga anglocastellana inentendible, en la que lo que más resaltaba era el vocablo «mulieres». Trataba a todo el personal de la lancha, incluso el comandaute, poco menos que con desprecio. Personalmente, Verdugo, estaba convencido que se había hecho de lo más antipático para el sombrío personaje, pues cuantas veces se encontraba con sus azules ojos al punto éstos eran desviados de su persona. o si se fijaban en ella parecían preñados de profundo enojo. Pero, si el inglés mostraba tal despego por los hombres, mostraba una marcada predilección por los animales. Un día en que el comandante tiró sobre unas *capigüaras* que aparecieron por delante del barco, se irritó tanto que aún llegó a inju-

riarlo. Pero el comandante no le hacía caso. Decíase de este viejo que era un excelente mecánico y que mostraba la mayor serenidad en los peligros. Decíase que tenía una fortuna no menor de diez mil libras esterlinas, y, entretanto, dormía a bordo sobre un pedazo de gerga inmunda. En suma, aquel desarrapado personaje, de barba desgreñada y de llameantes ojos, interesaba a Verdugo tanto como le interesaban los mismos bárbaros.

La noche se entraba. Los tripulantes regresaron trayendo astillas de leña que apilaron en la orilla, a un lado del barco. Verdugo permanecía en la misma actitud. Ya no se oía la voz del mecánico, pero en lugar de ella se alzó a poco desde la cubierta primera un confuso rumoreo de voces, de protestas, risas y suspiros. Era la hora en que se repartía la ración alimenticia a los tripulantes Alguno de estos se quejaba de que la cocinera le tratase con desigualdad. Ella se indignaba.—«Ya no hay plátanos—decía.—Ya no hay con que hacer majao. A ver puec si comerán mañana»......

Por la noche cenaban en una misma mesa el comandante del barco, Verdugo y el mecánico.

Este seguía con la cara enfadada, pero ahora no despegaba los labios para hablar. Antes bien, procuraba poner su cara y aún su cuerpo a un lado, casi hasta dar las espaldas a los otros comensales. Sus largos y grises bigotes y

su barba rala se manchaban a menudo con la comida, pero él ni aun se cuidaba de limpiárselos.

Después de la cena hubo que meterse lo más pronto a las toldetas dispuestas en la segunda cubierta, pues los mosquitos no dejaban en paz a los viajeros.

Pronto se hizo el silencio. Todos los habitantes del barco dormían apaciblemente, incluso el mecánico. Sólo Verdugo velaba dentro de su mosquitero con la cabeza llena de los recuerdos de su viaje, Fresca estaba en su retina la imagen de un gran río de pintorescas riberas, sembrado de islas opulentas de verdura, con sus aguas matizadas de las más hermosas coloraciones. Veía volar innumerables bandadas de aves; sobre todo de aves blancas. ¡Cuántas aves blancas! Cómo aparecían ellas en las mañanas luminosas volando en las lejanías del río, y cómo se perdían en las brumas crepusculares de las tardes melancólicás! Aquello había dejado en los ojos del joven una impresión singular de blancura.

Pero, pronto pensó en otra cosa. Qué alegre noticia iba llevando a sus compañeros de Puerto Rico! Cómo iban ellos a quedar de gusto al saber que al fin había llegado el dia de su regreso a sus pueblos nativos! Y en este punto se acordaba sobre todo del soldado Reno!. Y al acordarse de él pensaba que ahora sí, se iba a curar pronto de su enfermedad. Irse a su país, vol-

ver a ver a sus padres, a su novia, a su casita! ¡Qué ventura!

Camo se vé, Verdugo, estaba lejos de sospechar que el pobre Reno estaba en aquella hora pudriéndose en el sepulcro.

Pero muy luego, Verdugo se olvidó de Reno. La imagen pálida y enfermiza del soldado se esfumó ante otra imagen grandiosa poblada de colores y de vida.

Es decir, otra vez se presentó a su idea el panorama del río con sus bosques ribereños llenos de soledad y de misterio, con sus aguas mansísimas, con sus bandadas de patos, de garzas,de guacamayos, de cuajos, de pavas, de gaviotas; con sus tardes de ópalo, con su cielo ampliamente abierto......

¿I Buda?

He aquí otra figura que se mostraba con frecuencia a la imaginación de Verdugo.

Probablemente al otro día—según pensaba— se iba a encontrar con él.

¡Con qué afán estaría esperándole el bárbaro! Y qué cara pondría al saber que Verdugo debía irse pronto con sus compañeros.

Pero efectivamente tenía Verdugo, el mismo deseo de ellos para irse? ¿Por qué no quedarse más bien?

Y aquí la cabeza del calavera insomne se sumía en las más caprichosas imaginaciones. Ya ahora no eran recuerdos. Era más bien algo

que se refería al porvenir. Eran como girones de esperanzas o deseos sobre cosas que debían suceder. Era como un cuadro borroso, poblado de figuras enigmáticas que pasaba por su cerebro,

Pero todo esto también se desvanecía después de un rato. Y otra vez el río, siempre el río, volvía a reinar en el pensamiento de Verdugo. Otra vez la enorme faja azulosa en medio de la inmensidad verde.

El viajero se durmió al fin.

Al día siguiente desde muy temprano comenzó el movimiento de la lancha. Verdugo despertó con un estruendo de voces, de pisadas y de golpes en la cubierta. El mecánico andaba de uno a otro lado buscando algo que no encontraba. Sus plantas a pesar de estar solamente calzadas de *tamancos* hacían crujir al caminar el maderamen de las cubiertas, las mesas y la cristalería.

Abajo, los tripulantes se ocupaban unos de cortar la leña recolectada el día anterior y otros de acomodarla dentro del barco trayéndola desde la playa. Para esta operación habíase colocado un cordón de hombres entre la lancha y la orilla pasando por una tabla que servía de puente. El primer hombre del cordón que estaba en la playa alzaba una astilla y la pasaba al que estaba a su lado, éste la recibía con un brazo y la pasaba con el otro al siguiente, y así sucesivamente, pasaba el leño de mano en mano,

hasta que el último hombre lo colocaba en el lugar que debía ocupar en el barco.

Hacía una mañana hermosa. Un cendal de brumas cubría las lejanías del Madre de Dios como un telón que al descorrerse iba a dejar ver un cuadro maravilloso. Las aguas del río habían tomado un tinte lodoso y obscuro que contrastaba vivamente con las poéticas coloraciones que ofrecía entre las brumas para volver a desaparecer rápidamente.

Verdugo que aún no había visto tal paisaje, tuvo que abandonar el lecho para ir a la mesa del te.

Allí estaban ya el comandante y el mecánico. Este ni aún lo miró. Otra vez había disputado con la cocinera y se hallaba furioso. Sus azules ojos relampagueaban. Su ceño estaba como nunca fruncido; y, sobre todo, algunos mechones de su barba que se habían plegado en diversos sentidos daban a su fisonomía un aire poco tranquilizador. Verdugo se echó a reir. El viejo le lanzó una mirada larga, fría, acerada; una de esas miradas en que no se sabe si hay un exceso de odio o solamente un completo desdén. Verdugo se volvió a reir. El viejo dejó de mirarlo, poniendo en su cara un gesto que esta vez ya no parecía de encono sino más bien de compasión. Luego el comandante y Verdugo se pusieron a hablar de cosas indiferentes, mientras a ratos miraban con el rabillo del ojo a su bravo compañero. El cual sin parecer darles ninguna

importancia, acabó, mientras traían el desayuno, por sacar un librejo de uno de sus bolsillos y se puso a leerlo con mucha atención. Después, cuando apareció el sirviente con la tetera y demás adminículos, no aceptó sus servicios, y él mismo volviendo a poner su libro en el bolsillo, cortó su carne, sirvió su te y tomó su pan y mantequilla, ensuciándose siempre la barba con lo que comía y sin cuidarse de limpiarla o limpiándose a lo sumo con sus manos descarnadas y sucias.

Pasadas dos horas los leñadores habían por fin terminado su tarea. La lancha estaba cargada de buen combustible lo que alegraba a todos, pues en los días anteriores habían tenido que navegar muy poco a poco por la mala calidad de la leña.

Levantóse el ancla, se soltaron los *espías* y el barco se esparó lentamente de la orilla, y a poco surcaba gallardamente, como si estuviesen de mejor ánimo, las aguas del Madre de Dios

La niebla se había borrado y el río presentaba de nuevo a la vista sus lujosas márgenes, sus islas y sus lagos, donde pululaba la vida.

Al pasar cerca a una de las orillas vieron los navegantes dos hermosas antas que pacían tranquilamente. El comandante hizo fuego sobre ellas y habiendo muerto a una y herido a otra se hizo parar el barco para recogerlas.

Esta vez el mecánico no había dicho nada

con gran admiración de Verdugo que manifestaba su sorpresa al comandante.

—Cuestión de gustos, es decir, de carnes— le dijo éste riendo—Al mecánico no le gusta la carne de las capiguaras, pero no se hará rogar la de las antas.

Y como si la suerte quisiera dar un espectáculo a los viajeros, apenas la lancha había avanzado un kilómetro, cuando al doblar un tronco vieron un jaguar en la playa próxima. Estaba sentado sobre sus patas traseras mirando al parecer el agua, y a la distancia parecía un gato. El comandante empuñó inmediatamente su rifle y quiso hacer fuego sobre la fiera, pero esta vez fué Verdugo quien se interesó en favor de ella hasta conseguir que el cazador volviese a guardar su arma.

La lancha avanzaba con rapidez, justamente costeando la playa donde el jaguar estaba, pero ni la aproximación del gran bulto formado por aquella, ni el ruido estruendoso producido por sus ruedas hicieron huir a la fiera. Permanecía sentada en su misma actitud mirando con flema el barco. Era un hermoso jaguar. El sol le daba de frente; sus ojos tenían aire de somnolencia. La lancha pasó cuando más a seis metros de donde estaba el jaguar sin que éste se moviese. Y asimismo siguió mientras ella se alejaba. Los navegantes veían cómo se iba achicando poco a poco asemejándose nuevamen-

te a un gato, hasta que por fin doblado el torno dejaron de verlo.

Después. Verdugó trataba de explicar al comandante las razones que tuvo en favor del jaguar. ¡Estaba en una actitud tan interesante! Ni un artista le habría colocado así! El jaguar como el gato, era para Verdugo una de las fieras que tenía gestos más soberbios......

El comante estaba divertidísimo ante las reflexiones de Verdugo.

Todavía trataban del asunto cuando la lancha llegó al punto de Conquista donde se debía dejar a Verdugo, siguiendo después la lancha su travesía en el Madre de Dios.

El puerto estaba desierto. Un tripulante se echó al agua para atar el espía a la orilla. Verdugo se despidió en la segunda cubierta del Comandante y bajó la escalera seguido de los mozos que llevaban su equipaje. Al pié de la escalera estaba el viejo mecánico mirando el puerto. Verdugo pasó junto a él sin decirle una palabra, pues suponíale, como siempre, irritado.

De pronto sintió por atrás la presión de una mano sobre sus hombros. Volvióse. Era el viejo que se le despedía familiarmente diciéndole buenas palabras en su gerga anglo-española, y mostrándole por primera vez en su rostro ceñudo una sonrisa que deslumbró a Verdugo.

XXXV

Cuando llegó a Conquista supo Verdugo los sucesos que se habían producido en Puerto Rico durante su ausencia. En Conquista se hallaba un oficial con seis soldados todos los cuales acababan de salir del bosque después de una infructuosa excursión en busca de los desertores de la guarnición.

Por dicho oficial se enteró Verdugo de la muerte de Reno, de la deserción de dos soldados y de la huida de Yno y de Odoari.

Y supo además, que otras partidas de gentes armadas destacadas del cuartel de Puerto Rico y guiadas por «prácticos» y «rumbeadores» se habían también internado en el bosque en distintas direcciones para perseguir a los fugitivos.

Con todo lo cual, bien comprendió Verdugo que su proyectada entrevista con Buda en el camino de Conquista a Puerto Rico había fracasado. En sitios que ahora eran objeto de prolijas pesquisas era claro que Buda y los suyos no debieron dejar ni rastro; y más si a esto se añade la circunstancia de que al despedirse del bárbaro, Verdugo habíale prometido reunírsele en unos quince días y recién regresaba en más de un mes

Todo esto causó gran contrariedad en el via-

jero, pero no tuvo más remedio que conformarse a la realidad de los hechos, y en consecuencia, convino con el oficial regresar junto con los seis soldados al día siguiente a Puerto Rico.

—Y ya no ver más a mi amigo Yno!...—decía Verdugo aquella noche hablando con el oficial.—Ya no ver más a mi tio.......Qué lástima! Cuántas andanzas realicé con él!; cúantas veces compartimos el mismo rancho!; por cúantas aventuras pasamos juntos! Oh, mi querido tio... Ya nunca nos volveremos a ver.

—Pero el que a mí me admira es Odoari—decía el oficial......—fíjese Ud. que Odoari se ha mandado a mudar llevando a su hijita a cuestas.

—Y yo lo encuentro muy natural. Odoari es todo un bravo personaje muy capaz de esta y otras mayores proezas......Yo, francamente, le envidio......Supongo que a estas horas será ya yerno de Buda y dueño y señor de la muchacha más bonita que he conocido en esta región.

Como se ve, Verdugo, ni el oficial, sospechaban la suerte cruel que había cabido a Odoari.

Que a sospecharlo Verdugo, no diría que envidiaba al bárbaro.

Pero lo que arrancó más comentarios a Verdugo, fué la noticia de la muerte de Reno, que el oficial le contó punto por punto.

Aquello fué para él una decepción amarga; pues hasta esos momentos se había estado deleitando con la idea de la bellísima impresión que iba a causar en el joven soldado con la noticia

que le iba llevando de su regreso a la tierra nativa.

Y ahora, saber que Reno estaba muerto. Que la noticia llegaba tarde. Que el soldado yacía para siempre consubstancializado con aquella misma tierra de la que tanto quería alejarse!.....

—Qué desastre,—decía Verdugo—qué desastre!

—Ha sido el único que ha muerto en la guarnición en más de de un año—observaba el oficial.

Y el único que no debía morir—continuaba Verdugo con llaneza. Los demás miembros de la guarnición estaban por lo menos resignados y muchos hasta contentos, Pero el pobre Reno soñaba en su casita, en sus padres, en su novia... El debía vivir......La suerte ha incurrido en una indignidad con ese pobre muchacho.

—Quizás—dijo el oficial—si Ud. hubiese estado en Puerto Rico no se muere Reno.

—Se habría muerto igualmente. No era mi ciencia la que podía curarlo. Era sencillamente el regreso al país. Hoi estoy seguro que se habría curado con la noticia que voy llevando.

—Entonces, qué lástima que la noticia no haya llegado antes!

—Ciertamente, qué lástima!

Estas y otras cosas decía Verdugo, conversando desde su hamaca con el oficial que tenía colgada la suya a pocos pasos de distancia en una de las casas de Conquista.

Estaba obsecionado con este asunto; y aún cuando por un rato había dejado de hablar sobre él, volvía a él mismo, pasado algún tiempo.

Tarde de la noche, dormía ya el oficial, y aún se oía la voz de Verdugo que decía:

—Después de todo, no lo siento tanto por Reno. Al fin y al cabo, Reno hoy ya no sufre. Lo siento muchísimo más por sus padres. Esas pobres gentes, al saber que la guarnición debe regresar muy pronto, estarán llenas de gozo con la esperanza de ver a su hijo después de dos años de ausencia y de espera...¿Y ahora? Mucho me gustaría que un rayo generoso fulminase a esos seres infelices antes de saber la realidad.

XXXVI

Al día siguiente, apenas clareaba el alba, cuando se pusieron en camino con rumbo a Puerto Rico, Verdugo, el oficial y los seis soldados. Todos iban a pie, y esperaban estar por la tarde en Puerto Rico.

A un kilómetro de distancia, después de la salida, Verdugo se separó de sus compañeros y les tomó la delantera caminando con la presteza y brio que le eran peculiares.

Helo aquí al joven andando nuevamente por aquel mismo camino que desde hacia unos treinta días había pasado en su paciente mula. Sobre el ancho camino los árboles formaban una bóveda verde y movible que a veces tapaba el azul del cielo. La soledad y el misterio del bosque sólo eran perturbados por los cantos de las aves que saludaban al sol naciente. En el primer arroyo Verdugo se bañó y esperó a sus compañeros durante un cuarto de hora. Pero éstos no parecían, y el caminante continuó solitario su marcha. Antes de las nueve de la mañana ya pasaba por el angosto puente de palos debajo del cual era fama habitaba aquella enorme sicuri que más de una

vez le había sumido en hondos pensamientos. Estaba en medio camino. Sus compañeros tardarían en llegar lo menos dos horas. Verdugo cansado con la rapidez de su caminata, fuése hacia la casucha semi-destruida que aún quedaba al otro lado del puente, y recostóse allí a la sombra. Mil imaginaciones asaltaban su mente. Pensó en la sicuri. ¿Qué estaria haciendo a esas horas? Quizá dormia enroscada bajo el puente después de algún hartazgo monstruoso. ¿Cómo sería pasar al vientre de aquella bestia? Verdugo se incorporó y miró hacia el arroyo que se alejaba con sus aguas tranquilas, negras y mudas. Después miró hacia atrás. ¡Qué lástima ya no ver salir del bosque una figura estrafalaria, y reconocer en ella a Buda! ¿Dónde estaría ahora Buda? Verdugo se acordaba vivamente de la entrevista inesperada que tuvo con el bárbaro en aquel sitio. El pobre Buda estaba tan estropeado. Cómo le habló! Cuánta confianza le demostraba! Luego, en Puerto Rico cómo queria reducirlo a ir con él hasta el oculto lugar donde Verdugo hubiera encontrado a Raquel. ¿Porqué no lo hizo entonces así? Porqué dió preferencia a su «estúpido viaje a Riberalta?» Ahora todo se había desbaratado. Otra vez la incertidumbre de lo desconocido, el misterio negro de los bosques. Estos pensamientos le llevaron a un punto ya muy frecuentado por su imaginación en otras veces. Ocurriósele ser un

bárbaro. ¿Por qué no? El no sentía la repugnancia y desdén de otros por los bárbaros. Más bien ellos le inspiraban una extraordinaria curiosidad, un interés creciente y aún le causaban cierto sentimiento de envidia. ¡Ser un bárbaro! Y serlo no sólo por fuera sino también por dentro. No tener el cerebro desgastado por innumerables ideas, ni el corazón pasando por la prueba de los encontrados sentimientos. Por horizonte el bosque, el cielo, el río .....y nada más. Una vida infantil, estúpida, con goces groseros pero fuertes, sin sentir el dolor hasta extremos inconcebibles. Luego, también se le ocurría al joven ser un bárbaro sin dejar de pensar como un civilizado. Ya se veía entre una gran horda de salvajes. El sería su jefe. ¡Cuánto podría hacer entonces de los elementos humanos que estuviesen a su disposición! Quizás el esbozo de un gran pueblo. El hombre es una materia prodigiosa de la que una inteligencia y voluntad superiores pueden hacer una figura angelical o diabólica. Y Verdugo se sentía dotado de esa inteligencia y voluntad. Sentíase con fuerza suficiente para llegar a ciertas conclusiones. No le importaba mucho los ferrocarriles y telégrafos. Importábale la formación del espíritu. El enseñaria a sus hombres el secreto de ser felices pensando, sintiendo y obrando de cierto modo. ¿Pero acaso él era feliz para enseñar la dicha? Rióse el joven en este punto de sus imaginaciones. Luego volvió a mirar en su rededor. El

bosque le envolvía majestuoso y grave. Una calma profunda era la señora de aquellos sitios. Ni un soplo de aire movía los follajes de la selva. Los soldados tardaban en llegar. Verdugo embelesado ante la quietud del paisaje miraba con cariño los innumerables árboles que le rodeaban. Ahí estaban ellos, con sus troncos plantados en la tierra, con sus follajes frescos, con su augusta inmovilidad, altos, robustos, solemnes cumpliendo su misión sobre el mundo. Ahora a Verdugo se le ocurrió ser también un árbol. Ya no le causaba empacho como otras veces la grandeza abrumadora del bosque. Sentíase ligado a él por vínculos tan fuertes que al romperlos el mismo se habría sentido mutilado. Su propio espíritu se sentia verde. Verde con el verdor de aquella selva joven y grande. Era como el antóctono que lleva en sí mismo la esencia de la tierra. Ahora se olvidaba de los aires que respiraba en su niñez, de los riscos, de las pampas, de los torrentes que entonces veía encantado. Miedosas, y como vergonzantes se acurrucaban en su memoria las imágenes de otros tiempos y lugares.

Pero en esto, interrumpiendo de golpe sus atrevidas y peregrinas fantasías, empezó a soplar un suave airecillo que llegó hasta el rostro del viajero. Y con ese airecillo llegó también hasta él un perfume acariciador. Verdugo sintióse gratamente embriagado. El no sabia qué árbol o qué hierba despedian ese perfume, pero

al sentirlo dió inmediatamente un salto hacia atrás su imaginación. Vió con el alma un rincón lejano del mundo en que fué feliz; y en ese rincón a la niña rubia que usaba un perfume parecido. No parecia sino que un poder sobrenatural quería castigarle de sus extravagantes pensamientos, conduciéndole de improviso a lo que fué una dicha pura y suave para él. Y entonces en el hombre se despertó esa ansia vehemente, una obsesión íntima por ser de nuevo lo que antes fué. Ya no quería volverse un bárbaro o un árbol......Quería retroceder algunos años y ser otra vez el muchacho soñador, entusiasta y enamorado; y quería ver a la niña esbelta y pálida que le amaba......

Verdugo ahuyentó todas estas ideas, y otra vez se puso a pensar en la sicuri. He aquí otra obsesión en él. La imagen del monstruo no le quería dejar. Veíalo en el fondo del arroyo, hecho una gran rosca. Esta idea le daba asco, pero le perseguía. La bestia parecía atraerle. En cierta ocasión su amigo Varas le había dicho que la serpiente para coger a sus víctimas—perros, gallinas, gatos y otros animales—, sacaba su cabeza a flor de agua y se ponía a mirarlos con mucha atención durante cierto tiempo, y que su mirada estaba dotada de tal fuerza de atracción, que por fin, sin quererlo, el inocente animal que estaba bajo su influjo, como cediendo a un impulso superior se precipitaba hacia las fauces del gigantesco reptil.

—«Si me estará mirando ahora»—se dijo Verdugo.

Luego se-incorporó, dejó la casucha y fué a la orilla del arroyo, poniéndose a pasear allí lentamente. Nada se veía en la superficie ni bajo el espejo del agua, negra y trasparente. Los árboles que bordeaban las dos márgenes eran tan sombríos que parecián gigantes enlutados. Verdugo se paró y estuvo contemplando por mucho rato el sombrío paisaje. No le daba miedo. En la misma sicuri concluyó por pensar sin repugnancia. Había allí tal calma, soledad y misterio que el joven pensó que después de todo, quizá para él sería una buena conclusión irse a dormir para siempre en el fondo de aquellas aguas.

Entretenido en estas ideas le encontraron sus compañeros, y con la llegada de ellos, a la soledad y el silencio sucedió una alegre algarabía de risas y de voces,

Momentos después todos iban reunidos. Verdugo tenido como el más conocedor de la senda era el que guiaba, Hacía mucho calor, pero no obstante los soldados marchaban con ánimo, prometiéndose llegar en pocas horas más a Puerto Rico. Dos de ellos llevaban, colgando por detrás de un palo apoyado al hombro, sendas piernas de un cerdo que cazaron por la mañana. Los de la cola apenas podían seguir a Verdugo que ya muy habituado a tales andanzas caminaba de prisa. El teniente era el más cansado,

pero sin querer demostrarlo, procuraba ir al paso de aquél, sudando a tal punto que la traspiración pasando hasta a su uniforme de kaki formaba en él grandes manchas acuosas.

Un grito estridente hirió los oidos de los viajeros. saliendo de un árbol cercano. Luego sonó otro grito parecido; y a poco resonaron muchos más en distintos puntos del bosque. Era una bandada de *tapacarés*. Se habían percatado de que había gente en el bosque y se daban gritos de alarma volando de árbol en árbol cerca al trayecto que seguían los caminantes. Sus graznidos chirriantes y ásperos turbaban la calma profunda de la selva y herían los tímpanos del grupo que no podia evitarlos. Parecían furiosos. Uno de ellos, sobre todo, era el más encarnizado en perseguir a los hombres. No se contentaba al modo de los otros, con volar sobre las copas de los árboles del camino. Bajaba a las ramas inferiores y aún a los troncos y revolaba a pocos pasos de los soldados a su frente y encima de sus cabezas como si quiesiese herirles con su pico o los cachos de sus alas.

El teniente tuvo con esto un motivo de moderar la caminata. Mostrábase irritado por la saña del tapacaré y dispuso darle caza.

—Hay que castigar a este avechucho—exclamó insinuando a Verdugo que se parase, al propio tiempo que preparaba su pistola Pero el tapacaré como si adivinase la intención del oficial, se alejó.

—Eso no te salva, maldito—añadió el oficial siguiendo al ave hasta ponerse cerca al árbol en que acababa de posarse. Pero erró el tiro que hizo contra el ave, y ésta pasó a otro árbol. El cazador se dirigió allí e hizo un segundo tiro, volviendo a errar. El tapacaré parecía burlarse. Fué pasando de árbol en árbol, y aún cuando a ratos se ponía a tiro, el cazador con el afán y rabia con que obraba no podía dar en blanco. Mientras tanto Verdugo y los soldados interesados en este incidente seguían al oficial que afanado en perseguir al ave se metía más y más en el bosque. Los soldados querían también tirar, pero el oficial no se los dejaba, diciendo que él sería el que lo matase. Por fin pareció que el ave fué herida porque dejó escapar muchas plumas y voló con violencia entre los árboles. El grupo dejó de verla, pero a poco oyó distintamente el choque de un cuerpo en las ramas y su caída en tierra.

-¡Allí, allí, cayó!—exclamó uno señalando hacia un punto del bosque.

Todos fueron allí, y se pusieron a buscar el tapacaré pero no podían hallarlo.

De súbito sonaron estas terribles palabras:

—¿Y el caminó? ¿Dónde está el camino?

Todos se volvieron a mirar a Verdugo. Este exclamó con flema:

—Amigos: les juro que yo no sé donde hemos dejado el camino.

Y sin pensar más en el tapacaré, empezó a andar seguido por los demás hacia donde él creia que estaba el camino.

Pero fué inútil. Después de andar por un rato, él mismo comprendió que no era por allí la senda. Verdugo indicó otra dirección y siguieron por ella, pero también sin resultado. En pocos momentos se habían extraviado tan completamente que por más que hacían, ya no les era posible encontrar el camino. El terror se apoderó entonces de los más de los caminantes, y esto mismo aumentaba su confusión. Perderse en el bosque es terrible y más terrible aun si se pierde la sereni dad. Los soldados atolondrados corrían agrupados en varias direcciones, sin querer dispersarse, por el temor de perderse aisladamente. Verdugo opinaba que más bien se distribuyese los ocho hombres fijándolos a distancias iguales y en líneas en lo posible rectas a fin de explorar el terreno en esta forma, pero el temor de la dicha separación hacía que no se acogiese esta idea. El oficial era el más aturdido. Pronto al ir vagando encontraron el cuerpo del tapacaré muerto, pero ya nadie hacía caso de él. En vano trataron de fijarse en algunos árboles de forma especial para tener en ellos puntos de referencia; por todas partes hallaban otros árboles parecidos. Cortaban las ramas, discutían sobre sí o no habían pasado antes por tal o cual sitio, trataban de ver el sol que estaba ya muy inclinado, emitían ideas, aigunas de ellos, absurdas. A ratos entre-

EXPEDICIÓN A PUERTO PANDO

viendo algún claro entre las ramas se lanzaban allí esperanzados de hallar el camino, pero sólo resultaba algún *cuidhi,* o un trozo ralo del bosque o algún árbol caído. Y como se hacía tarde, desconcertábales más la proximidad de la noche. Por un momento uno de los soldados dió voces de alegría señalando unas huellas frescas y algunos palos recientemente desgajados, lo que indicaba que hacía poco otros habían pasado por allí mismo; pero luego se reconoció que aquellas eran sus propias huellas, y los palos rotos los mismos que ellos habían cortado hacía pocos momentos. Estaban, pues, dando vueltas en un pedazo del bosque. Varias veces volvieron a encontrar el cuerpo del tapacaré que aún en muerto parecía perseguirles. Algunos soldados quedaban maravillados, pues juzgaban que habían cruzado una gran parte de la selva, y en realidad sólo se movían en un espacio limitado. Esto por lo menos les consolaba, pues de ahí se deducía que no se habían alejado mucho del camino.

Por fin, Verdugo que era el más tranquilo, creyó reconocer una senda antigua como esas que Yno le solía hacer notar en las excursiones que ambos realizaban. Era ya algo, y se resolvió seguir por ella fuese a donde fuese. Metióse, pues, Verdugo por delante, mientras los otros le seguían jadeantes y afanosos. Era en efecto aquella una senda abandonada, de esas que al

cabo de poco tiempo se borran dentro del bosque, siendo necesario estar muy habituado a él para reconocerlas. Más de una hora anduvieron por ella dificultosamente. A ratos la senda se perdía, pero Verdugo sabía encontrar su continuación, procurando no perder la calma. Los más le miraban anhelantes como si vieran en él un salvador, pero no faltaba alguno que le considerase más bien como un demonio que los estaba lanzando más y más en las tenebrosidades del bosque. Iba a anochecer Mas, antes que se hiciese la obscuridad, vieron por fin los extraviados que a su frente se aclaraba el bosque, como si el cielo se abriese. ¡Cuánta satisfacción! Era que desembocaban en una *estrada*. La senda conducía allí y continuaba costeando por ella. Pero era ya tarde para seguir caminando y se decidió acampar en la estrada junto a un arroyo en el que se abrevaron largamente los caminantes. Ahora todos respiraban sin miedo. Nadie sabía ciertamente, dónde se hallaban, pero el mero hecho de estar en una estrada, de donde les sería fácil ir a dar al rancho del siringuero que en ella trabajaba, era ya una gran cosa. Pusiéronse en dispersión los mosquiteros y se pensó en preparar la cena. Las piernas de cerdo de las que, ni en sus mayores apuros se quisieron desprender los que las traían, se estaban brindando apetitosamente para el caso. Pero la mala suerte siguió burlándose de los viajeros. Ninguno de ellos tenía un fósforo, ni nadie sabía sacar fuego al mo-

do de los bárbaros ¿Qué hacer? No hubo más remedio que echarse a las hamacas con las panzas vacías y los huesos molidos, pero al cabo, con la grata sátisfacción de haber salido del seno terrible de la selva.

El teniente más cansado que nadie, no dejaba de lanzar apóstrofes contra el tapacaré que tuvo la culpa de la aventura.

Verdugo, desde su hamaca conversaba con el soldado Vacaflor quien a propósito del tapacaré le decía con acento de profunda convicción que no había tal tapacaré, y que se trataba nada menos que del diablo que había tomado la forma de esa ave para engañarlos y perderlos. A lo que Verdugo respondió, acogiendo los dichos del soldado:

—Ah diablo ¡diablo tapacaré!...

—Pero entonces, el diablo ha muerto—decía uno que estaba oyendo la conversación.

—Phs!— silbó Vacaflor—se ha hecho el muerto. Todavía puede hacernos una jugada esta noche.

—Sí—asintió Verdugo—El diablo puede venir en forma de tigre.

—¡Y no tener ni una pajuela para hacer fogatas!—exclamaba el joven soldado realmente temeroso.

Aún reinaba cierta intranquilidad en el pequeño campamento. Las desazones sufridas en el día, la vacuidad de los estómagos y la incer-

tidumbre de la situación mantenían todavía en tensión los espíritus.

Pero al llegar las siete de la noche una agradable sorpresa cambió el cuadro. En el silencio de la noche oyéronse distintamente toques lejanos de cornetas y tambores, lo que indicaba que la barraca estaba cerca. Un coro de exclamaciones alegres salió de todas las hamacas. Todos hablaban a la vez.

—¡Si habíamos estado a las puertas de la barraca!

—¡Si no más andamos un poco más esta tarde, llegamos!

—Aun ahora si quisieramos podríamos llegar.

—Lo que es yo de aquí no me muevo ni aunque me fusilen.

—Hay que tener paciencia.

—Que no haiga un farol!

Desde este momento el buen humor reinaba en el campamento. El mismo teniente ya no maldecía al tapacaré. Verdugo seguía conversando confidencialmente con Vacaflor. Un soldado de voz grave y sonora contaba a otros historias espeluznantes de gentes perdidas en los bosques. Algunos se desternillaban de risa. Los que antes se hallaban más encogidos y temblorosos eran ahora los más decidores y graciosos. Así pasó la noche.

Al día siguiente, muy temprano, siguiendo

la senda que iba por la estrada, el grupo de caminantes fué a dar a un rancho. Verdugo reconoció al momento la casa de Odoari. De allí había apenas un kilómetro a la barraca El teniente y los soldados que deseaban llegar lo más pronto a la barraca apuraron el paso. Verdugo quedó todavía un rato frente a la casa del siringuero. Sentíase entristecido viendo esa casa desierta. El ya sabía la huida de Odoari y las lamentables condiciones en que fué cogido, pero ignoraba el cruel castigo impuesto al bárbaro.

—Que será de él ahora? se preguntaba, siguiendo su camino.

Pasó por un campo en que se veía una plantación de yucas. Luego entró al platanal que circundaba la antigua casa de Buda. Los plátanos con sus largas hojas inclinadas y semimarchitas que movía un aire ledo, parecían hacerle saludos amistosos. Llegado ante la casa, detúvose también allí. Ella continuaba tan desierta como la de Odoari. Verdugo llegóse a la puerta, con intención de entrar pero retrocedió aterrado. Un cuadro horrible se ofreció a su vista. En media habitación, estaba arrollada sobre sí misma, formando una masa pavorosa, una enorme sicuri. Dormía seguramente. porque no hizo movimiento ninguno ante la presencia del joven. Al ver tal cuadro, Verdugo se fué de prisa. Un sentimiento de terror, pero más que de terror de repugnancia le llenaba. Y al caminar por aquella

senda frecuentada tantas veces por él, se acordaba cómo en otra ocasión se había encontrado en la misma con un tigre que al verlo huyó. Entonces también Verdugo, tuvo miedo. Pero el encuentro de ahora era peor. En aquél, siquiera los ojos del tigre chispearon y se vió ondear su cola. Había allí vida. Ahora, lo que vió era solamente una masa inerte, fea, asquerosa......

Y él que había pensado tanto el día anterior en la sicuri!

XXXVII

Desde que llegó a Puerto Rico la noticia del retiro de la guarnición, sentíase un movimiento inusitado entre los soldados. Habíase fijado la partida en un plazo de diez días, y entretanto todos se disponían para el larguísimo viaje.

Y no era solamente el elemento militar quien se preocupaba con esto. Diversas gentes de la barraca andaban también muy afanadas con la pretensión de partir siguiendo a los soldados

Entre estas gentes figuraba en primer término doña Juana Ibañez. Para ella el retiro de la guarnición tenía una importancia capital porque significaba su liberación. Por esto, desde el primer momento la mulata se puso en actividad febril. Ella se decía a sí misma—«Si no aprovecho esta ocasion no tendré ninguna otra»—Y basada en tal razonamiento juraba y rejuraba que se iría con la guarnición; y siempre estaba repitiendo su consabida frase de que se pegaría a los soldados «como un *chuturubi*». Pero como el jefe de la barraca al saber tales cosas la volvió a hacerle saber que todavía adeudaba a la casa unos quinientos pesos, la vieja no paró hásta

conseguir que se la facilitase la indicada suma entre el mismo personal de la guarnición. Hizo circular una solicitud de préstamo entre oficiales y soldados y como casi todos quién más, quién menos, se subscribieron, muy pronto se aseguró el precio de su libertad. Un día pagó por fin los quinientos pesos. Y ese día lloraba y reía la vieja. Lloraba porque, según decía, se la había obligado a un pago injusto, cargándola de nuevas obligaciones y quitando el pan a sus nietas, y maldecía al Sr. Laián y a toda su familia así como a la tierra en que todavía se hallaba: luego reía otros ratos ante la idea de que iba a regresar pronto a su tierra, y entonces se deshacía en alabanzas al comandante de la guarnición y a los oficiales y hasta al último soldado. Parecía a veces una loca, y daba lugar a que su amiga doña Hilaria la aconsejase tener algo más de compostura.

—Pero, doña Hilaria, qué quiere ucté—decía—Cómo no me eide alegrar agora que estoy li bre.. ¡Libre! Dioc mío, Virgen Santísima... Bien decía yo que no ec bueno perder lac esperanzas!

Con frecuencia las mujeres acordábanse de Reno en aquellos días.

—¡Pobre muchacho!—decía doña Hilaria—Si nomás llega la noticia algunos días antes, se salva con la sola idea de regresar a su país. ¿Ahora de que sirve todo? Al asno muerto la cebada al rabo......

Doña Juana no dejaba de sentirse un tanto humillada con esta y otras sentencias de su amiga, pero, después, todo lo pasaba por alto, gozándose en su propia felicidad. ¿Qué le importaba ya su amiguito Reno? En medio de su satisfacción egoísta, ella ya no se veía sino a sí misma. así como doña Hilaria, egoísta también, no veía más que lo extemporáneo de la noticia respecto de Reno.

Y así iban las cosas en unos y otros, siempre viéndose bajo un punto de vista limitado. Unos riendo porque se iban, otros entristecidos porque se quedaban; quién suspirando de envidía al ver la satisfacción de otros; quién temiendo una definitiva separación de un amigo. No faltaba tampoco quienes se alegrasen íntimamente en la barraca al ver que se iba la guarnición. Tal le ocurrió a Lalán que en aquellos días andaba como nunca cortés y decidor con los señores militares, llenándoles de obsequios y asegurando que siempre se acordaría de esa fracción del ejército boliviano a la que tanto había querido.

—Supongo que Uds. no llevarán a su país mala impresión de mí—decía cierta vez a un grupo de oficiales entre los que estaba el mayor Medina.

—¡Cómo!—respondió éste en son de protesta—¿llevar mala impresión de un caballero que nos ha llenado de atenciones? Nunca. Yo por

donde vaya diré siempre que nosotros hemos hallado en Ud. una persona digna y distinguida.

Oyendo lo cual, uno de los oficiales se ponía a toser con estrépito para disimular así una ola de risa que le venía a los labios.

Luego, ya solos los oficiales, comentaban alegremente sobre la palabra «atenciones» dicha por el Mayor Ya se sabe que dichas atenciones habían consistido en tratar a la guarnición como a una tropa de intrusos que perjudicaba al régimen interior de la barraca,

—Ahora va a respirar el Sr. Lalán—decía uno.

—Va a llorar por nosotros—replicaba otro.

—Y nosotros también lloraremos por él.

—Sobre todo el Mayor.

Pero, después de todo, por mucho que todos los oficiales tuviesen pésima opinión de Lalán,ya en apuellos momentos no daban gran importancia a las antiguas viarazas de éste. Distraídos con la grata esperanza de abandonar pronto aquel lugar de privaciones y molestias sus antipatías se atenuaban y sus resentimientos se iban adormeciendo hasta desaparecer en algunos.

El hombre es generoso en tales ocasiones y está dispuesto a perdonar aún las mayores injurias. La perspectiva de su dicha le modifica y ya no le hace ver las cosas con el criterio de antes. Tal pasaba con los oficiales. ¡No era La-

lán tan malo como lo habían juzgado! Y era que se iban pronto de Puerto Rico.

Verdugo, por su parte, no parecía tan entusiasta como los demás con la idea de la próxima partida. Un día hablando con el siringuero Arce le decía:

—¡Cuánta envidía me da el afán de esta gente! Quisiera y no puedo contagiarme de su alegría.

—Es que Ud. se estaba acostumbrando a esta tierra...Eso es fatal. Una vez que se echan aquí raices cuesta mucho el irse. ¿No me ve a mí?

—Según eso, ¿Ud. ya no querría regresar a La Paz?

—¿Para qué? ¿Qué iría a hacer allí? Ya tengo mis costumbres y me haría sufrir muchísimo olvidarlas. Tengo también mi mujer y mis hijos que son de aquí. A más de eso, está tierra no me parece tan mala como la pintan...O diga Ud.

—No parece, en efecto mala—repuso Verdugo con aire convencido.

Arce continuó sentenciosamente:

—A mí no me hacen tragar que todos éstos se estén yendo muy contentos. Cuántos sufrirán peor en su país y en sus casas que aquí. No deben faltar tampoco algunos que llevan algún delito a cuestas y les dará miedo regresar. Va Ud. a ver cómo se van a estar quedando muchos en el

trayecto. ¿Qué más quieren? En otras partes no hay ni en que trabajar. Pero aquí, todos hacen alharacas y están a todo mentar su país y su país. Para mí el mejor país es donde uno encuentra a quien querer y quienes le quieran.

—¡Bravo, Arce!—exclamó Verdugo sonriendo.

XXXVIII

Tres días faltaban para el retiro de la guarnición de Puerto Rico. Una mañana, muy temprano, Verdugo apoyado a una de las ventanas de su cuarto, que daba al río, contemplaba con aire meditabundo el paisaje. El Orton aparecía envuelto en un tenue vapor que a medida de avanzar la mañana, se iba esfumando. En la banda del frente, sobre una angosta faja de arena que se divisaba desde la barraca, se había parado un enorme manguarí, y era él quien sobre todo, atraía la atención del joven. Tenía el ave disforme, su largo pico metido bajo una de sus alas, como si durmiese. Sus desmesuradas patas formaban a la distancia una sola línea recta y obscura. Sobre ellas el cuerpo se empinaba inmóvil como una masa ovoidea clavada sobre un poste. Verdugo consideraba con gran interés al ave estrambótica y soñolienta. Seguramente ella se había posado sobre aquella playa, en el punto de unión de ella y del agua, con intención de pescar; pero maldito si se ocupaba de tal cosa. Ni siquiera se movía. A Verdugo se le antojaba estar mirando una figura de filósofo envuelto en su capa. Pero pronto le sacó de su contemplación un inusitado estruendo de voces, semejantes a

aullidos, que salió del bosque, cerca del manguarí, Era una serie de voces de las más variadas tonalidades, ya agudas, ya graves, precipitadas o lentas, que iban gritando: *duca—duca—duca—duca*......El manguarí no hizo aprecio de aquel insólito rumor y continuó en su inmóvil actitud. Verdugo se puso a reir. El ruido acrecía y se hacía más chillón y como rabioso. Parecía que una numerosa banda de criaturas salvajes estuviesen aullando a desgañitarse. Y en realidad, no eran sino dos pequeños monos, de esos que en la región se llaman *duca ducas*, los que, iban provocando semejante algarabía. Era probablemente un par de enamorados que había tomado posesión de un arbol vecino para entregarse libremente a tales manifestaciones eróticas.

Al propio tiempo de reir, Verdugo pensaba no sin cierto dejo de tristeza, que aquella era una de las últimas veces que iba presenciando tales escenas. Tres días más y después no más paisajes del Orton, no más manguarís, no más *duca duca*...La hora de la partida se acercaba rápida y fatal. Mañana, él estaría lejos, muy lejos, en los centros de la civilización, viendo cuadros muy distintos, barajado otra vez con las gentes de las ciudades y en medio del hervor de las pasiones de las sociedades. Pero no por eso él se olvidaría de aquellos solitarios lugares en que hubo pasado un fragmento de su vida accidentada. Hacía dos años que había venido allí; dos años en que su alma después de pruebas a veces tre-

mendas había llegado a modificarse. No envano se saborea el sumo de una tierra nueva. Esa tierra entra a formar parte de nosotros, nos hace a su manera, nos subyuga; y cuando después nos alejamos, algo de ella vá con nosotros por todos los confines del mundo. Verdugo, sentiáse lleno de un gran cariño por aquellos bosques en los que peregrinando, a veces trabajosamente, supo dejar páginas acaso trágicas de su existencia extraña. ¡Cúantas veces cruzó por allí bramando de dolor! Los mismos árboles parecían espantados a su paso. Era algo terrible, flagelante, monstruoso....Parecía responder elocuentemente a su propio nombre; parecía un azote contra sí mismo. Pero también cuántas veces su alma encontró en el seno misterioso de esos bosques bálsamos maravillosos para su mal......Diríase que su corazon, al contacto de esa Naturaleza, joven y salvaje, había retroceddido hacia formas de sentimiento primitivas, hasta el punto de no experimentar ya como antes, con ese refinamiento e intensidadad con que otrora se daba a la tristeza, la acción de sus ocultos pesares.

Por mucho rato permaneció el joven abstraído en sus reflexiones, y cuando volvió de ellas, ya el manguarí no estaba en su sitio, ni se oía más el vocerío de los ducas-ducas—Verdugo corrió la persiana de la ventana y se fué a levantar la de la puerta. Un cuadro muy distinto del que antes iba viendo, se mostró entonces a sus ojos en la playa de la barraca. Lalán, el

jefe de ella, en grave actitud, sin sombrero, descalzo y con los pantalones remangados hasta las rodillas se paseaba a lo largo de la plazoleta hollando la hierba crecida y espesa que allí había. Era Lalán apasionado lector de un librito sobre hidroterapia de Mons Nneipp, y como en dicho libro hubiese leído que es muy saludable pasear por las mañanas con los pies desnudos sobre la hierba cargada de rocío, no tuvo inconveniente en poner en práctica tal consejo. Pero era el caso que la hierba garruda de Puerto Rico estaba cargada no solamente de rocío sino también de una gran variedad de parásitos muy dados a aferrarse a la piel y capaces de causar prurito a un rinoceronte. Verdugo dijo:

—Este majadero do tardará en venir a hablarme de sus piernas.

Y siguió mirando en derredor con indiferencia.

La barraca ofrecía más animación que de ordinario La mañana se deslizaba soberbia de luz y vida. El sol brillaba sobre todas las cosas, pero sus rayos parecían prodigarse con especialidad sobre la cabeza descubierta de Lalán, cuyos cabellos castaños cayéndole en desorden sobre la frente lanzaban aúreos reflejos. En una de las esquinas de la plaza, un numeroso grupo de indígenas miraba estupefacto los curiosos ejercicios del jefe de la barraca. Eran siringueros bárbaros que habían llegado esa misma mañana a Puerto Rico en busca de herramientas. En el

corredor a donde daba la puerta del cuarto de Verdugo, paseaban varios soldados entretenidos en animado parloteo, y sin parar la atención en Lalán como los bárbaros. Chiquillos panzudos y amarillos jugaban revolcándose entre los montones de tierra que había a las puertas de las casas.

Pero lo que fijó particularmente la atención de Verdugo fué el cuadro que formaron a pocos pasos de él dos *rasquetas*. Habíanse puesto a conversar junto a la trinchera. La una llevaba un bulto de ropa de lavar puesto sobre la cabeza. La otra, mientras conversaba, había depositado en tierra un cántaro lleno de agua. Cuchicheaban con animación, lanzando miradas frecuentes hacia el río. La del bulto de ropa era lindísima. Llevaba un traje claro, recién lavado, bajo cuya frinbría sobresalían sus pies blanquísimos y desnudos. Morena, de ojos garzos, de nariz aquileña, de cabellera exhuberante y de apostura imponente, parecía una reina vestida de mendiga......Pero, en uno de esos momentos se rió. Verdugo quedó poco menos que espantado. Aquella hermosa mujer no tenía sino unos cuantos dientes......

Momentos después, Verdugo había dejado caer nuevamente la persiana de la puerta, y sentado en su sillón volvía a entregarse a sus reflexiones. De fuera no venían a él sino las voces de los soldados que al pasar cerca a la puer-

ta dejaban oir su conversación, llena de esa entonación especial de las gentes del Beni y Santa Cruz. Por un rato fijó el joven la atención, pero sólo oyó frases aisladas·

—«Era puec su chola».

—«Ahura ectá compuectito, churito».

—«Qué ecperanza!»

—«Y el Balbino quedó con doc petacudoc cometierrac».

—«Su hermano cuando le trabajaba pa su hermana».

—«Ello, siempre la miraba»......

—«Lo mecmo allá que le pasó a ecte Joctiniano».

—«Ese negro ectá mac mejor».

Verdugo tomó el partido de hacer funcionar su gramófono. Puso en el aparato un disco con la abertura de «El Guarani»; y se sentó a oirlo en un sillón. La bella música rompió el aire quieto de la estancia, hizo bribrar sus paredes de madera y salió afuera hasta llegar a los puestos más retirados de la barraca. Ante aquellos repentinos sones los bárbaros habían parado las orejas y empezaron a afluir hacia la puerta del cuarto de Verdugo. Pronto había allí una masa compacta de hombres y mujeres que se apiñaban estirando los cuellos y tratando de ver por las junturas de la persiana lo que pasaba dentro de la habitación. Lalán se había ido, y lo mismo hicieron los soldados. Verdugo continuaba poniendo nuevos discos al aparato y

exitando así más y más la curiosidad de los aborígenas. Uno de éstos, el más atrevido o curioso, no tuvo inconveniente en alzar un lado de la persiana. metiéndose en seguida en el cuarto. Los demás hicieron lo propio, de modo que Verdugo, se vió, en un abrir y cerrar de ojos, invadido por un grupo respetable de salvajes que con las caras curiosas fijaban tamaños ojos ya en él, o ya en el gramófono. Verdugo estaba divertidísimo. Tenía varios conocidos entre los bárbaros, y les invitaba a acercarse cuanto quisieran. Había allí tipos de las más varias catadura. Unos llevaban grandes sombreros alones, otros solamente gorros y otros tenían las cabezas descubiertas. Los más estaban vestidos de blusas y *calzas* nuevas. Al lado de rostros acentuadamente mongoles había otros que mostraban rasgos marcados de tipo caucásico. Entre éstos distinguíanse, sobre todo, dos muchachas, blancas aunque muy quemadas por el sol, de cabellera rubia y de ojos azules, pero bastante desfiguradas por el tatuaje que llevaban en las caras.

Y todos ellos seguían con interés los movimientos de Verdugo al cambiar los discos como si viesen en él a un ser entregado a prácticas sobrenaturales. Verdugo, decíales que él tenía la facultad de evocar por medio de aquel aparato las almas de personas que habían muerto y que, con tal procedimiento podía hacerles hablar a su guisa. Un bárbaro joven extendió valientemente una de sus manos hasta tocar la caja del gra-

mófono. Otro trataba de mirar por la boca de la trompa. De pronto, al oir un coro de ingleses, Wari, el más viejo de todos se puso a reir, e inmediatamente le hicieron coro los demás,—hombres, mujeres y niños—produciéndose con esto un concierto estrepitoso de voces, músicas, risas y alharidos.

En esto, se alzó de nuevo la persiana de la puerta y apareció el mayordomo Fernando que venía con un recado del patrón para Verdugo.

Dicho recado consistía en anunciar que en pocos momentos más vendría Lalán a hacer una consulta al médico.

—Ya lo sabía—dijo éste riendo—ya lo sabía......Dígale Ud. que venga al Sr. Lalán.........y mientrastanto yo seguiré entreteniendo con mi gramófono a estas buenas gentes.

Trató de seguir haciendo funcionar el aparato, pero el mayordomo añadió por lo bajo a Verdugo, que el patrón estaba muy enfadado contra los bárbaros porque éstos nò habían ido hasta esa hora al trabajo.

Rióse aún más Verdugo, y dirigiéndose a los bárbaros exclamó:

—Bueno, pues, largo de aquí amiguitos! El patrón esta enojado con Uds. ¡Largo de aquí.

Los bárbaros se miraban unos a otros, como si no entendiesen estas palabras, y entonces el mayordomo tuvo que explicarles en araona que el patrón ordenaba que inmediatamente regresasen a su centro para seguir con sus tareas

acostumbradas. Con lo cual, los bárbaros, no tuvieron más remedio que interrumpir la inesperada sesión musical e irse mal su agrado, Uno por uno dieron la mano, a Verdugo, y salieron lentamente dejando la habitación con un olorcillo de motacu y otras plantas silvestres.

Verdugo, una vez que salieron los bárbaros, invitó a sentarse por un rato al mayordomo, y exclamó en voz a la vez quejumbrosa y burlona:

—Es una lástima haber interrumpido un concierto tan interesante......Y era quizá el último que les estaba proporcionando a sus amigos araonas .....

El mayordomo sonrió y dijo:

—Como ya le he dicho yo no tengo la culpa......Es el patrón.

—Sí, ya lo sé. El patrón no quiere que los bárbaros oigan esto de gramófonos ni otras maravillas de la civilización......¿Qué entienden—dirá él—de esas cosas? ...... Que vayan a oir llorar a los monos y a los pavos del bosque .....

—Es que lo que ahora más le ha disgustado a él es que los bárbaros no hayan marchado pronto al trabajo......

—¿Tienen mucho trabajo?

—Sí, bastante. Hay que hacer chacos, construir casas, preparar estradas......Hoy mismo tenía que ir el patron conmigo al centro Lourdes

para dar órdenes......pero parece que está algo mal de las piernas......

Verdugo se rió de buena gana. El mayordomo repuso.

—Es por eso que está echando periquitos ......Cuando supo que los bárbaros se habían juntado aquí y no pensaban moverse me dijo:—Vaya, Ud. vaya......y *vaquéeme* a toda esa tropa de puercos a donde deben ir......

—Es decir al chiquero—dijo Verdugo siempre riendo.—Qué falta de consideración la que tiene este señor Lalán con sus semejantes!

—A él no le gusta que los bárbaros anden en diversiones.

A él le gusta solamente que trabajen y trabajen......Si por él fuera ellos no deberían ni dormir..... por trabajar. Cuántas veces yo lo he comprobado esto!

—Así es—repuso el mayordomo mirando hacia la puerta—Como que siempre nos está diciendo a todos:—«Hay que trabajar, amigos, hay que trabajar. El trabajo es la vida. Hay que trabajar......El tiempo es plata......No hay que desperdiciar el tiempo......»

—No hay que perder el tiempo!—repitió Verdugo con mofa.—Oígame, amigo mayordomo: para mí más desperdicia el tiempo el que cree ganarlo. El que, por ejemplo, se sienta a trabajar en su escritorio con su libro de cuentas y permanece todo el día haciendo interminables fi-

las de números de arriba abajo, de izquierda a derecha.....ha perdido más el tiempo que no aquel otro que en ese mismo tiempo ha hecho mil cosas, ha reido, ha bailado, ha jugado, ha amado una mujer y hasta ha muerto a un hombre......Indudablemente éste ha realizado mayor esfuerzo de actividad que aquél. Ha hecho más su organismo. Ha vivido más, en una palabra......

El mayordomo, con una leve sonrisa oía maravillado el discursode Verdugo.

Este iba a continuar, pero fué interrumpido por la entrada de Lalán.

Lalán al entrar al cuarto y al ver que el mayordomo aun permanecía allí, hizo un gesto de impaciencia. El mayordomo despidiéndose apenas de Verdugo se escabulló al momento. Verdugo, ni parecía fijarse en estos detalles, y como si estuviese vivamente interesado en continuar hablando sobre el asunto a que acababa de referirse, exclamó con mucho calor dirigiéndose a Lalán que se había sentado en frente de él.

—Pues, señor Lalán, llega Ud a tiempo de dar su opinión sobre una materia que yo estaba tratando de explicar a su mayordomo, y que me parece le iba dejando estupefacto......

Lalán, llevó una de sus manos a sus piernas, como si indicase con tal ademán cual era el motivo que lo hubo traído—pero vencido acaso

por la curiosidad, puso un semblante en lo posible aquiescente y exclamó:

—¿Vamos, pues, qué es eso?

Verdugo preguntó de improviso:

—¿Qué opina Ud. sobre el trabajo?

Lalán hizo por reir exclamando:

—¿Qué opino sobre el trabajo?......Caracoles ¡qué pregunta!...... Bueno, pero yo venía a verlo a Ud. para hablar de otra cosa......

—Muy bien, ya hablaremos después de esa cosa......Pero antes de eso contésteme señor Lalán: ¿Qué opina Ud. sobre el trabajo?

Lalán miró a Verdugo con aire de gran extrañeza y como si tratase de descubrir si no estaría borracho. Luego llevóse otra vez las manos a las piernas y se las restregó con impaciencia. Verdugo continuaba mirándole con ojos interrogadores. Lalán habló por fín:

—¿Que opino sobre el trabajo? Caracoles! Opino lo mismo que cualquier persona racional. El trabajo es lo que más honra y enaltece al hombre.

—Pues yo no opino lo mismo—exclamó con viveza Verdugo.—Yo pienso que el trabajo y sobre todo el mucho trabajo, degrada más bien al hombre, en vez de enaltecerlo.

Lalán por toda respuesta hizo ademán de restregarse nuevamente las piernas. Seguramente en sus adentros se estaba diciendo; «está bo-

rracho, no hay duda......«Verdugo, continuó con voz más reposada:

—Verdad es que mi opinión no es de tomarla en cuenta Ud. ha hablado de las «personas racionales», y, naturalmente yo no pertenezco a ese número.

Lalán empezó diciendo:

—Yo había venido aquí....

Verdugo sin oirle apenas, prorrumpió atropelladamente.

—Yo le compadezco a Ud. muchísimo señor Lalán. Créamelo......Ud. trabaja demasiado...... No tiene Ud. tiempo ni para rascarse la cabeza ......o las piernas......Ya aquí, ya allí...... Un día en el escritorio, otro día en el monte......Chacos, estradas, caminos, casas, barcos, bolachas salen de entre sus manos......que es una barbaridad..... Una barbaridad, sí, créamelo. Ud. trabaja demasiado......Le repito, que le compadezco.

Lalán exclamó con sonrisa irónica:

—Gracias! Ud. me compadece porque trabajo mucho......Yó......

Verdugo concluyó la frase que Lalán se había interrumpido:

—Ud., en cambio, me compadece a mí porque no trabajo. ¿No quiere decir Ud. eso?

Lalán restregóse esta vez más las piernas, y estaba a punto de hablar, cuando le

interrumpió la repentina aparición en la puerta de un nuevo personaje que hizo irrupción en el cuarto saludando con gran énfasis a los interlocutores y haciendo gestos estrafalarios de gusto y de sorpresa.

—Varas, Varas!—exclamó Verdugo yendo al encuentro del siringuero y abrazándole largamente—¿De cuándo acá ha aparecido Ud? Ya creía no volverlo a ver..... ¿Sabe Ud. que me voy dentro de tres días?

—Sí, lo he sabido y por eso vine—respondió Varas. Nunca me hubiera consolado de no despedirme de Ud. ¡Cómo quisiera irme con Uds!

—Vamos, pues, entonces Vamos..... Haga lo mismo que doña Juana......

Varas reía al oír estas palabras y a tiempo de despedirse de los brazos de Verdugo dijo, dirigiéndose a Lalán:

—Buen día, señor Lalán!. ....

Luego volvió a Verdugo, y todo sudoroso, de pie, en media habitación, dirigíale frases festivas a las que el otro respondía en la misma forma.

Mientras así se hablaban los dos amigos, parecía que se hubiesen olvidado completamente de Lalán, quien tomó el partido de irse murmurando apenas una frase casi inteligible de despedida que ni aun fué contestada por ellos.

Varas estaba tan desarrapado y aun más que de costumbre. No llevaba sombrero ni cal-

zado. Su calzón mostraba grandes roturas y estaba remangado hasta cerca de las rodillas. En una de sus manos callosas llevaba un par de zapatos gruesos de goma, los mismos que los pasó a Verdugo, diciéndole:

—Aquí le he traído esos zapatos que son obra de mi mujer.

Llévelos para acordarse de ella......

—Oh yo me acordaré siempre de Elisa exclamó Verdugo guardando el regalo.

Varas echando de ver en que Lalán había desaparecido, dijo por lo bajo:

—¿Y donde se escapó don Abel? No le había visto salir......

—¿Qué nos importa de él?—dijo riendo Verdugo.

Varas fuése hacía la puerta y abriendo la celosía miró hacia afuera; luego regresó junto a Verdugo y con aire de gran misterio le dijo:

—Le estoy trayendo una noticia.

—¿Cuál?—preguntó Verdugo con interés.

—Yno está en Ayacucho.

Verdugo miró de lleno a la cara del siringuero y exclamó:

—¿Cómo? ¿Yno está en Ayacucho?

—Diablo!—dijo Verdugo—ciertamente que esta es una gran noticia para mi. ¿Pero me es tá Ud diciendo la verdad, Varas?

—Le juro!—respondió Varas—por nuestra *mamita* de Concepción que lo que le digo es la purísima verdad.

Verdugo hizo una pausa como si tomase una decisión. Luego gritó con ánimo:

—Pues, entonces vamos a Ayacucho!

—Vamos—dijo Varas, riendo ....¿pero y su viaje?......Ya no tiene Ud. tiempo.

—Tengo tiempo......Mi viaje será dentro de tres días......Y esos tres días los puedo emplear en ir, estar y regresar de Ayacucho. ¿No es cierto? Vamos allí, vamos Varas! Quiero verlo por la última vez a mi amigo Yno. Vamos.

—Ya está pues, vamos!—repuso Varas. ¡Ud. es mucho hombre! Se le ocurre una cosa y......zas ......Vamos, ya que Ud. quiere! Le va Ud. a dar un alegrón a Yno.

Luego, a media voz, y dirigiendo miradas cautelosas a la puerta contó Varas que ya hacía varios días que el bárbaro Yno se le había presentado en Ayacucho dando noticias de Buda y los suyos; y que como supiese que aquel día venía a Puerto Rico a despedirse de Verdugo habíale dado varios encargos, entre otros el de pedirle balas, trazados y aun rifles. El interés de Verdugo crecía a medida de oir la relación de Varas y cuando éste acabó, volvió a exclamar:

—Vamos. vamos a Ayacucho!

—Bueno, si ya está—dijo Varas—Pero hay que apurarse. Hoy ya es tarde y sólo podremos ir hasta media jornada. Recién mañana a medio día llegaremos a Ayacucho. No hay como ir pronto de *arribada*. No tiene. Ud. pues, un

medio día y una noche para estar allí. Pasado mañana temprano tendrá Ud. que regresarse para salir de Puerto Rico con la guarnición.

—Es así—dijo Verdugo—Vamos pues inmediatamente. Yo estoy listo.

—Bueno—acentuó—Varas—Entonces voy a disponer la canoa y a buscar a don Julio Luis que tiene que ir también a Ayacucho a que le entregue algunas bolachas.

—Magnífica compañía!— Nos divertiremos con el francés..... Es un buen sujeto

—Y un borracho de playa—añadió Varas.

—Como nosotros—observó Verdugo......

Media hora después, Verdugo, Varas y un comerciante francés llamado Julio Luis La Faye se embarcaron en la canoa de Varas con dirección a Ayacucho.

XXXIX

El bosque despierta. Se oye salir de su seno rumores vagos que ora suenan aislados, ora se contestan como gritos de alerta, ora se reunen y confunden formando insólitas sinfonías. Hay trinos, graznidos, silbos, clamores repentinos, como apóstrofes, escalas de notas como carcajadas, modulaciones como lloros, soplos en los follajes, crujidos de madera, murmullos, zumbidos de insectos, ruidos de inmersiones en el agua, estruendo del aire cortado por veloces aves. Predomina un coro extraño de voces chillonas y prolongadas que empiezan poco a poco, se extiende, acrece, se hace importante y feroz; luego disminuye gradualmente, para volver de nuevo a sonar del mismo modo cual si los seres que lo entonan se alejasen y acercasen sin descanso. Es una banda numerosa de manechis que desde una distancia considerable dejan oír sus voces chillonas.

El río corre manso y sin ruido, pero un grupo de lobos de agua que asoman sus cabezas fuera de la superficie. une sus chillidos agudos como relinchos a los rumores del bosque.

El sol pone sus primeras pinceladas en lo más alto de los follajes espléndidos. En ambos

costados del río se ve alineados árboles profusos cuyos troncos rectos se destacan distintamente sobre el fondo negro de la selva, y trás ellos se extiende una sábana de verdura hasta per derse de vista, El cielo ríe. En la línea lejana del horizonte su azul diáfano se abraza al verde obscuro del bosque formando un inmenso círculo Es un fanal azul puesto sobre un paisaje verde.

En la copa de un tajibo próximo está posado un *chuví* dando su pecho y su cara al sol. Avido de luz parece beberla...Sus ojos brillan. El plumaje de su pecho se pinta de variados cambiantes bajo la luz solar. A ratos aletea, abre el pico, se despereza y se pone cuâl si fuese a volar, mas luego pliega las alas y permanece quieta siempre mirando al sol, A ratos también, mete el pico entre el profuso plumaje como si lo escarbase. El sol naciente llena de gozo al ave salvaje que se baña en la luz.

Y el guiriguay del bosque continúa interrumpido apenas por lejanas pausas, El canto de los manechis es más insistente. Los lobos aullan en un remanso. Se les ve sacando la cabeza y parte del cuerpo. En un momento, uno de ellos, sale más que los otros y muestra en una de sus manos un pescado blanco al que devora rápidamente. Cruzan de una a otra banda del río alborotadas parabas que pintan instantáneamente el fondo celeste del cielo con colores rojos, verdes, amarillos y azules. Miriadas de insectos

hablan en confuso clamoreo. El bosque, el agua y el aire se encienden, palpitan y cantan su himno de cada día al astro deslumbrador. Y el astro deslumbrador se levanta más y más en el Oriente dando nuevos tonos a la pompa indescriptible del bosque. Pronto de los follajes baja a los troncos que se estremecen y crepitan bajo sus cálidos besos. Y de los troncos baja al río. Y el río es también un espejo deslumbrador.

Al olor del río se juntan los olores del bosque, olores suaves o ásperos que a medida que el ambiente se caldea, se hacen más intensos.

¡Qué festín de luz, de matices, de sonidos y de perfumes! Todo canta, todo relumbra, todo huele bien. La luz habla. Los colores son notas. Los perfumes son un himno maravilloso!

El bosque despierta. Y de su seno palpitante se desparraman regueros de vida y de fuerza en medio de aquella inundación de luz. Después de una noche poblada de sombras y de silencio, viene un nuevo día—eterno viajero luminoso—para prender su manto de oro sobre los millones de árboles que cubren la tierra y convidar a los seres y las cosas al diario banquete en el que unos serán consumidores y otros víctimas, unas actores y otros testigos, cada uno según su turno; ya que según inmutables leyes de la creación, tal es el destino universal, y el primer elemento de la vida es la muerte, y el primer elemento de la muerte es la vida; y nada

puede dejar de tomar parte en este banquete monstruoso en el que, no siempre el grande come al chico—pues ya sabe que el microbio devora al gigante.—es decir, que no hay grandes ni chicos, o que un mismo ser, según los casos, puede ser inmenso o pequeño, fuerte o débil, victimario o víctima .....

El bosque despierta. . . Y en medio de esta vuelta a la vida de los innumerables seres que le pueblan, sólo falta el hombre!

Helo allí.

Río abajo apareció una canoa en la que venían tres hombres. Doblando una curva del río avanzaba pausadamente siguiendo la margen izquierda en la que el agua reposaba como un lago. El chuvi paró la atención. Estiró el cuello y miró del lado en que se aproximaba la barquilla. Los lobos desaparecieron del remanso y a poco se les veía a algunos metros detrás de la canoa, sacando sus cabezas al mismo tiempo, y siguiéndola como si la persiguiesen. Los rumores del bosque empezaron a apaciguarse como si la aproximación del hombre ahuyentase a sus moradores. Y en tanto, la canoa adelantaba poco a poco rayando la limpia superficie. Ya se oía el rumor del remo rozando el agua. Sus tripulantes formaban un grupo curioso. Uno estaba vestido de blanco, el otro de negro, y el último que hacía de piloto se mostraba semidesnudo.

Antes de llegar al punto en que el río hacía un codo yendo a chocar contra la margen izquierda, la canoa fué dirigida a la otra banda. En ésta había, una pequeña playa, uno de esos bancos de arena que al bajar el nivel de las aguas quedan al descubierto. La canoa venía aquí cortando oblicuamente el río. Conforme se aproximaba se distinguía mejor a los tripulantes. Los tres venían muy alegres. Sus voces ponían una nueva nota sonora y vehemente, en el concierto general. Reían y gesticulaban con gran algazara, sobre todo el piloto y el hombre de negro. Aquél, al mismo tiempo de manejar el remo, accionaba con las manos y aún se daba tiempo para llevar a la boca una botella que le pasaban los otros.

El chuvi se dispuso a volar. Los lobos habían desaparecido. El canto de los manechis se oía muy lejano.

Un momento más y la canoa tocaba a la playa.

Verdugo saltó el primero a tierra, siguióle con torpeza el francés, y luego condujo la embarcación más arriba de la playa donde la ató a un tronco.

—Aquí si vamos a encontrar qué comer— dijo Varas reuniéndose a los otros en la playa.

El francés sonrió incrédulamente.

Verdugo contemplaba con gran interés el paisaje. El sol ya alto inflamaba la atmósfera que apenas era refrescada por algunos soplos de

aire que mecía los follajes y rizaba la superficie acuosa. El bosque parecía a punto de arder. El río centelleaba. Ya no se oía el canto de los manechis, ni los chillidos de los lobos. El chuvi había volado al fin. Abajo, en lo último visible del río, se distinguía la deforme cabeza y la espalda negruzca de un caimán que cruzaba el río.

Varas se había puesto a ensayar una especie de danza sobre la playa. Hollaba con sus pies descalzos la arena como si la tantease, oprimíala suavemente, hacía oscilar su cuerpo, y en esta forma iba dando vueltas en todas direcciones.

—¿No parecen los huevos?—le dijo Verdugo echando de ver en los afanes de su amigo.

—Espere, espere un segundo.

—El francés interrumpió:

—Imposiblé......en vanú hemús encostadú aqui.

—Pues mi amigú aquí tiene vú—prorrumpió Varas con aire de triunfo.

Se había detenido en medio de su danza, y señalaba un punto de la playa junto a sus pies. Luego se colocó de cuclillas y se puso a escabar con rapidez la arena. Sacó varios montones de ella y haciendo un profundo agujero, extrajo de su fondo puñados de huevos de tortuga.

Pocos momentos después, los tres viajeros comían con avidez una tortilla. El francés sudaba a chorros.

Varas le dijo en tono de mofa:

—Eso tiene estar tan abrigado.

—Yo soy con reumastismú, en la rodillú...

—Si naufragamos Ud. no se salva.

El francés replicó haciendo una relación de sus cualidades de nadador, y las muchas veces que merced a ellas había salvado en naufragios ocurridos en el mar. Dijo que hacía poco había pasado y repasado a nado el bajo Beni, y al decirlo señalaba con desprecio el Manuripi.

—Eso sería cuando no tenía Ud. *reumatismú* y sobre todo cuando no llevaba ese terno y esas botas con las que ni el mejor nadador escapa.

Pero el otro no cejaba. Del bajo Beni saltó al golfo de Gascuña, relatando las proezas que allí hacía con otros.

—¿Que dice Ud. a esto?—dijo Varas dirigiéndose a Verdugo.

—Si el Sr. ha hecho tales cosas, es claro que este pequeño río debe ser una bicoca para él.

—Ah! no—exclamó Varas con entusiasmo—El Manuripi es un riecito terrible. No hay que tener confianza. Aquí los mejores nadadores se ahogan...y más si están vestidos así (señalando al francés) y tienen las llaguitas que lleva el caballero......

El francés contiuuaba mirando al río con aire desdeñoso. El agua clara y apacible besaba suavemente a la playa. Parecía una laguna y únicamente en la banda del frente se notaba la

corriente. Varas después de hablar se engulló nuevos trozos de tortilla, y luego siguió aún:

—¿Que este riecito se puede cruzar y recruzar veinte veces seguidas? Ya lo creo! ¿Que no? Apenas es una poza. Pero no ven Uds. que esta poza está llena de palometas, anguilas eléctricas, rayas, sicuris, lobos, caimanes?...Y para la prueba, miren Uds. allí......

Señaló un punto del río donde se divisaba un nuevo caimán cortando la corriente.

—Amigo, y es de los *chotos*—añadió Varas restregándose las manos. A ver, don Julio, ¿qué haría Ud. si al nadar se encontrara Ud. con aquel gallo? ¿Cree Ud. que podría ganarle nadando?

El francés sonreía siempre con aire desdeñoso.

—En estos casos—continuó Varas—lo que hay que hacer es zabullirse en el agua y sólo de rato en rato sacar la cabeza para ver si la bestia viene atrás, y zabullendo y saliendo ganar la orilla y, zas! saltar a tierra donde el caimán ya no es gente.

Después de la tortilla se hicieron abundantes libaciones de cachaza. Varas no dejaba de hablar. El francés trataba de contradecirle a cada momento, pero el otro sin hacerle caso y muy complacido una vez que tenía su asunto a la mano, continuó enumerando las cualidades del caimán y sus costumbres y hasta las ventajas de su carne. Dijo que la cola era un bocado exquisito, y afirmó además que no atacaba con la boca

sino con la cola, que duerme con los ojos abiertos, y que, dormido, no oye ni el rumor de cien cañones.

A todo esto, un tercer caimán se mostró en el remanso y dirigiéndose contra la corriente la fué cortando con velocidad. Desde la distancia se notaba el agua que espumeaba al chocar contra el cuello y mándibulas del reptil.

—Miren, miren!—gritó Varas—ni veinte hombres harían pasar un batelón por donde vá pasando ese caimán.

Estaba tan entusiasta que sus ojos relampagueaban y en su rostro se dibujaron gestos expresivos de admiración de la fuerza del reptil. Luego, siempre volviéndose al francés le dijo:

—¿A ja...ja...y con semejante gallo se metería Ud. don Julio?

El francés por toda respuesta tomó un trago e invitó a hacer lo propio a Verdugo.

Este seguía considerando al rio, con aire meditabundo.

Varas se volvió a él y le dijo:

—Ya vé Ud. lo que es de bonito este río. Pero así como es, es un criadero de animales atroces...Ni bañarse siquiera puede uno a gusto...con el temor de las sicuris, los candirús, las palometas y las anguilas. O diga Ud. don Julio (volviéndose otra vez al francés) ¿A que no se baña Ud. ahorita?

El francés dijo en su idioma algo que no entendía Varas. Este sigió imperturbable:

—Ño, don Julio—Ud. no se baña......Y no, porque aquí hay caimanes. Es que Ud. tiene llagas en la ingle según nos estaba contando..... Pues metase al agua y zas! se le vienen encima las palometas al olor de la llaga y le sacan tronchas de carne, y en dos trancas se lo comen a Ud.

El francés empezaba a dar señales de irritación, y comenzó a enumerar los servicios que había prestado a Varas en diversos tiempos y lugares. Habló, sobre todo, de cierta suma de dinero que le había prestado últimamente.

—Sí—replicó Varas no niego que le debo, don Julio......Pero no estamos hablando de eso. Estamos hablando del río......Aquí también hay sicuris enormes. Una vez, yo y otros llegamos a un arroyo crecido que desemboca aquí cerca y no estábamos sabiendo cómo pasar, cuando uno de los compañeros reparó en un puente, que estaba bajo el agua, y entonces, zas! pasamos sobre ese puente, y después, recién el último se fijó que habíamos pasado sobre una sicuri que nos parecía un tronco.

Verdugo se reía con ganas. El francés estaba escandalizado. Varas hacía la señal de la Cruz y juraba y rejuraba que lo que acababa de contar era la pura verdad.

—Un tronco, como Ud. lo oye don Julio. un tronco......Esa sicuri debía ser lo menos de este grueso.

Al decir eso arqueaba sus desnudos y mus-

culosos brazos para demostrar gráficamente lo que decía.

Llegó el momento de proseguir el viaje. Los excursionistas se dirigieron al punto en que estaba la embarcación, dejando la playa cubierta de cáscaras de huevos, trozos de leña humeantes y la arena revuelta por sus pisadas, Todos los rumores del bosque se habían acallado, y ahora, sólo se oía el vocerío animado de los tres hombres. Varas desató la amarra de la canoa, y entrando el primero en ella manejaba el remo para mantenerla junto al barranco en que había estado atada. Luego invitó a entrar a Verdugo. Este saltó con rapidez a la barquilla y ocupó su asiento próximo a Varas. La pequeña embarcación con el impulso recibido con el cuerpo de Verdugo se alejó un poco, pero el piloto volvió a dirigirla contra la orilla diciendo al francés que entrase a su turno. El francés avanzó y alzó la pierna derecha para apoyarla en la punta de la canoa, pero antes de que ejecutase este movimiento la barquilla, merced a una maniobra de Varas, tornó a alejarse, y el francés, con una pierna en el vacio ya no pudo retroceder, y cayó al río entre el barranco y la canoa. Un juramento y el rumor del agua al recibir un cuerpo voluminoso fué todo lo que se oyó en aquel momento. Y aquí fueron los conflictos para el caído. El cauce del rio era profundo en aquella parte, y el francés se hundía y reaparecía y se volvió a hundir haciendo esfuerzos desesperados para aga-

rrarse de la canoa y de unas raices que brotaban del barranco a flor de agua. Mas en su atolondramiento y además muy embarazado por su traje no atinaba a hacer lo uno ni lo otro. El piloto se reía a carcajadas, gritando al francés que «se agarrase». Y a las carcajadas se unían los votos del otro y los chasquidos del agua sacudida por sus brazos. Por un momento llegó a tomar una de las raices más delgadas pero ésta se rompió al punto. Agarróse también de una prominencia del barranco, pero ésta se desgajó volviéndose a hundir el francés. Varas no quería aproximar la canoa diciendo que el caído la haría volcar al querer entrar a ella. La situación se prolongaba demasiado. Verdugo temió que el francés se ahogase e insinuó a Varas prestarle ayuda. Era tiempo. El francés ya muy cansado no podía más. Varas llegó hasta él, cogióle por el cuello de la casaca y le condujo hacia abajo, a la playa, donde pronto los dos hallaron tierra:

—Nom de Dieu, nom Dieu!—vociferaba el francés tragando el agua que le chorreaba de la cabeza a la cara.

Su gruesa ropa empapada se le pegaba al cuerpo. Había perdido su sombrero. Verdugo agarrado del remo procuraba mantener la canoa próxima a la orilla. Varas volvió a lanzarse al agua para ir a coger el sombrero del francés. Al nadar seguía riendo de buena gana. Después de coger el sombrero dirigióse a la canoa y en—

trando agilmente en ella tomó el remo que le pasó Verdugo y llevóla a la playa donde con una vigorosa maniobra quedó depositado dentro de la arena.

El francés continuaba flasfemando.

—Hay que quitarse la ropa, don Julio!—le dijo Varas—yo le daré una blusa y un calzón.

—Nom de Dieu!

Varas que también estaba empapado, se apresuró a quitarse su viegísima *calza*. Luego la exprimió retorcíendola y la puso a secar en la playa. El francés mal de su agrado tuvo tambien que quitarse la ropa. Varas trajo de la canoa su bolsa de goma de la que sacó un chambalé y una calza que se los ofreció al francés el que no tuvo mas remedio que ponerse aquellas prendas por no estar en cueros a la manera de Varás cuya desnudez le parecía chocante.

De este modo los tres viajeros se vieron obligados a permanecer otro buen rato en la playa esperando que se secase la ropa. Verdugo estaba divertido viendo al francés vestido de siringuero y a Varas completamente desnudo, paseando muy risueño en la playa con las manos puestas en la región genital. Aunque de pequeña talla el siringuero mostraba músculos de atleta. Un bello obscuro sombreaba su pecho. Varias cicatrices veteaban su piel tostada por el sol.

—Vaya!—dijo Verdugo—todavía nos queda cachaza. Bebamos por haber salido bien de esta aventura.

Bebieron el alcohol en grandes vasos de tomar agua.

El francés revolvía a cada momento su ropa para apresurar su desecación. Varas le dijo:

—Ya no hay que ponerse esa ropa, y sobre todo esas botas. Las botas han hecho ahogar a mucha gente.

El francés bien comprendía que Varas tuvo la culpa de hacerle tomar un baño tan inesperado, y estaba lleno de encono contra él, pero como estaban en medio viaje, y Varas era el dueño de la canoa y además estaba borracho comprendió que sería suscitar nuevos conflictos si le buscaba pleitos, y por lo mismo procuró contener su irritación, y acabó por festejar los dichos y gestos del siringuero.

El cual siempre, desnudo, continuaba paseando y vociferando con calor. A ratos retirando las manos de su posición se ponía a accionar, exhibiéndose en forma nada honesta.

Secó la ropa y el francés contra los concejos de Varas y de Verdugo volvió a ponérsela.

De nuevo se metieron a la canoa para continuar el viaje. Los vasos de licor menudeaban. Todos estaban sumamente alegres. Ahora el francés era el que más se reía del accidente. El bosque empezaba a adormecerse con el calor del medio día. Varas remaba con vigor, haciendo saltar la embarcación a cada golpe del remo. Al pasar cerca de unos *taropes* encontraron un caimán dormido. El francés quería hacerle fue-

go, pero Varas se opuso diciendo que había que guardar la munición para caza más útil. Ardía el ambiente. El agua y el cielo reverberaban ofendiendo la vista. Un silencio completo se había hecho en la Naturaleza. Verdugo y el francés acabaron también por callar. Y en medio de este silencio sólo se oía la voz chillona de Varas que cantaba una antigua canción haciendo gestos ridículos al propio tiempo que manejaba el remo. Parecía que iba a llorar. Su voz se extinguía a momentos. Pero a momentos volvía a sonar como un bufido de buey repitiendo con insistencia este estribillo:

Ay no sé que tengo!
qué me has hecho!......

XXXX

Aquella misma tarde se encontraron Verdugo e Yno en las cercanías de la barraca Ayacucho, cerca de un antiguo siringal a donde Varas condujo a su amigo, dejándole, después, solo con el bárbaro.

Larga fué la entrevista, y ya al obscurecer, Verdugo regresó a la barraca a comer con Varas. Parecía muy contento, y, desde luego, propuso a Varas emborracharse aquella noche.

Pero no había más que una botella de alcohol para beber; lo que no era suficiente, pues más tarde, según anunció Verdugo, debería presentarse Yno para pasar la noche con ellos. Con todo, resolvieron conformarse a beber sólo lo que tenían.

La mujer de Varas sirvió una apetitosa cena compuesta de *cotos* de *maneche*, salsa de *palmitos* y otras viandas, que ellos comieron con gusto rociándolas con buenos tragos de *cachaza* aguada.

Ya muy entrada la noche apareció Yno cargado de su *marico*, en el que traía un mono cazado por la tarde. Se hizo que se preparase también el mono, y continuaron bebiendo.

—¿No te vió nadie Yno?—preguntó Varas.

—Nadie más que, el hermano.

—Bien. Ahora aquí hay que cerrarse bien y hablar en voz baja. No vayan a espiarnos.

Diciendo esto Varas puso una tranca a la puerta y añadió:

—Amigo, si el Sr. Lalán supiera en Puerto Rico que has estado en mi casa, *aviado* quedaba yo.

Yno hizo un gesto de desden. Parecía burlarse de los recelos de Varas. Este continuó:

—Es que en todas partes hay gentes traicioneras. ¿No ven Uds. cómo en Puerto Rico, se presentaron dos mozos para guiar a los perros del Sr. Lalán y llegaron hasta el campamento donde estaban Uds?

—Esos pagarán—murmuró Yno con seguridad.

—Aja!......de poquitas que no les agarran! Los soldados me lo contaron en Puerto Rico. Que se hubieron anticipado ellos sólo una media hora y zas!......Uds. no se escapan. Los hubieron cogido a toditos. Y entonces qué mar de azotes! Lo que es a tí. Yno, te hubiese tocado la misma cantidad, que a Odoari.

—¿Cuántos azotes recibió Odoari?—preguntó Verdugo.

—Mil—contestó, exajerando, Varas.

Luego hizo una prolija relación del castigo sufrido por Odoari, mostrando cierta complacencia en esto, y concluyó:

—Hace cuatro días yo pasé por Illampu donde le han llevado a Odoari y he hablado con él. Me mostró sus nalgas. Están una desdicha. Todavía no puede pararse. Pero él dice que se sanará pronto y dice que seguirá trabajando en Illampu. Se ha arrepentido mucho de su fuga.

—Pobre Odoari!—exclamó Verdugo.

Varas barbotó siempre con aire de complacencia:

—Preciosos datos se va Ud. a llevar regresando a nuestro país. Dentro de poco ya, Ud. estará contando a los paisanos todas estas cosas.

—¡Quién sabe!—pensó más que dijo Verdugo.

Yno comía con avidez un trozo de mono azado que acababa de pasarle Teresa. Verdugo y Varas continuaban menudeando los tragos de alcohol, sin que aquél pudiese emborracharse como deseaba. Afuera, la noche se deslizaba tranquila y callada. La luna menguante brillaba en la mitad del cielo. El bosque recogido y mudo parecía un gran ejército de gigantes agazapados y soñolientos. En el pequeño puerto, el agua clara del río descansaba quietamente bañada por los reflejos lunares. De su superficie sobresalían algunos troncos viejos, obscuros y pulidos en que también se reflejaba la luna. Entre ellos estaban un batelón y tres canoas atadas a la orilla, las que apenas se movían a ratos con una ligera brisa que soplaba con timidez risando tenuamen-

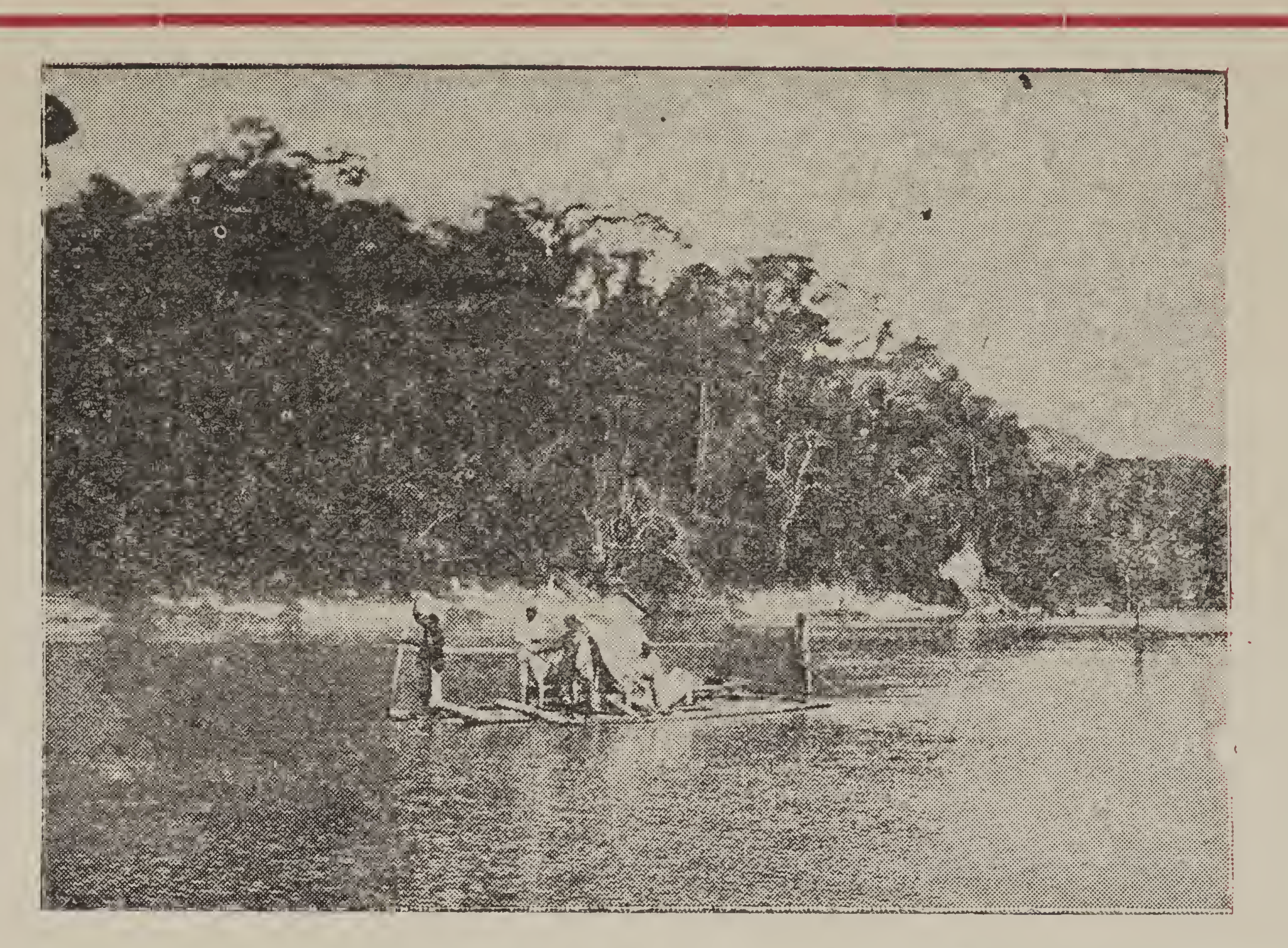
te las ondas limpias o meciendo las copas de los árboles distantes. En la plazoleta se veía al rato un grupo de toldetas de donde salían respiraciones fuertes y un ronquido regular y suave. En el cuarto de Varas el aire estaba saturado de un fuerte olor producido por algunos leños recinosos que ardían teniendo en medio una marmita donde hervía agua. Verdugo consideraba a ratos con aire desconsolado la botella de alcohol en la que éste se hallada muy mermado. Teresa dormitaba en un rincón. Varas vertió el agua de la marmita en una botella vieja y sirvió tres tazas de te que distribuyó entre él, Verdugo e Yno. Después, bebiendo un buen sorbo y poniendo una cara realmente triste, exclamó, dirigiéndose a Verdugo:

—Todavía no puedo creer que se va Ud. pasadomañana.

—Pasado mañana, sin falta—sale la guarnición—repuso el otro.

Ya no hay más que un día para estar con Ud. ¿Qué te parece Yno? Nuestro amigo se va pasado mañana. ¿Oiste? Pronto nos despediremos de él. *Ya más*, tú, esta noche es la última vez que estás con él. ¿Oiste? Yo siquiera tengo un día más. Mañana me voy con él á Puerto Rico, y allí me despediré..... Y después? ¡Ay! de mí!

Bebió largamente su ración de cachaza. Verdugo le preguntó:



BATELÓN EN EL MADRE DE DIOS

—¿Y Ud. Váras, no tiene ganas de regresar a Sucre después de tantísimos años?

—Sucre!—exclamó el siringuero y calló por un rato. Quizá en aquellos momentos pasaba por su mente la imagen de su pueblo lejano como un sueño quimérico. Verdugo insistió:

—Ud. podría hacer lo mismo que otros: aprovechar del retiro de la guarnición para salir con ella de estos lugares.

—Bien que quisiera yo eso..... Pero no hay caso. Si tuviera plata quizá. Pero ya me ve Ud. como estoy! Debo a todos........¿Volver a Sucre? Se reirían de mí........Yo moriré aquí; no hay remedio.

Hablaba con la seguridad del hombre que no tiene esperanza de su situación. Luego, tomando un aire más animado prosiguió todavía:

—Yo no sé si viven mis hermanas. Dejé dos en Sucre. Si Ud. las ve, dígales que cómo están y que me encomienden a nuestra señora la vírgen. Ya Ud. sabe cómo se está aquí. Rifando la vida a cada paso. Pero.........yo digo una cosa: una vez que Ud. regrese a nuestra tierra ¿no se olvidará de mí?

—No me olvidaré.

Varás mandó a Yno que trajese la marmita con agua caliente y sirvió tres nuevas tazas de ponche. Ya no quedaba sino una miseria de cachaza en la botella, lo que hacía lamentarse a

los amigos, La noche seguía trascurriendo apaciblemente. Una calma profunda, como el hálito mortal de un monstruo enorme pesaba sobre todas las cosas. La conversación empezó a decaer. Desde un rincón se oía la respiración regular de Teresa que dormía sentada, con un hombro apoyado en las maderas del muro y la cabeza caída a un lado. Yno después de pasar a Varas el agua caliente y recibir su taza de ponche, volvió a la guaracha en que se había acomodado, y continuó allí quieto y silencioso sin dar muestras de sueño. Varas, en cambio, bostezaba con frecuencia, y aun cabeceaba al mismo tiempo de estar conversando con Verdugo. Ambos hombres estaban recostados en dos hamacas próximas. Verdugo, que al igual de Yno, no tenía ganas de dormir, miraba entretenido los esfuerzos que hacía Varas para no dejarse vencer por el sueño. Incitábale a beber el último resto de cachaza, y le hacía alguna repentina pregunta, a lo que Varas más y más soñoliento contestaba sobresaltado con frases inconclusas y sin sentido. Pero, más que Varas, llamaba la atención de Verdugo, Teresa; la robusta mujer, sentada en el suelo, dormía con tal dulzura que Verdugo acabó también esta vez por tenerla envidia así como en otras ocasiones se la tuvo por su buen apetito.

—«Buena mujer! Seguramente nunca la volveré a ver, pensó el joven.

Sonó un canto distante de gallo. Verdugo

miró su reloj y vió que iba a ser las cuatro de la madrugada. Ya no quedaba ni una gota del alcohol en la botella, con mucho descontento del joven que no había conseguido emborracharse según deseaba. Más bien, en lugar de borrachera, notaba en su cerebro una extraña lucidez que le hacía ver las cosas con más precisión, claridad y rapidez que de ordinario, como si en él acabara de nacer una nueva facultad de discernimiento y revivíscencia prodigiosas, Parecía que toda su vida se reconcentraba en un sólo foco luminoso. Recordaba de hechos ya olvidados, de pormenores y aún nimiedades a que no supo dar importancia y que ahora le explicaban muchas cosas. Y hasta de aquellas otras enigmáticas que habían solicitado su atención por largo tiempo, sin poder darles su clave, ahora de repente les encontraba significado. Experimentaba lo que ciertos moribundos que al llegar el momento supremo de desaparecer definitivamente del mundo, tienen de un golpe la visión de toda su vida. Había cierta solemnidad en aquellos momentos; pero Verdugo al mismo tiempo de experimentar tan extrañas sensaciones, notábase lleno de una especie de frialdad letal, de un estoicismo rudo que le hacía permanecer firme y sonriente en medio de este replegamiento intenso de todas sus facultades.

—Ya los gallos van cantando—observó Yno.

—¿Vamos?—contestó Verdugo.

- Vamos.

Varas esta vez se había quedado completamente dormido. Verdugo se llegó a él y le despertó.

—¿Qué pasa? ¿Porqué no se duermen Uds? —dijo Varas desperezándose.

—Esta no es la hora de dormir—contestó Verdugo riendo—Oígame, Varas: le propongo un paseo río arriba por algunos tornos.

—¿A esta hora?—exclamó Varas maravillado de la ocurrencia.

—Pronto amanecerá—dijo Verdugo mostrando su reloj que marcaba más de las cuatro.

—Como Ud. quiera—repuso Varas incorporándose.

Abrieron la puerta por la que entró un aire fresco y regalado de olor vegetal. Verdugo que se había asomado allí exclamó:

—¡Qué hermosa noche!

La noche, en efecto, estaba hermosísima. La barraca dormía apaciblemente bajo la claridad de la luna. A poca distancia de la casa de Varas se veía las toldetas dispuestas en la plaza, de una de las que seguía saliendo un ronquido acompasado que era el único rumor que turbaba el silencio.

—Son los tripulantes de don Francisco—murmuró Varas—y dirigiéndose a Yno:

—Cuidado! No vayas a hacerte reparar pasando.

Fueron al Puerto. Yno al pasar cerca a las toldetas cargado de su marico voluminoso y pesado procuró deslizarse por un lado de sus compañeros para no ser visto por los que dormían en los trasparentes mosquiteros. Con todo, una voz ronca salió de una de las toldetas exclamando:

—¿Quién anda ahí?

—Buen día, don Francisco—contestó Varas—no quiere Ud. ir a cazar *manechis?*

—Bueno estoy para cazar desde esta hora.

—Es la mejor—agregó—Verdugo.

—Que vuelvan con una *tauca* de monos y que conviden!—dijo la misma voz.

En el puerto desamarró Varas su canoa, y los tres se embarcaron y cogieron los remos. Pasaron evitando los troncos viejos que estaban a flor de agua y dirigieron la barquilla río arriba. Yno depositó su pesado bulto en la cala, y manejaba el remo con vigor. En la calma profunda el rumor de los remos parecía más sonoro y prolongado. La luna inclinándose al occidente mostraba su menguada faz, como una visión amiga y bienhechora. Su pálida luz rielando en la superficie mansa del río, tenía tal dulzura y tristeza que se habría dicho se iba a condensar goteando en lágrimas de plata y oro sobre el agua. Hacia el Oriente empezaba a dibujarse

tímidamente una faja blanquísima, mensajera del alba. Pero era aun demasiado leve y no alcanzaba a borrar las estrellas que brillaban sobre ella misma como diamantes prendidos en una túnica de luz. Una de las estrellas sobre todo, se levantaba tan blanca y titilante hacia aquella parte, que la misma luna, en el lado opuesto parecía apocarse ante tanta brillantés. Y nuevos astros surgían hacia una de las líneas del horizonte, mientras se ponían en la otra. El fondo del cielo era un hormiguero de puntos luminosos.

—Qué lástima no tener ni siquiera una botella más de cachaza!—exclamó Varas.

—Eso mismo digo yó—agregó Yno.

Y la voz de los hombres ruda y fuerte, resonó como una injuria a la solemnidad y quietud del paisaje en aquella hora.

Verdugo había caído en uno de aquellos accesos de beatitud y abstracción que le eran peculiares. Ya no remaba. Su mirada paseaba absorta en el bosque, en el río y en el cielo. Quizá el amor de la naturaleza, que desde su niñez se despertó en él tan profundamente, y que en su juventud continuó en su espíritu tenazmente arraigado, cuando tantos otros amores habían languidecido o muerto,—quizá ese amor de la tierra, de los árboles, del agua y del aire que después triunfó en su espíritu en medio de todas las tempestades de su vida,—ahora volvía a apoderarse de él y a embargarle, vengándose de pa-

sajeros olvidos o de torpes desvíos. ¿Era Verdugo un loco? Sí lo era, su locura consistía en mirar como a hermanos, a los árboles, a las piedras, a las estrellas! ¡Con qué poco (y sin embargo es tanto) pudo ser dichoso! Una choza, en lo alto de un monte..... He ahí todo. Podía alimentarse con hierbas y frutos silvestres. Para beber tendría el agua de las fuentes. Y tendría devalde el espectáculo varío de la naturaleza: el campo con sus flores a cuya delicadeza y variedad aun no ha podido llegar el arte humano; el cielo con sus celajes deslumbrantes ante cuyo esplendor son ridículos visajes los más brillantes fuegos de artificio que compone el hombre; las cierras lejanas y gigantescas cuya altura jamás igualarán los más soberbios monumentos forjados por manos mortales. ¿Qué luz se iguala a la luz del sol? ¿Qué perfume es comparable al olor de la sencilla madreselva? ¿Qué palabra humana dice más que el mutismo secular de las piedras? Pero entonces, si con sólo estos dones de la Naturaleza, Verdugo podía ser feliz, por qué no lo era? ¿Por qué ahora, en vez de beber solamente agua, bebía alcohol? ¿Por qué hacía campo en su corazón a mezquinas pasiones? ¿Por qué llamaba hasta al embrutecimiento en su ayuda? Sí, Verdugo, era seguramente un loco.

—Hasta dónde vamos?—preguntó Varas.

Verdugo como saliendo de un sueño pre guntó a su vez:

—¿Cómo dice Ud?

—¿Hasta donde quiere Ud. que vayamos?

—Hasta donde diga Yno.

—Bien.

Doblaron un torno del río, y tuvieron la luna a su frente. El astro pálido apareció más blanco y más cerca al ocaso. En cambio, a la espalda de los navegantes se extendía ya más grande y neta, la faja del alba. Dos claridades, una de despedida y otra de llegada se mezclaban rodeando los objetos de apariencias fantásticas e indeterminadas. A veces, parecía que ya se iban a destacar claramente las márgenes exhuberantes del bosque, mas, todavía el ojo las veía envueltas en una semiobscuridad vaga, como en una bruma tenue. La noche y el día estaban abrazados y como sino quisiesen desprenderse.

En el nuevo torno se llevó la embarcación hacia la margen derecha del río, la que los paseantes costeaban lentamente. Un olor gratísimo que se difundía en el ambiente hacia aquel lado llegó hasta los viajeros.

—Ud. estará gozando—exclamó Varas,—Ud. que es tan afecto a las vainillas.

—Deben haber muchas por acá.

—Al regreso, cuando ya sea de día haremos una buena provisión.

—Al regreso!—repitió Verdugo pensativo.

Doblando un nuevo torno los navegantes tenían a un costado la luna y al otro el alba.

El alba triunfaba decididamente. La luna estaba más pálida y blanca como virgen que ha pasado la noche en vela Y sin embargo, aun su luz. mezclándose a la luz difusa del día naciente, se fijaba sobre las cosas como un gran beso cariñoso. Pero donde más se notaba la conjunción postrera de las dos claridades era sobre el espejo del río. El río aparecía aun indeciso entre aquellos halagos luminosos, el uno suave y ya a punto de cesar, el otro más tenaz y poderoso a cada momento.

Uno que otro trino se insinuaba en el bosque. De la barraca ya distante, aun venía el canto intermitente de los gallos. El rumor de los remos decrecía.

En el cielo se iban apagando unas tras otras las estrellas. El bosque con sus líneas más precisas emergía del agua cambiando sus negras tintas en verdes.

Algunos tornos más arriba había amanecido por completo. Los navegantes volvieron a la margen izquierda. El río semejaba un reguero de plata.

—Aquí es—exclamó Yno, señalando un *mapajo* colosal que se mostraba a la orilla destacándose soberbio entre los demás árboles.

Detúvose allí la canoa, y los navegantes saltaron a tierra.

—¿Y ahora qué hacemos?—preguntó Varas.

—Ahora nos despediremos aquí—contestó Verdugo.

—¿Cómo, que nos despediremos? No comprendo......

Varas miraba con extrañeza a la cara de Verdugo. Este, mostrando una singular sonrisa, insistió:

—Sí, mi querido Varas, aquí nos despediremos. De aquí Ud. se va a casa, y de aquí mismo Yno y yo emprenderemos un largo viaje a tierras lejanas......

—¿A tierras lejanas? Pero, dónde? Todavía no le acabo de comprender. ¿De qué tierras habla Ud? Lo que sé es que hoy tiene Ud. que irse a Puerto Rico y de allí se irá con la guarnición mañana.

—Eso, ya no será .....

Varas miró a Yno con expresión interrogadora. Yno exclamó con énfasis.

—Ya no se va con ellos. Se va conmigo....

—Pero, por Dios! ¿dónde se va contigo?—replicó Varas.

—Oh, muy lejos......Lo menos una luna de aquí.

—¿Es decir a donde están las tribus?

—Sí.

Mientras Yno y Varas hablaban, Verdugo se había desvestido rápidamente, y se metió al agua.

—¡Qué delicia de agua!—decía bañándose.

—¿Hablas de veras, Yno? Lo vas a llevar a éste hasta tan lejos?—dijo Varas sin poder aun creer lo que oía.

—El mismo quiere ir allí.

Varas seguía preguntando lo mismo a Yno, y éste contestándole de igual modo.

El agua, el bosque y el cielo estaban inundados de la blanca claridad del día. Parecía que acababa de nacer una bella y soberbia creación. Un aire lleno de vida y de vigor soplaba extremeciendo y como alegrando la selva. Sólo la luna pálida y agonizante se veía en el poniente, ya casi tocando la línea lejana del horizonte. Parecía una cara ojerosa que estuviese mirando muy triste por detrás de los árboles.

Verdugo salió del agua, y en lugar de ponerse su uniforme, vistióse con un ligero chambalé, un calzón y gruesos zapatos de goma.

—Se lo regalo ese uniforme...es nuevo ..—dijo viendo a Varás, señalándole el montón de ropa que yacía en la playa.

Luego añadió:

—Ahí en las faltriqueras hallará Ud. un reloj de oro que vale quinientos pesos, y algunas otras chucherias que se las regalo también.

Varas entonces llamó aparte a Verdugo.

Se alejaron unos veinte pasos de Yno, y Varas dijo al otro mirando de reojo al bárbaro.

—¿Qué va Ud. a hacer?

—Ya lo sabe Ud.

—¿Pero cómo puede ser eso? Ud. tiene demasiada confianza. ¿Acaso no sabe Ud. lo que son los bárbaros? ¿Cómo se resuelve Ud. a ponerse de ese modo en sus manos?

—Ya muchas veces me he puesto.

—Pero sería en viajes por acá, en paseos.... Ahora es otra cosa. Está Ud. tentando una aventura atroz. ¿Cree Ud. que podrá volver?

—Vamos, se hace tarde!—habló Yno.

Verdugo contestó:

—Vamos.

Luego, hablando siempre con Varas:

—Querido Varas; si yo no vuelvo, mejor.....

Varas con la voz conmovida exclamó:

—No hable Ud. así; me va Ud. a hacer llorar. ¿Acaso está Ud. aburrido de la vida? Ud es joven. Ud. tiene que hacer falta. Es cierto que Ud ha sufrido......¿pero para qué desesperarse?

—Si yo no desespero......Más bien espero

—Vamos!—tornó a decir Yno, como si temiese que prolongándose mucho la conversación entre Varas y Verdugo éste se desanimase de su propósito.

Verdugo tendió los brazos a Varas, y éste exclamó desolado:

—No vaya Ud. por Dios! No vaya Ud. No haga Ud. esa barbaridad......Ud. morirá......Ud. no volverá más...¿Cómo se le ha ocurrido esto en vísperas de regresar a nuestra tierra? Más bien váyase allí. Lo están esperando en Puerto Rico

Vamos de una vez allá. Ya después no tendremos tiempo. ¿No ve que la guarnición sale mañana?

Verdugo acabó por abrazar a Varas.

Un sollozo ronco salió del pecho del siringuero.

Yno, al ver esto, rompió a reir y por tercera vez dijo:

—Vamos!

Se había acomodado a la espalda su voluminosa carga compuesta de charque, yucas, ropa y balas. Estas, sobre todo, constituían un peso considerable bajo el cual el bárbaro, no obstante su fuerza, estaba agobiado. Llevaba además dos rifles en la mano izquierda y en la derecha un trazado. Y en esta actitud consideraba con gran atención a los dos jóvenes, uno de los que hacía por despedirse nuevamente del otro.

—Ah!—exclamó Verdugo riendo—Y Ud. Varas, creyó todo esto? No, hombre, no! Es sólo una broma. Yno y yo estamos yendo a cazar por aquí cerca. Con qué ¡sólo hasta luego!

Varas miró hacía el montón de ropa dejada por Verdugo, que blanqueaba en la playa, y ya no pudo decir nada más con nuevos sollozos que le ahogaban. Desprendido por fin de los brazos de su amigo, se llevaba la mano a la cara, y sus pies descalzos se hundían en la arena con ademán rabioso. Un *tojo* se puso a cantar con voz vibrante en una rama próxima. Verdugo hizo a Yno la señal de emprender el viaje.

El bárbaro esgrimió su trazado y cortando unos bejucos que estaban ante él, se metió resueltamente en la selva desapareciendo al momento entre los árboles. Verdugo avanzó detrás de él, con paso breve y rompiendo también las malezas; mas, antes de perderse, a su turno volvió por última vez la cara hacía donde quedaba Varas y le gritó:

—Hasta luego!

Y se perdió en la profundidad enigmática del bosque.

La luna acababa de morir. El día lucía vencedor y deslumbrante de colores. La alegre cara del sol aun no se veía, pero se la presentía tras los árboles, y cual si fueran sus primeras avanzadas, grupos de nubes rosadas se diseminaban en el Oriente y corrían por el firmamento en soberbia dispersión. El río era plata, oro y nacar. En la playa se destacaba la nota blanquísima de la ropa de Verdugo.

Largo rato permaneció Varas en su desolada actitud, con las plantas clavadas en la arena y completamente indiferente al deslumbrante espectáculo que le rodeaba. Semejaba una estatua, algo así como el genio petrificado de aquella selva formidable. Con los nublados ojos fijos en el punto donde se perdieron Verdugo e Yno, se habría dicho que aun estaba mirando atónito un espectáculo tremendo e inaudito.

Pero al fin se movió. Llevó su mano derecha a uno de sus ojos donde aun titilaba sin

poder caer una lágrima y se la secó con el borde de aquella, dejando con este ademán pintada sobre la sien una faja húmeda y sucia. El sol le daba de lleno en la cara. Después volvió sus ojos al sitio donde yacía la ropa dejada por Verdugo. De pronto una súbita transformación se operó en su arrugado semblante. A su aire desolado y penoso sucedió un gesto de complacencia tan expresivo que le habría podido envidiar el más consumado actor. Sacó los pies de la arena, avanzó algunos pasos y se llegó hacia la ropa; alzó una por una las prendas y se puso a tentarlas prolijamente encontrando en ellas los objetos anunciados por Verdugo. El reloj y algunas monedas de oro brillaron a la luz del sol con reflejos que encantaban al siringuero. Miró otra vez al sitio del bosque en que desapareció su amigo y tuvo la seguridad de que jamás volvería a salir. El tojo que seguía cantando con insistencia, posado sobre un árbol próximo, acabó por incomodarlo. Quiso ahuyentarlo, más no había ni un gajo suelto ni un fruto para arrojarlos hacía el pájaro, (ni allí se conocen piedras). Por esto rompió una gruesa rama y la echó con fuerza en la dirección en que se hallaba el tojo. Este voló a otro árbol donde siguió cantando. Varas, sin hacerle más caso, sacóse sus harapos y metióse al río para bañarse como lo hiciera antes Verdugo. El agua fresca y limpia lavó por completo las huellas que dejara el llanto en su rostro. Gozó largamente de las ondas diáfanas,

y luego salió a la playa, chorreando aun agua, y en vez de ponerse su ropa trató de probarse el uniforme de Verdugo. Resultábale muy estrecho, y cuando se convenció de esto dejó tal entretenimiento y se vistió instantáneamente con su ropa. Luego, trasladó a sus bolsillos el reloj, dinero y demás cosas que halló en el uniforme; hizo con él un lío y lo tiró dentro de la canoa. Por último, desató ésta, se embarcó, metió el remo en el agua y se fué río abajo. Se fué con la cara siempre pintada de una expresión de íntima complacencia, y sin apenas mirar el lugar donde acababa de pasar la peregrina aventura de su amigo. Pero de repente, le asaltó una idea: ¿qué dirían en la barraca al verle llegar sin sus compañeros, y más bien llevando el lío hecho con la ropa de Verdugo? ¿Qué dirían? ¿No daría esto lugar a cualquier sospecha, por ejemplo a la de asesinato y robo perpetrados por el mismo Varas en la persona de su amigo Verdugo?

Bah!—se dijo el siringuero—bah!—hallando al momento una solución para este pensamiento. Bah! El, sencillamente se limitaría a decir la verdad de lo ocurrido. Es decir, él se limitaría a relatar que Verdugo se había ido con Yno al monte. ¿Pero le creerían? Le creerían seguramente! Y él propondría además, que en Ayacucho se organizase una partida de gente para ir en busca de Yno y de Verdugo. Pero como en Ayacucho no había quien se atreviese a hacer eso,

él pasaría hasta Puerto Rico a dar la noticia en la guarnición antes de que ella se retirase de ese lugar.

«¡Bonito fandango se va a armar!—decíase a sí mismo el siringuero—Todos se van a quedar de una pieza!...Ya estoy viendo la cara que pondrá el comandante!»......

Y discurriendo así y saboreando de antemano un extraño deleite con la noticia que iba a dar en Ayacucho y en Puerto Rico de que Verdugo se había escapado con Yno, seguía Varas remando con indolencia—Y en sus oídos aun sonaban las últimas palabras de su amigo cuando al perderse entre los árboles de la selva le dijo con una expresión inenarrable: *hasta luego*! Hasta luego!......Pero y, realmente, no podría tratarse de una simple broma de Verdugo? Y si Verdugo, apenas algunas horas más tarde, volviese a salir del bosque en el mismo lugar en donde se había perdido? No podía muy bien suceder que efectivamente Verdugo había ido solamente a cazar acompañado de Yno, y no hasta las remotas fronteras en que habitan restos de tribus bárbaras? El siringuero no necesitó ningún esfuerzo mental para rechazar tales ideas. En su alma estaba hecha una convicción: la de que Verdugo había emprendido realmente ese viaje; la de que aquel ser extraño, aquel calavera singular, aquel loco, se había embarcado en una nueva aventura que acaso era la última. Conociendo, co-

mo creía conocer Varas, el carácter de su amigo, y sabiendo como sabía muchas de sus singulares aventuras, le consideraba muy capaz de lo que acababa de hacer.

La canoa apenas avanzaba, merced más a la levísima corriente del río que al esfuérzo de Varas quien estaba a punto de dejar de remar. Pronto el siringuero como si ya no diese mayor importancia a lo que había ocurrido se puso a silbar un aire mónotono y desentonado. El sol naciente seguía envolviéndolo con su luz regia y dando a su ropaje harapiento apariencias aúreas. Todo estaba alegre en el agua, en el bosque y en el aire. Todo lucía, cantaba y reía. Y aquel hombre que poco antes lloraba, ahora lucía y cantaba y reía como todo. Parecía un niño a quien acaba de pasarle un mal rato que le ha arrancado lágrimas abundantes y gestos de desesperación, pero que muy luego acaba por olvidarlo, y bajo nuevas impresiones sólo piensa en divertirse, llena su alma de una plácida inconsciencia y de una encantadora vaguedad.

Y así pasó un gran rato durante el cual la canoa se fué alejando lentamente del lugar en que estaba el jigantesco mapajo a cuyos pies se produjo la escena que hemos relatado. Ni una sola vez se había vuelto Varas a mirarlo. Tal era el estado de su alma.

Luego la canoa dobló un torno. El mapajo dejó de verse, y un nuevo panorama del río

se desplegó al frente del siringuero. Pero éste parecía no ver nada. Continuaba ya silbando o ya cantando, y a momentos, dejando el remo, se entretenía mirando el reloj de Verdugo que junto con las monedas y demás objetos los había acomodado en un pañuelo que ponía y volvía a sacar de su mal segura faltriquera. De pronto llegó hasta él un soplo de aire saturado de acariciadoras fragancias. Era que pasaba otra vez cerca de las vainillas que se había prometido recojer con Verdugo al regreso. El corazón se le apretó. Un cambio súbito se operó en él, como si aquella sencilla impresión olfatoria le causase mayor efecto que cualesquiera reflexiones más o menos graves sobre su amigo. El recuerdo de él le hirió con viveza. Un mundo de ideas de las que él mismo no se daba cuenta cabal, se agolpó en su cabeza ruda, e instantáneamente afluyeron a sus ojos lágrimas intempestivas.

Y entonces el siringuero, hundió el remo con fuerza en el agua para alejarse lo más pronto de aquel sitio. La canoa con el nuevo impulso que se le daba, estuvo a punto de saltar sobre el agua, como un corcel bajo un terrible latigazo.

Pero apenas se había alejado un eentenar de metros cuando Varas la detuvo,

¿Qué pasaba?

Era que se le acababa de ocurrir una cu-

riosa idea: esconder el lio de ropa de Verdugo entre las vainillas.

Regresó, pues, rápidamente hasta el sitio de las vainillas; saltó a tierra agarrado del lío, luego, con mucho tiento le acomodó entre las ramas olorosas.

Después, volviendo a su barquilla miró a todos lados. No había nadie, ningún ser humano a lo lejos. Sólo la naturaleza seguía de fiesta, llena de luz, de aromas y de cánticos. Pero Varas ya no tomó parte en la animación general. Su cara estaba triste; y a los gestos alegres que momentos antes estaban impresos en ella, había ahora sucedido el rictus duro que se le solía producir sólo en muy graves situaciones.

Y así bogó por un rato. Luego, a la gravedad de su semblante reemplazó un gesto de contrición, podría decirse de humildad. Sus labios empezaron a moverse mascullando en secreto una serie de palabras, mientras sus ojos permanecían bajos, Diríase que estaba rezando fervorosamente.

Y en efecto, el siringuero rezaba.

Rezaba por su amigo a quién quizás no volvería a ver.

FIN

TALLERES GRAFICOS «MARINONI»—LOAYZA 27.

Términos indígenas empleados en este libro

Siringa.—Arbol de la goma elástica.
Freguez.—Peón.
Tiri-tiri.—Danza bárbara.
Chambalé.—Especie de blusa.
Tipoy.—Bata sin mangas.
Caneco.—Especie de vaso.
Tutuma.—Especie de vaso.
Cachaza.—Alcohol brasileño.
Araona.—Dialecto bárbaro.
Tochi.—Especie de conejo.
Guazo.—Especie de venado.
Taitetú.—Especie de tortuga.
Mutún.—Ave.
Parava.—Ave.
Chaco.—Tierra de labor.
Guaracha.—Especie de mesa.
Trazado.—Cuchillo de gran tamaño.
Mariguí—Mosquito muy pequeño.
Caimán.—Especie de cocodrilo.
Palometa.—Pez.
Yanacona.—Sacerdote y curandero bárbaro.

Siringuero.—Obrero de la goma.
Picar.—Incindir los árboles gomeros.
Charquí.—Carne desecada.
Bolacha.—Bola grande de goma.
Arribada.—Modismo indígena: subida.
Batelón—Especie de embarcación.
Palmito.—Cogollo de ciertas palmeras.
Petacudo.—Modismo indígena: panzudo.
Pacaguara—Tribu bárbara.
Manechí.—Variedad de monos.
Perico lijero.—Animal.
Ambaibo.—Arbol.
Boye.—Pez.
Cernambi.—Cierta especie de goma.
Carayana.—Modismo indígena: blanco.
Camba.—Modismo indígena: bárbaro.
Mama.—Modismo indígena: Señora.
Tata.— Id. Señor.
Punilla.—Diminutivo de puna: lugar frío.
Rusqueta.—Modismo: rabona.
Joperoyobobo.—Víbora.
Marico.—Especie de saco de viaje.
Piña.—Fruto del ananás.
Espundia.—Ulcera.
Centro.—Ranchería o sitio de explotación gomera.
Chacarismo.—Tierra labrantia.
Tarope.—Planta acuática.
Calza.—Modismo brasileño: calzón.
Serere.—Ave.

Chiré.—Cierta bebida hecha con agua, harina de yuca y azucar,

Majao.—Cierta comida indígena.

Colla.—Montañez. Nombre que dan los orientales Boliviános a los oxidentales.

Guarayo.—Tribu bárbara.

Torno.—Vuelta en el curso de un río.

Turbión.—Avenida.

Cachuela.—Salto de agua en un río.

Leme.—Timón.

Cruce.—Modismo: acto de cruzar.

Yapa.—Modismo indígena: Aumento regalo.

Chiripa. -Casualidad.

Castro.—Nombre de un famoso filibustero brasileño.

Futre.—Modismo: elegante.

Fábrico.—Tiempo que dura una labor gomera.

Farrear.—Modismo: emborracharse,divertirse.

Paguichida.—Modismo quechua: hacerse invisible.

Entichelado.—Con *tichelas.*

Estrada.—Grupo de árboles Gomeros.

Tichela.—Vasito para reabrír el jugo de la goma.

Siringuerito.—Ave.

Machadiño.-Término brasileño:hacha pequeña

Desfumador.—Fogón para el beneficio de la goma.

Atrincar.—Modismo: maniatar, cojer.

Atirantar.—Modismo: estirar.

Huilón.—Modismo: huidor.

Buyon.—Parte del *desfumador.*
Motacú.—Fruto de cierta palmera.
Tacuara.—Planta gramínea.
Patacú.—Planta.
Locro.—Comida indígena.
Fariña.—Término brasileño: harina.
Correnteza.—Modismo: corriente.
Encostar.—Modismo: desembarcar.
Chichilo.—Variedad de monos.
Platanillo.—Planta.
Sepe.—Cierta hormiga.
Chuturubí.—Especie de avispa.
Chuví.—Ave.
Tajibo.—Arbol.
Peta.—Tortuga de agua.
Puntero.—Tripulante que ocupa la proa.
Tapacaré—Ave.
Sicuri.—Serpiente de agua.
Almendrillo.—Arbol
Macona.—Ave.
Capiguara.—Animal: castor.
Bato.—Ave
Cuajó.—Ave.
Tamanco.—Especie de chinela.
Espía.—Amarra,
Auta.—Animal: tapir.
Rúmbeador.—Modismo indígena: explorador.
Prácticos.—Avezados en los trajines de la región
Guajojó.—Ave.
Mangvúary.—Ave.

OBRAS DE AUTORES NACIONALES

Batalla de Ingavi, por José Manuel Aponte...	Bs.	3.50
Anuario de Leyes y Disposiciones Supremas, años 1900 a 1916 (precios diferentes)		
Indice de Leyes sobre el ramo de Hacienda, de 1825 a 1914.......	«	2.50
Tapia—Leyes y Reglamento General de Aduanas.....	«	8.00
Estensoro—Compilación de Leyes de Minería de Bolivia......	«	6.00
Mallea Balboa—Id id id	«	3.00
Gutiérrez—La Guerra del 79...................	«	2.00
Zapata y Salazar—Anuario de Jurisprudencia año 1916..	«	4.50
Jurado—Leyes sustantivas y adjetivas.,........	«	2.00
Elías—Finanzas prácticas de Bolivia............	«	5.00
Id Tarifa de Avaluos (nueva edición)......	«	8.00
Deheza—El Gran Presidente (Montes)	«	3.00
Crespo—Geografía de Bolivia.........................	«	3.00
Chirveches—Casa Solariega..........	«	3.00
Morales—Legislación Municipal (nueva edcn.)	«	3.00
Morales Villazón—Al pié de la cuna..............	«	2.50
Molins—Bolivia...	«	4.00
Rivero—Código Mercantil de Bolivia.............	«	5.00
Oropeza—Compendio de procedimientos judiciales y administrativos	«	4.65
Rojas—Historia Financiera de Bolivia.........	«	8.00
Mendoza—Los malos pensamientos........	«	3.00
« Páginas Bárbaras............................	«	3.00
Capitán Sanjinés—Los reclutas en el terreno..	«	2.20

OBRAS V



Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana, (Espasa) cada tomo........... Bs. 15.00

«Diccionario Salvat» Enciclopédico popular ilustrado. 10 tomos.............................. « 164.00

Oliver Castañer—«La Partida Doble», estudios teórico-prácticos de contabilidad comercial al alcance de todos, 2 tomos « 48.00

«Contabilidad Comercial», complemento de la Partida Doble, un tomo.................... « 22.00

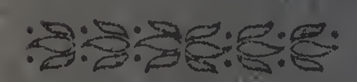
«Cálculo Comercial», un tomo... .... « 22.00

El Consultor del Tenedor de Libros, estudios prácticos de contabilidad por Partida Doble, 2 tomos .... « 48.00

«Memorandum del Contador Mercantil» o formulario de comercio, un tomo......... « 5 00

«Diccionario de la Lengua Castellana» por la Real Academia Españlla, 2 tomos... « 40.00

Gran surtido en obras de Derecho, Medicina, Filosofía, Sociológicas, Religiosas, etc.



TALLERES GRÁFICOS
«MARINONI»
LA PAZ—LOAYZA 27.